

FUEGO

y Corazón

1

Una esposa
para el highlander

Sonia López Souto

FUEGO Y CORAZÓN 1

Una esposa para el highlander

Sonia López Souto

Para David, una constante en mi vida
de la que no quiero prescindir jamás

@SONIA LÓPEZ SOUTO
FUEGO Y CORAZÓN 1: UNA ESPOSA PARA EL HIGHLANDER

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

[Batalla de Aldy Charris](#)

[El último adiós](#)

[Lo mejor para el clan](#)

[Visita obligada](#)

[Cuestiones que disgustan](#)

[El acuerdo](#)

[La novia](#)

[La cena](#)

[El viaje](#)

[La bienvenida](#)

[El principio de algo](#)

[Un nuevo comienzo](#)

[El enfrentamiento](#)

[El odio más profundo](#)

[Un asunto complicado](#)

[La boda](#)

[Una intervención a tiempo](#)

[Decisiones](#)

[Un nuevo futuro](#)

[Epílogo](#)

Batalla de Aldy Charris

La mañana venía fría, propia de la época, pero ninguno de los presentes se quejaba, pues sabían que en breve no les preocuparía el tiempo. La batalla estaba frente a ellos, en una tensa espera, a que uno de los dos bandos avanzase hacia el otro.

No hacía tanto los Ross habían vencido a los MacKay en una lucha pareja, donde el jefe de los últimos había sido asesinado de forma justa, pero aun así ahora los MacKay buscaban venganza. Aquella era una disputa que nunca tendría fin, pues los hombres de las Highlands eran muy orgullosos y no admitían la derrota fácilmente.

-Hijo –el jefe de los Ross llamó a Conall–, algún día será tu turno para liderar a tu clan contra sus enemigos. No has de titubear jamás. El miedo es válido, nadie te dirá que no lo sientas, pero nadie te apreciará si lo demuestras. Has de ocultarlo, disfrazarlo para que nadie sepa nunca que el jefe del clan es como los demás. Has de ser fuerte y leal, seguro de lo que haces y valiente hasta la admiración. No dejes que nadie dirija tu vida o te diga cómo cuidar de tu pueblo. Solo tú sabes lo que es bueno para el clan, pues ese es el deber del jefe. ¿Lo has entendido, hijo?

-Sí, padre –asintió el joven de dieciséis años, tratando de aparentar una valentía de la que él mismo dudaba. Y sin embargo, no se echaría atrás cuando la batalla se iniciase.

Aquella era su primera batalla y quería demostrarle a su padre que podría hacerlo bien. Quería que el jefe del clan estuviese orgulloso de él, que supiese que sería un digno sucesor cuando llegase la hora de tomar el control.

-¿Qué harías ahora? –señaló hacia los guerreros del otro clan, que esperaban una señal para iniciar la lucha.

-Ellos han perdido a su jefe en el último enfrentamiento –dijo, después de pensar en ello–. Quieren venganza y, por tanto, deberíamos dejar que den el primer paso.

-Porque nosotros no hemos hecho nada malo –sentenció su padre, con el pecho hinchado de orgullo por aquella respuesta–. Solo nos defendemos.

Y así era como se justificaba la rivalidad entre clanes. Uno moría a manos del otro, pero nadie creía tener la culpa de lo que pasaba, pues en la guerra todo valía.

La batalla empezó poco después, cuando el nuevo jefe de los MacKay, un joven al que habían dejado sin padre de la forma más inesperada, dio la señal. Y aunque poco antes habían perdido contra los Ross, en esta ocasión estaban más preparados y pronto se notó en el campo de batalla.

-Gavin –gritó el jefe de los Ross por encima del ruido de la batalla–, ve con mi hijo y protégelo con tu vida. Si le pasa algo malo, tú sufrirás las consecuencias.

Cuando la pelea llegó a sus puertas, creyeron que podrían ganar, como en el anterior enfrentamiento, pero parecía que el dolor de haber perdido a su jefe daba más fuerza y determinación a los MacKay, pues estaban acorralando a sus guerreros como si de un rebaño de ovejas se tratase.

-Saldrá con vida de aquí, señor –le prometió el hombre, que veía cómo varios MacKay estaban cercando al hijo del jefe. Corrió a socorrerlo, seguro de que este cumpliría la amenaza si su hijo moría en la batalla. Era un líder justo, pero cuando se trataba del muchacho se volvía irracional, lo que lo hacía muy peligroso a ojos de Gavin–. Cuidado. Detrás de ti, Conall.

El joven guerrero esquivó por muy poco, una estocada a traición. Parecía como si los MacKay quisiesen vengar a su jefe muerto matando al único heredero de los Ross. No les garantizaba que el clan sucumbiese, pues para ganarse el puesto de jefe había que demostrar que valías o nadie te seguiría, pero sería un duro golpe en ese momento.

-Espalda con espalda, muchacho –le dijo después, pegado a él. Durante largo tiempo lucharon así, defendiéndose el uno al otro, alejándose lentamente del fragor de la batalla. Si el joven quería quedarse, no lo dijo, aunque Gavin podía ver cómo su cuerpo se iba tensando a medida que veía lo que pretendía hacer.

-Mi padre me necesita –dijo al fin, cuando ya estaban en el límite del campo de batalla–. Aquí no podré ayudarle.

-Tu padre te quiere a salvo, muchacho –replicó Gavin.

-¿Mientras nuestros hombres mueren? –se quejó él–. No es así como debo dirigir el clan cuando releve a mi padre. Él mismo me dijo no hace tanto que debo ser valiente y decidido para que me respeten. ¿Qué diría mi gente, o mi padre, si me ven huir del campo de batalla cuando todo se pone feo? ¿Acaso mi vida vale más que la de los demás solo por ser el hijo del jefe? Nadie me seguirá si hago eso.

-Si mueres hoy, no podrás hacer nada –lo detuvo, cuando Conall hizo el amago de regresar a la batalla–, ni nadie te podrá seguir en un futuro. En ocasiones, hay que...

-Al menos, moriré protegiendo a mi gente –se liberó de su agarre y corrió hacia los hombres que habían cercado a varios Ross antes de que Gavin pudiese terminar lo que le estaba diciendo. No se refugiaría en la distancia, como un cobarde que teme enfrentar a la muerte. Lucharía, así se encontrase con ella cara a cara. Demostraría que era un digno hijo de su padre.

Aquella estaba resultando ser una lucha muy diferente a la que le habían relatado meses atrás. Y su padre, seguro de que vencería de nuevo, había decidido dejarle ir con él después de insistirle, pero al parecer, estaba arrepentido de ello y por eso lo quería lejos de la contienda. Se sentía frustrado y decepcionado de que el hombre al que más admiraba creyese que no sería capaz de luchar en iguales condiciones que el resto, pero le demostraría que podía hacerlo. Estaba decidido a ser el guerrero que su padre esperaba que fuese algún día.

-Conall –Gavin lo siguió al momento, pero no pudo parar al joven, que ya estaba metido en una lucha a muerte con un MacKay que le doblaba en tamaño–. Tan terco como su padre. Será un digno sucesor... si no lo matan antes.

Acudió en su ayuda, y aunque la mano ejecutora fue la de Gavin, el mérito se lo llevaría Conall por la astucia con la que se lo puso en bandeja. Después de aquello, lucharon codo con codo, reduciendo las filas de MacKay. A pesar de la intensa lucha, a nadie le pasó desapercibido que el joven estaba entre ellos, arriesgando su vida por salvar a su clan. Y aunque no lo había hecho por eso, su audacia le hacía más merecedor de ser el jefe cuando llegase la hora de que su padre se retirase.

De repente, alguien gritó a lo lejos y poco a poco la lucha se fue deteniendo. No porque hubiese un claro vencedor, sino porque el clan MacKay había sido vengado, y los Ross empezaban a pedir la retirada, ahora que su jefe estaba mortalmente herido.

-Vamos, muchacho –Gavin tiró de Conall, que parecía ido. Había escuchado el aviso de que su padre estaba herido y solo podía pensar en buscarlo, aun a riesgo de su propia vida, pero Gavin no se lo permitió. Si el jefe del clan moría finalmente, Conall sería el sucesor más evidente, así que debía asegurar su supervivencia ahora más que nunca.

La huida del campo de batalla fue fácil, pues los MacKay no los persiguieron, pero el regreso a casa resultó duro y doloroso, viendo cómo la vitalidad del jefe se apagaba por momentos. Muchos temían que no llegase vivo a su casa y otros simplemente se negaban a pensar en lo peor.

-Muchacho –Gavin se acercó a Conall durante la vigilia del segundo día–, tu padre desea hablar contigo. Yo te relevo en la vigilancia, ve con él ahora.

Conall se levantó de mala gana, pues sabía qué sucedería a continuación y lo temía casi tanto como había deseado conseguirlo cuando era tan solo un niño. Se había estado preparando para ello toda su vida, pero no se sentía tan merecedor ahora que estaba a punto de pasar.

-La humildad es una buena cualidad –le decía a menudo su padre–, pero la valentía y el liderazgo lo son más. No olvides ser clemente con aquellos que te darán luego su lealtad, pero sé implacable con los que te traicionarán a cada rato.

Los consejos de su padre siempre eran tan genéricos, que temía no saber ponerlos en práctica, llegado el momento. Se había ido quedando con las palabras más importantes: humildad, clemencia, valentía, liderazgo... y esperaba que su instinto fuese suficiente para saber cuándo ejercerlas todas ellas.

-Padre –lo llamó al ver que tenía los ojos cerrados.

-Conall –la mirada febril de su padre le atravesó hasta el alma–, hijo mío. Me temo que no veré el amanecer de un nuevo día.

-No digas eso, padre. Eres fuerte –lo regañó–, aguantarás. Llegaremos muy pronto a nuestro hogar y Edna curará tus heridas.

-Ya he vivido para verte convertido en un hombre –le dijo con orgullo en la voz–, no me importa partir ahora de este mundo, sabiendo que serás un gran líder también.

-Todavía tengo mucho que aprender, padre –insistió.

-Lo único que te falta ahora es la experiencia, hijo, y esa solo se consigue siendo el jefe –una gorjeante tos acudió a él, interrumpiéndolo. Cuando se repuso, sujetó la mano de Conall para que le prestase atención–. Recuerda que el clan siempre ha de ser lo más importante. No dejes que caiga en desgracia. Pase lo que pase, lucha por y para él. No lo abandones nunca.

-Lo haré, padre –prometió–. La gloria del clan continuará en lo más alto, pero tú todavía tienes que...

-Me muero, Conall –lo interrumpió– y no hay nada que se pueda hacer.

-Estamos llegando a casa, padre. Edna podrá...

-No –lo detuvo una vez más–, de esta no salgo ya, hijo, no importa lo que haga. Un guerrero sabe cuándo ha llegado su hora y esta es la mía. Pero no has de estar triste, pues te he preparado bien y sabrás estar a la altura.

-No quiero estar a la altura todavía, padre –se negaba a dejarlo ir de una forma totalmente egoísta. No se sentía preparado para lo que se avecinaba. Había esperado ser más mayor cuando el peso del liderazgo recayese sobre sus hombros, pero las circunstancias eran otras y odiaba más que nunca, ser el hijo del jefe. No quería lidiar con la pérdida de su padre, al mismo tiempo que con conservar la dirección del clan, pues sabía que muchos intentarían hacerse con ella, a pesar de todo.

-¿Crees que yo estaba más preparado en su momento para asumir el mando del clan? Tu abuelo ni siquiera se molestó en explicarme cómo funcionaba la política entre clanes o cómo debía dirigirme al rey. Él solo se preocupó de convertirme en el mejor guerrero, pues solo creía en el poder de la espada. Yo te he dado todas las herramientas, hijo, es el momento de que las uses. Asegura la existencia del clan primero, y luego ya lidiarás con el rey. No dejes

que los MacKay se apoderen de lo que es nuestro. Nada importa ahora más que acabar con las muertes. Deben saber que los Ross no somos unos cobardes y que, hagan lo que hagan, no podrán destruirnos.

-Lo sabrán, padre –le prometió.

El guerrero cerró los ojos un momento y dejó salir el aire de sus pulmones en un suspiro profundo. Conall esperó a que los abriese de nuevo para continuar hablando, pero solo cuando notó que no respiraba comprendió que no lo haría. Su padre había muerto.

Por un momento permaneció junto a él, temeroso de no ser capaz de cumplir con lo que se esperaba de un jefe de clan. Le temblaban las manos y las lágrimas amenazaban con escapar a su control. No quería parecer un niño ante todos, pero no podía sentirse de otro modo después de la muerte de su padre. Cuando consiguió tranquilizarse, se levantó y cuadró los hombros.

-Mi padre ha muerto –anunció a todos en voz alta–. Nos vamos a casa. Hay que darle una sepultura decente, digna del gran jefe que ha sido para todos nosotros. No me veo digno de ocupar su lugar, pero haré lo imposible por serlo y por defender a los nuestros de cualquier enemigo que se presente ante nuestras puertas. Una vez repuestos de las bajas, mi padre será vengado. Esto no quedará así.

Los vítores y aplausos irrumpieron en la tranquilidad del claro en el que se habían apostado y Conall pensó que, tal vez, aquello no fuese tan mal, que podría ser un buen jefe para su clan. Al menos lo intentaría, guiado por todos los consejos que su padre le había dado a lo largo de los años en su joven vida.

En cuestión de minutos, la compañía estaba preparada y continuaron su camino. El jefe había sido amortajado por sus hombres para que soportase el viaje, pero se dieron tanta prisa como les fue posible para que el tiempo no le ajase el cuerpo y fuese inservible para mostrarlo a todo su pueblo en su último adiós, como dictaba la tradición.

-Apenas quedan unas millas para llegar –le informó Gavin a Conall–. Tal vez debería adelantarse alguien para...

-No –lo interrumpió–. Yo seré quien lo anuncie. No quiero que mi madre lo sepa por ningún otro.

-¿No crees que lo sabrá cuando no lo vea llegar al frente de su ejército? Deberías prevenirla para que no lllore ante el pueblo cuando lo...

-Si llora será porque amaba a mi padre –lo frenó de nuevo –. El pueblo lo entenderá y se congraciara con ella.

Gavin no dijo nada más al ver el enfado del joven, pero se sintió arder por dentro de rabia. Siempre había estado al lado del jefe del clan, aconsejándolo y siendo su segundo al mando, y había esperado conservar el puesto después de que este claudicase a favor de su hijo, pero temía que al joven no le atrajese la idea, después de cómo le había rebatido cada una de sus ideas. Decidió guardar silencio y esperar a que estuviesen solos para abordar el tema. No permitiría que un hombre más joven le robase un puesto que se había ganado con sudor y sangre.

La entrada a la fortaleza no se parecía a lo que Conall se había imaginado cuando partieron a la guerra. No había flores a su paso, ni saludos eufóricos; no había aplausos ni gritos de emoción; solo un silencio sepulcral y tensión en el ambiente. Podía escuchar los murmullos a su alrededor por ser él quien encabezaba la marcha, o tal vez era solo su mente la que lo percibía, preocupado porque no fuese aceptado como nuevo jefe. Aunque era el heredero, otros se podían presentar para el puesto igualmente y tendría que vencerlos en una lucha cuerpo a cuerpo. Si su padre estuviese vivo y claudicase en su favor, habría sido muy diferente, pues nadie podría cuestionar al jefe, pero había muerto y le faltaría su respaldo. Tendría que ganárselo.

-Hijo mío –su madre se acercó a él, tan entera como pudo fingir, y lo abrazó, para susurrarle–. Debemos hablar en privado cuanto antes.

No era habitual que una mujer se inmiscuyese en asuntos políticos, pero su padre siempre había buscado el consejo de su esposa, por lo que Conall no rechazaría su ayuda, ahora que más la necesitaba. Sin embargo, no permitiría que gobernase sus acciones por completo pues eso solo lo haría parecer más débil. Debía encontrar un equilibrio.

-Lo haremos, madre –le prometió, antes de dirigirse a su pueblo–. Mi padre, vuestro jefe, ha muerto en batalla. Ha sido un gran líder y un mejor guerrero, si cabe. Sé que lo honraréis en su memoria y pronto le daremos, juntos, un adiós que se recordará a través de los tiempos. Ha llegado su momento de descansar y se irá con todos los honores.

El pueblo aclamó sus palabras con gestos, pues la pena les podía. Un gran líder se había ido, dejándolos huérfanos al igual que a su único hijo. La incertidumbre ganaba ahora, pues aunque muchos esperaban que Conall fuese el jefe, sabían que muchos otros querrían reclamar el puesto. Y no había nada tan malo como las luchas internas para que un clan acabase en la ruina.

-Hijo –Innes Ross miró hacia Conall con ojos preocupados, ahora que estaban solos–, tu padre ha muerto sin pasarte el mando oficialmente y tienes que afianzar tu derecho a la sucesión cuanto antes. Intentarán arrebátártelo y...

-Ahora es más importante enterrar a padre –la detuvo–. Ya me preocuparé de eso después.

-No, hijo –tiró de su brazo para que le prestase atención–. Es lo primordial. Usarán el tiempo de luto para...

-Ya basta, madre –gritó, molesto por su insistencia, pero más todavía porque sabía que tenía razón. Y aun así, no se la quería dar porque necesitaba tiempo para asimilar lo que estaba pasando–. Respetarán el luto porque, si no lo hacen, el pueblo no los aceptará, así que déjalo estar.

-Yo puedo ocuparme de todo –le rogó–, mientras hablas con los hombres en busca de su apoyo.

-No haré política mientras el cuerpo de mi padre todavía se está enfriando, madre.

-La política se debe hacer siempre, hijo –le replicó.

-¿No tienes corazón? ¿Acaso no te duele su muerte?

-Mi corazón está roto en mil pedazos –Innes se permitió dejar ir una solitaria lágrima–, pero si pierdes el clan, será peor, hijo. Una madre no puede dejar de serlo jamás.

-No perderé nada, madre –la tomó de las manos con más calma, ahora que veía cuánto sufría–. Te prometo que voy a ser elegido por

el pueblo. No te preocupes más por eso.

Innes aceptó lo que su hijo decía y deseó que estuviese en lo cierto, porque de no ser así, lo perderían todo. Podrían volver a su clan, pero no serían nadie importante en él, no tendrían privilegios más allá de ser la hermana y sobrino del jefe. Innes estaba acostumbrada a dirigir la casa, a dar órdenes a mucha gente, y no quería abandonar aquello, si no era a favor de la esposa de su hijo. Esposa que todavía no tenía porque no era más que un niño, aunque Conall se empeñase en hacerle creer que ya era un hombre por haber sobrevivido a su primera batalla real.

Se propuso hablar con los hombres más influyentes de los Ross para que jurasen apoyar a Conall cuando llegase el momento de votar, pero se escondería de él. Lo que no se podía permitir ahora era despertar la ira de su hijo, pues se vería con malos ojos y lo perjudicaría a la hora de elegir un nuevo jefe. Debía ser discreta para que, llegado el día, nadie dudase de que Conall era el hombre ideal para ser el líder del clan Ross.

El último adiós

Despedir a su padre fue duro, sobre todo, porque un jefe no debe mostrar debilidad y llorar, algo que le apetecía, no estaría bien visto. Lo había hecho en la privacidad de su alcoba, hasta que Gavin apareció para anunciarle que los preparativos para el entierro estaban listos y que era la hora. Había mojado su rostro con agua fresca para que no se notasen sus ojos hinchados, y salió al patio, donde el pueblo lo esperaba para liderar el paseo hasta la capilla donde se celebraría el acto. El párroco los esperaba allí, listo para officiar la ceremonia. Junto a él, un hombre más joven, también vistiendo hábitos, aguardaba tenso. Era el sustituto del hombre de fe, que ya estaba mayor. Había llegado a las tierras del clan meses atrás, y solo en ese momento le tocaba presenciar un rito de tal magnitud e importancia. El anciano padre había insistido en que el joven se hiciese cargo del rito, y este sentía tales nervios, que le sudaban las manos, por lo que rogó al mayor que se ocupase de los saludos y respetos a la familia del jefe. Una vez finalizado el entierro, él mismo se acercaría para hablar con ellos. Estaría más relajado y no cometería un error que le pudiese costar su confianza.

-Será la ocasión perfecta para que el nuevo jefe ponga en ti su confianza, John –le había dicho el anciano–. Si acepta hacerlo, mi labor aquí habría acabado y podrías continuar dirigiendo a los fieles por el buen camino solo. Estoy muy cansado y agradecería poder retirarme ya.

No se sentía tan preparado como pretendía demostrarle al anciano, pero sabía que aquella era la ocasión perfecta para él y trataría de no estropearlo.

John inició la ceremonia ante la atenta mirada de todo el clan y, si a alguien le extrañó que ocupase aquel lugar, no lo dijo. En los meses que había estado ayudando al primer párroco, la gente había empezado a asimilar su presencia allí, e incluso alguno había acudido en su ayuda, en lugar de la del anciano. Sobre todo los más jóvenes, que veían en él a un afín por su edad.

Mientras pronunciaba las sagradas palabras, observó a la familia del jefe detenidamente. Ahora ya solo estaban la esposa y el hijo, pero habían sido más. Innes Ross había parido a otro varón, que murió a los pocos meses de edad y a una niña que se ahogó en el río a sus cinco años. Solo le quedaba Conall, quien había sido su primogénito y el futuro jefe del clan, si su padre hubiese abdicado en su nombre antes de su muerte. Según las reglas de los clanes escoceses, si un hombre no nombraba a su sucesor antes de su muerte, el puesto podía ser ocupado por cualquier hombre que lo solicitase, siempre y cuando venciese en un cuerpo a cuerpo a todos los demás pretendientes. El hijo del jefe era popular entre los hombres, y muchos ya se habían hecho a la idea de que sería él quien lograra el puesto, pero John había podido comprobar que no todos estaban faltos de ambición, y temía que alguno avariciase el gobierno del clan. Tal vez el joven heredero no tuviese una transición fácil, aunque si de él dependiese, le daría el puesto sin dudarlo.

La mujer se mantenía firme junto a su hijo, con la mirada al frente. Su cabello negro, que comenzaba a clarear ya, estaba recogido en un moño apretado y cubierto por un negro velo, conjuntando con su ropa. Había sido hermosa de joven y conservaba todavía su atractivo a pesar de los años y de las arrugas que comenzaba a mellar su rostro. Labios plenos y ojos color del cielo completaban el cuadro que había enamorado a su esposo, incluso habiendo sido un matrimonio concertado.

El hijo que quedaba del matrimonio era un joven bravo y decidido, que había pasado toda su vida aprendiendo a ser el jefe que se esperaba de él. Su cuerpo, cincelado a espada y puños, estaba cubierto de negro también, con el tartán del clan marcándolo como un hombre importante en él. Muchos otros llevaban los colores, pero nadie los portaba tan bien como Conall. Había nacido para ello, sin duda.

Su cabello negro se mantenía a raya con una media coleta y el resto colgaba por su espalda, como un manto que lo protegía, salvo que no lo haría, de ser atacado a traición, algo que podría suceder pronto si no se respetaban las leyes. Sus ojos, de un marrón heredado de su padre, se mantenían fijos en algún lugar detrás de él, como si solo así Conall pudiese contener sus emociones. Sufría,

quien lo conociese lo sabría. Pero eso no lo haría menos apto para el mando, pues había mamado desde la cuna los deberes y obligaciones del jefe del clan. Solo lo hacía más humano, lo que algunos podrían confundir con debilidad. Se avecinaban momentos de tensión y peligro.

-Lamento la muerte de vuestro esposo, lady Innes –una vez finalizada la misa, John se acercó a ellos para dar el pésame—. Era un gran hombre y un inmejorable líder. El clan llorará su pérdida.

-Gracias, padre John –lo tomó del brazo inesperadamente y caminó con él, alejándose de todos—. Espero que mi hijo cuente con vuestra lealtad, así como mi esposo lo hizo en su momento. Son tiempos difíciles y todo el apoyo que se pueda conseguir será bienvenido y muy necesario. Nadie osaría ir contra Dios y sus designios y estaría bien que el Señor estuviese de nuestra parte.

-Podéis contar con mi voto, lady Innes –le aseguró. De los posibles candidatos a jefe que se imagina que aparecerían en el momento de la elección, Conall le parecía el mejor. No solo por ser el hijo del anterior jefe, sino porque era más sensato que muchos otros, a pesar de su edad.

-Os lo agradezco –le sonrió la mujer—. Estamos desolados por la muerte prematura de mi esposo, pero eso no nos puede impedir hacer lo que se ha de hacer.

Con aquella frase, la mujer había dicho más de lo que le había querido expresar en voz alta. Estaba seguro de que Innes esperaba, al igual que él, que Conall tuviese que ir a combate para hacerse con el puesto de su padre. Por eso estaba buscando votos entre la gente más influyente del clan, lo que le complacía, pues acudir a él significaba que lo consideraba importante para el clan, incluso si el otro párroco estaba allí todavía.

-Estoy de acuerdo con vos –le dijo, asintiendo.

-Seréis un gran pastor de almas, padre John –también en esa ocasión había dicho más de lo que se aventuraba en sus palabras.

-Os agradezco la confianza, lady Innes.

Conall llamó a su madre y la conversación acabó, pero ya se habían dicho lo necesario, así que la mujer acudió a su hijo con una sonrisa en los labios. Una sonrisa triste, pero decidida. Pretendía subir a su

hijo a la silla del jefe, tanto si el joven quería su ayuda como si no. No la conocía tan bien como a otros miembros del clan porque el anterior párroco se encargaba de sus confesiones semanales, pero estaba seguro de que lo lograría, pues desprendía fuerza de voluntad y determinación por cada poro de su piel.

Aunque Conall habría querido quedarse junto a la tumba de su padre más tiempo, sabía que la tregua que le había dado el entierro se había acabado. La lucha por ser el jefe había empezado y debía hablar con aquellos hombres de confianza de su padre para conseguir su voto. Si lograba la mayoría, no tendría que luchar. No le asustaba hacerlo con cuantos se presentasen, pero preferiría evitarlo. No era así como quería iniciar su mandato. La unidad era lo vital, mientras sus rencillas con los MacKay no finalizasen.

-Sé que es un momento delicado –dijo, una vez reunido con todos en privado–, pero sabéis que mi padre quería que yo ocupase su lugar –después de ver varios gestos de asentimiento, continuó–. Soy joven e inexperto, eso no es ningún secreto, pero sé que puedo dirigir al clan tan bien como mi padre, pues de él aprendí. Y espero contar con vuestro apoyo y experiencia para lograrlo.

Observó a los hombres de su padre uno a uno, buscando un compromiso con él. Gavin, el fiel segundo, se puso a su lado sin pensárselo. Había sido casi como un padre para él y le había enseñado todo cuanto sabía de lucha. Ahora no le fallaría, en memoria del amigo que había sido para él el jefe del clan. Más que un amigo, un hermano.

-Vuestra madre me ha asegurado que mi hijo será uno de vuestros hombres de confianza –dijo Douglas con firmeza –. Esa es mi condición para apoyaros, joven Conall. No os creo capacitado para ser nuestro jefe en este momento por vuestra juventud, y si he de confiar en que lo haréis bien, entonces me aseguraré de que mi hijo os acompañe en el camino, pues el mío terminó con vuestro padre. No tengo ganas ni fuerzas para seguir en activo, más allá de luchar en las guerras venideras hasta que la muerte me quiera llevar, pues no seré de esos que acaban postrados en una cama viendo cómo la luz se apaga en mis ojos. Mi destino es morir en batalla y eso haré, si Dios lo acepta.

Conall contuvo un gesto de disgusto al oírlo, no porque el hombre quisiese abandonar su puesto en aras de su hijo, sino porque su madre hubiese estado maquinando a sus espaldas. Eso lo había hecho quedar como un líder débil e incapaz de librar sus propias batallas ante Douglas. Justo lo que no quería. Cuando acabase la reunión tendría unas palabras con ella para recordarle su lugar. Aceptaría sus consejos, pero no le permitiría que se inmiscuyese en sus asuntos.

-Vuestro hijo es un gran amigo mío –le aseguró– y será un gran aliado cuando yo sea jefe. Antes de que mi madre se entrometiese ya había pensado en él, en caso de que vos no quisieseis seguir como consejero del jefe. Por eso no me supondrá ningún sacrificio tenerlo a mi lado, sino más bien será un honor.

Cierto era que Douglas había rondado su mente aquellas últimas horas, pero hubiese preferido ser quien hablase con él sobre ello, y no su madre con el padre de su amigo. No era así como quería que las cosas sucediesen.

-Tendréis mi voto, pues –accedió Douglas padre.

-El mío lo teníais desde el momento en que demostrasteis vuestras dotes para la lucha –dijo Adam–. Vuestro padre hablaba a menudo del día en que cediese el mando a su primogénito. Era algo que lo enorgullecía enormemente y no seré yo quien lo eche abajo.

Y aunque había cierta verdad en sus palabras, Conall sabía que su madre estaba también detrás de su aceptación. El hombre siempre había sido ambicioso, algo había tenido que ofrecerle la viuda del jefe para que no se presentase él mismo para el puesto. No era joven, pero tampoco tan viejo como para no ser un contrincante a tener en cuenta. Aunque odiaba que su madre se hubiese entrometido, en aquella ocasión, se lo agradecía. Adam Ross no era de fiar cuando había intereses de por medio y, solo por eso, una vez fuese el jefe lo apartaría del poder. Quería hombres jóvenes a su alrededor, aunque eso no le haría descartar los consejos de quienes habían sido fieles guerreros de su padre.

-¿Y vos, Gilroy? –se dirigió al cuarto hombre– ¿Contaré con vuestro apoyo también?

Gilroy Munro era el único hombre de confianza del jefe anterior que no pertenecía al clan. Se había asentado con los Ross cuando su

padre lo había requerido a su lado, y aunque se había ganado el respeto de todos por su gran habilidad en el arte de la guerra y por sus sabios consejos, nadie había olvidado nunca que era un Munro. Algunos habían empezado a especular sobre su partida cuando el jefe estuviese elegido. Conall esperaba poder convencerlo de que se quedase, pues de todos aquellos hombres, a él era a quien tenía en más alta estima, pero tampoco iba a negarle la partida si así lo quería. Pero antes de marchar, tendría que hacer una última cosa por él: darle su voto o rechazarlo.

-Siempre me he sentido aceptado por los Ross, pero era tu padre el que ejercía ese poder en su gente –le dijo el hombre–. Llevo demasiados años lejos de mi hogar y me he cansado de no pertenecer a ninguna parte. Sé que me necesitas ahora y no te fallaré, Conall, pero mi deseo es volver con los míos. Espero que sepas respetarlo, una vez seas jefe.

-Así será, Gilroy –asintió. Le pedía la libertad a cambio del voto y se lo concedió con gusto, aunque con pena. Luego los miró a todos, uno a uno nuevamente, antes de volver a hablar–. Ahora que sé que cuento con vuestro apoyo, me siento más seguro de conseguirlo sin conflictos. No es que tema un enfrentamiento para demostrar que puedo ser el líder que este clan merece, pero preferiría no tener que hacerlo. Tenemos suficientes enemigos a las puertas como para buscarlos dentro también. Si la transición se puede lograr de forma pacífica, mucho mejor.

Los hombres asintieron, en concordancia con lo que decía y Conall se sintió un poco más cerca de su padre. Si podía conservar el liderazgo del clan, no sentiría que le estaba fallando. Le había hecho una promesa y debía cumplirla a toda costa. Los Ross seguirían siendo un clan importante mientras a él le quedase un hálito de vida, ya fuese el jefe o no, aunque preferiría serlo. Sabía que de no guiarlo, su madre insistiría en regresar con su propio clan, pero él no deseaba eso. Él era un Ross, ante todo, y renunciar a la herencia de su padre era renegar de todo cuanto le había enseñado este. Si su madre decidía marchar si fracasaba, él no la seguiría. Prefería ser un simple guerrero entre los suyos, al sobrino advenedizo del jefe de otro clan.

-Sé de un par que ansían ocupar tu lugar –advirtió Gilroy, cuando se quedaron solos–. Otro ya está fuera de juego, cuando le prometiste a su padre que sería de tu guardia personal.

-¿Douglas? –le sorprendió, pues no parecía ambicioso.

-El padre es quién querría ser jefe, pero le sobra edad y le falta empeño –le explicó–, pero habría incitado a su hijo a intentarlo, incluso si este no quiere. El joven es un buen hombre y un mejor guerrero, harías bien en tenerlo como tu segundo. No solo para calmar al padre, sino porque te será de gran ayuda. Es leal, pero ten cuidado con su padre porque le gusta demasiado el poder y es capaz de influir en su hijo en tu contra si ve algún signo de debilidad en tu liderazgo.

-¿Crees que su hijo le haría caso? –Gilroy era como un tío para él, así que en privado se trataban con familiaridad. Lo echaría mucho de menos cuando se fuese, pues de los que allí habían estado, él era el más fiel y sincero. Habría estado bien tenerlo a su lado por más tiempo.

-No al principio, al menos. Y si te ganas su lealtad, es muy posible que ni después pueda tampoco, pero nunca bajas la guardia hasta que estés seguro de que no te fallará.

-¿Qué me dices de Adam y Gavin?

-Gavin es un guerrero leal y sabe el lugar que ocupa. Si no le das más de lo que quieres que tome, todo estará bien. Adam es ambicioso, sí, pero si te ha dicho que solo quiere ser un guerrero, eso es lo que será. Imagino que tu madre ha tenido algo que ver en que no aspire a más y deberías estarle agradecido.

-Le dije que no lo hiciese –protestó.

-Pero bien hecho está, hijo. No le des más vueltas. Ella no es tu enemigo.

-No –concluyó Conall–, solo lo es Douglas padre, supongo.

-Siempre que consigas ser el jefe –asintió–. Duff e Irvine han estado en la taberna ladrando como perros en busca del mejor hueso. Discutían delante de todos sobre cuál de los dos sería el nuevo jefe. Creen que tiene posibilidades contra ti.

-¿Las tienen? –frunció el ceño– ¿Han conseguido apoyos?

-No que yo sepa. Al menos, nadie por quien merezca la pena preocuparse. El alcohol es mal consejero, ya sabes.

-Pero de ellos dos sí que tengo que preocuparme. Incluso sin apoyos, podrían desafiarme y tendría que aceptar su reto.

-Puede que cuando vean que todos nosotros te apoyamos a ti se acobarden. Pero tenlos vigilados. Si son capaces de maquinarse en tu contra mientras tu padre estaba siendo velado todavía, no quiero pensar qué otras cosas podrían llegar a hacer. La lealtad que guardaban a tu padre no les impedirá atentarse contra ti si se creen vencedores. Tendrás que ganarte la lealtad de todo el clan. Que te elijan no te hace líder, solo te dan la oportunidad de demostrar que han tomado la decisión correcta. El primer año será duro, pero sé que lo lograrás.

-¿No podrías quedarte este año? –no pretendía faltar a su palabra, pero después de hablar con él, entendió que sin sus consejos estaría muy perdido.

-Si te rodeas de la gente correcta, no me necesitarás –le aseguró—. Tu padre supo elegir bien y sé que tú también lo harás.

-¿Cómo saber quién es el correcto y quién no? –se quejó. Había tantas cosas que su padre no le había enseñado.

-Yo te ayudaré en eso, muchacho –lo animó Gilroy con la mano en su hombro—. Y después regresaré a mi hogar.

-Te estaré eternamente agradecido, Gilroy –también puso la mano en el hombro de su amigo—. Y te echaré mucho de menos.

-Lo harás bien –sentenció él.

Conall no estaba tan seguro, pero haría lo mejor para el clan, así eso supusiera retirarse, si su gente se lo pedía.

Lo mejor para el clan

Conall estaba nervioso, aunque se mantuvo firme, cuando llegó al gran salón. Gran parte del clan, solo los cabeza de familia y algunos acompañados de sus esposas, ocupaban todo el espacio, pero le hicieron un pasillo hasta el lugar del jefe, donde una gran silla de madera a modo de trono, lo aguardaba. Todavía no era suya por derecho, pero ese día esperaba que sucediese. Contaba con el apoyo de los hombres de confianza de su padre, y con los consejos del más importante para él, así que creía tener posibilidades de alcanzar su objetivo sin tener que luchar por él.

-Buenos días a todos –los saludó. Había dejado pasar la noche, aunque había dudado sobre dar más tiempo a sus contrincantes a buscar apoyos, y los había convocado por la mañana, antes de que el sol subiese demasiado y las obligaciones los interrumpiesen–. Hemos pasado por un duro trance, al perder a nuestro jefe, pero el tiempo para los lamentos ha terminado. La vida continúa y el clan ha de hacer lo mismo. Como sabéis, mi padre me ha estado preparando para ocupar su lugar desde mi nacimiento. No digo que sea totalmente digno, pues soy joven y tengo mucho que aprender todavía, pero estoy listo para asumir esa responsabilidad, y haré lo que esté en mi mano para continuar la labor de mi padre. Sé que él aprobaría que yo tomase el mando, y os pido que confiéis en mí para ello.

-¿Confiar en un crío? –Fue Irvine quien habló, tomando el valor del alcohol que todavía parecía correr por sus venas –. Eso es mucho decir, Conall. ¿Qué sabes tú de la guerra o de dirigirnos a la victoria? Has participado en una sola lucha –mientras hablaba, giraba sobre sí mismo para que todos pudiesen verlo y él los mirase a ellos–. Y una en la que perdimos a nuestro líder, nada menos. ¿Queremos confiar en un muchacho que no supo defender a su padre en la batalla?

-Su padre lo envió a la retaguardia –lo defendió Gavin–, para mantenerlo a salvo y que pudiese ser el jefe si algo le pasaba a él.

-Y cobarde, además –rio Irvine, sin dejarle terminar.

-Regresó a la batalla –Gavin alzó la voz para que todos le pudiese escuchar bien–. Ni bien habíamos recorrido solo la mitad del camino, Conall dio la vuelta y regresó con su gente. Defendió a su clan tanto o más que el resto de los guerreros que allí se encontraban. La muerte de nuestro jefe ha sido una desgracia para todos, pero sé que querría que su hijo continuase su legado. Y sé también que estaba seguro de que lo haría bien, de que estaba más preparado que cualquier otro que habla con el valor de una jarra de cerveza en su estómago.

No dio el nombre de Irvine, pero no hizo falta tampoco. Todos conocían el gusto del hombre por el alcohol. Era un gran guerrero, pero en tiempos de paz, su ansia de beber le podía en demasiadas ocasiones.

-¿Acaso queréis un jefe que se bañe en alcohol todos los días? –continuó hablando Douglas padre, fiel a su palabra –. Irvine es un guerrero implacable en la batalla, pero en lo más importante siempre falla. Nunca ha sido capaz de mantenerse sobrio, salvo cuando empuña la espada. Si lo que deseáis es un jefe que os lleve a la guerra solo para no sucumbir al alcohol, entonces él es vuestro líder, pero no creáis que os protegerá. Os llevará a la ruina. Yo voy a apoyar a Conall.

-Y yo también –sentenció Adam–. No podría haber un jefe mejor que él, pues su propio padre lo ha preparado para asumir el mando, y le habría cedido el liderazgo de haber podido hacerlo.

-No soy un Ross –habló Gilroy ahora–, pero he derramado mi sangre por vosotros. Si mi voto cuenta para algo, diré que Conall tiene mi apoyo y mi lealtad.

-Tal vez Irvine sea un borracho –bramó alguien, escondido entre la multitud–, pero tiene la experiencia que le falta a Conall.

-Desde luego, tiene más experiencia que yo en beber –le respondió Conall– y seguramente también en luchar. Pero hay mucho más que empuñar una espada bien para ser el jefe de un clan. Tenemos aliados con los que tratar cada día, un rey al que rendir cuentas, incluso conflictos dentro del mismo clan... ¿de verdad creéis que Irvine sería capaz de solucionarlos? ¿O de ser diplomático después de beber varios litros de cerveza? No estoy poniendo en duda su destreza como guerrero, sé que es muy bueno, pero me preocupa

que nos arrastre a una lucha eterna con todos. Ya tenemos suficientes enemigos ahora, no nos conviene aumentar su número. Las sabias palabras de Conall hicieron callar al orador, y por un momento, nadie más habló. Irvine habría sido un gran contrincante en el mano a mano, pero el apoyo de los hombres del anterior jefe habían hecho imposible que lo intentase siquiera. Cuando empezó a protestar, algunos hombres lo sacaron del salón sin necesidad de que Conall se lo pidiese.

-¿Y qué tienes que decir de mí, Conall? –Duff se adelantó, cuando el otro aspirante fue rechazado. Había dudado en presentarse, al saber que lo apoyaban los más influyentes del clan, pero siempre había ansiado conseguir el poder y aquella era su única oportunidad– ¿No sería yo un mejor candidato que tú? Me sobra experiencia y no bebo más allá de lo necesario. La gente confía en mí y los guerreros más todavía. Soy mejor que tú en muchos aspectos.

-Serías un buen jefe –respondió Conall después de pensar en la mejor forma de evitar un conflicto por el puesto–, y estaría dispuesto a cederte el liderazgo si así lo quisiesen todos, pero mi padre siempre pensó en mí para ocupar su lugar, y sabiendo que cuento con el apoyo de aquellos en los que él confiaba, no seré tan magnánimo como para no luchar por lo que me pertenece por derecho. No ansío el poder, sino la supervivencia de nuestra gente. No quiero ser recordado como un conquistador, sino como uno de los jefes más respetados por su gente. No permitiré que menosprecien al clan, y haré lo imposible por conservar nuestras tierras y nuestro modo de vida. Pues lo que más me importa, sobre todas las cosas, es el bien del clan.

-Eres demasiado joven e idealista –bufó Duff–. No hay un bien que perseguir, solo la supervivencia del más fuerte. Y si no pisamos primero, nos pisan. Así de sencillo.

Conall pensaba protestar, pero fue Gilroy quien habló en primer lugar.

-La guerra no es el destino, sino una vía para llegar hasta él –le dijo–. Pero hay muchas otras también. El equilibrio está en encontrarlas y saber combinarlas todas. Hay que luchar cuando toca, hay que ser diplomático cuando es el momento adecuado... y

hay que mirar por el bien del clan más allá del uso de una espada. Te falta algo para ser un gran jefe, Duff, y es el saber estar.

-Tú no tienes nada que opinar, Munro –gruñó el hombre–. Este ya no es tu lugar. Deberías volver a tu tierra, donde tendrías que haberte quedado en primer lugar.

Gilroy apretó los puños al escuchar el nombre de su clan como un insulto, pero no hizo ni dijo nada más, pues no quería crear un conflicto mayor del que se avecinaba. Era la primera vez que Duff se mostraba tan ofensivo con él, y sabía que era por su deseo de ganarse el puesto de jefe. No le daría la satisfacción de una pelea con Conall, pues el provocador creía que tenía las de ganar, basándose en la edad de su contrincante. Se llevaría una sorpresa, porque era un gran luchador.

-Gilroy ha sido un fiel amigo del jefe –bramó Adam– y un guerrero inestimable para el clan, Duff. Merece respeto. Mucho más del que mereces tú, pues ha vertido su sangre por unas tierras que no son las tuyas. Harías bien en no insultarlo de nuevo.

La gente murmuraba, disgustada por lo que había dicho. Con aquel ataque directo a Gilroy, Duff había perdido a muchos de sus partidarios. Puede que la juventud del hijo del anterior jefe fuese un problema en aquel momento, pero había demostrado tener más perspicacia que Duff. Y mucha más sensatez, también.

El hombre, viendo que perdía credibilidad, quiso apurar el enfrentamiento y se acercó a Conall para lanzar el desafío contra él. Con o sin apoyo, lucharía por ser el jefe de los Ross. Sin embargo, cuando estaba a pocos metros de él, Adam lo detuvo y habló alto, para que todos escuchasen.

-Sabes que si le vences en combate mano a mano, pero te falta la aceptación del pueblo, no habrá servido de nada, ¿verdad? –se dirigió al resto después–. Lo único que va a conseguir luchando con Conall será o bien perder y que el hijo de nuestro jefe demuestre que es digno de su padre, o bien ganar y que el hijo de nuestro jefe no pueda optar al liderazgo. Porque pase lo que pase, Duff no obtendrá mi voto, ni el de mi familia.

-Ni el de la mía –aseguró Douglas.

-Tampoco el mío –dijo Gavin.

-Y si se suman algunos más –Adam habló de nuevo hacia Duff–, ya no tendrás suficientes para ganar, aunque le des una paliza a Conall.

-Me arriesgaré, viejo –escupió Duff, ganándose nuevos gestos de desaprobación.

Gilroy había pensado que Duff sería un serio contrincante para Conall, pero no había contado con que su lengua le hiciese perder seguidores. Siempre lo había considerado un hombre sensato, y ahora le estaba sorprendiendo. Al parecer, su ansia de poder sería su ruina.

Algunos hombres comenzaron a abuchearlo, después de su arrebató, y dar los últimos pasos se convirtió en algo vergonzoso para él. Sin embargo, no se detuvo. Si lo hacía ahora, su honor y su palabra quedarían dañados y nunca podría volver a caminar entre los suyos con la cabeza en alto.

-No tienes por qué hacerlo –le susurró Gilroy al pasar por su lado–. Júrale lealtad en lugar de desafiarlo y todos se olvidarán de lo que ha pasado aquí.

-Yo no lo olvidaré –gruñó Duff.

-Y será tu perdición –dijo el otro, con pena.

-Conall Ross –anunció en voz alta Duff–, te desafío a una lucha mano a mano. Quien gane, será el jefe de los Ross, sin importar el voto del pueblo –aquello se ganó protestas y más abucheos–. Quien gane será...

-No puedo aceptar esos términos –lo interrumpió Conall–. El pueblo debe decidir quién los liderará. Siempre ha sido así y siempre lo será.

-¿Acaso decidirían si tu padre te hubiese cedido su lugar a tiempo? ¿Antes de que él muriese? –bramó Duff.

-Por supuesto –sentenció Conall–. Si no fuese el líder que necesitasen, si no pudiese cumplir como jefe en todos los aspectos en que deba hacerlo, si no hiciese lo mejor para el clan, podrían echarme. ¿O crees que ser declarado jefe por el pueblo ya te convierte en imprescindible? Mi padre fue jefe hasta su muerte, porque buscaba los intereses de su pueblo, no te equivoques. Y si

no haces lo mejor para ellos, no durarás mucho en el puesto. Lo que el pueblo te da, también te lo puede quitar.

-Eso ya lo veremos.

-Si quieres desafiarme, adelante. Lucharemos –asintió–. Y si ganas, me someteré a la decisión del pueblo. Pero si en su lugar pierdes, tendrás que jurarme lealtad en el mismo momento en que me proclame vencedor o me temo que no podrás continuar siendo un Ross.

-Si gano, que lo haré –le aseguró el otro–, abandonarás estas tierras inmediatamente, junto con tu madre. Y no volverás a pisarlas jamás.

-Si es la decisión del pueblo –dijo, con pesar, pues no era eso lo que habría querido. Él era un Ross y no creía poder pertenecer a ningún otro clan salvo al suyo–, así lo haré.

-No habrá decisión del pueblo –gritó Duff–, si pierdes en combate contra mí, te irás para siempre.

Los murmullos subieron de tono entre los presentes, pero Duff los ignoró. Su atención estaba en Conall, esperando a que el joven aceptase los términos. No permitiría que se quedase, no dejaría que vieses en él una posibilidad de cambiar las cosas, una vez fuese el jefe.

-Acepto –asintió el joven. Ante las protestas de su gente, alzó una mano para aclarar sus motivos–. Si no soy capaz de vencer a un hombre en una lucha cuerpo a cuerpo, no seré digno de guiar a mi pueblo. No lo hago únicamente por la tradición, sino porque necesito demostrar que soy digno de ser vuestro jefe. Sé que muchos habéis dudado por mi juventud, y no os culpo, pero haré lo que esté en mi mano para despejar vuestras dudas. Os demostraré lo bueno que puedo ser para el clan.

-Menos palabrería y más acción –renegó Duff, que veía en sus palabras un insulto hacia él.

Salieron al patio, donde todo el pueblo podría ver la lucha sin problemas. Innes, que se había mantenido al margen de todo, a pesar de que le habría gustado intervenir, se acercó ahora a su hijo preocupada.

-No tienes por qué hacer esto, hijo –insistió–. El pueblo te apoyaría si decides desterrarlo por cómo se ha portado. No es necesario que

luches. Si pierdes...

-¿Tan poca fe tienes en mí, madre? –la interrumpió.

-Me preocupan sus artimañas para vencer –señaló con la cabeza a Duff–. Jamás habría imaginado que pudiese ser tan mezquino ni que albergase tamaño deseo de poder. Parecía tan leal a tu padre...

-Y seguramente lo fuese, madre, pero ahora que el puesto de jefe está vacío, no veo motivos para que no lo intente. No puedo decir que su forma de hacerlo me complazca, pero me ha desafiado como dicta la costumbre y no me puedo negar. Si lo hago, nunca seré digno de suceder a mi padre aunque el pueblo me elija igualmente. No quiero que se conformen con el menos malo, sino que me elijan porque realmente soy el correcto. Si he de luchar, lo haré.

-Te has convertido en todo un hombre y no sé cuándo ha pasado –le dijo, con orgullo. Después lo abrazó, sin que le importasen sus quejas–. Ten cuidado, hijo mío, no me fio de él.

-Tampoco yo –le aseguró, haciéndole saber que no era un insensato por enfrentarse a él. Aunque eso, en el fondo, no la consolaba.

Conall se situó frente a Duff y apretó los puños sin alzar los brazos para liberar la tensión que se acumulaba en su cuerpo. Pocas veces le había permitido su padre entrenar con los hombres, porque lo consideraba joven para ello. Y aunque había creído que después de la batalla en la que había participado le dejaría unirse a ellos para demostrar que era uno más, la situación se había torcido totalmente con su muerte. Ahora tendría que luchar para conseguir el puesto que su padre habría querido para él. Y aunque se había sentido tentado a renunciar al liderazgo, pues no se sentía preparado para ello, las otras opciones no eran de su agrado. Irvine sería un jefe horrible con el problema de su adicción al alcohol y su ansia de pelear para no beber; y había pensado que Duff lo haría mejor, pero después de cómo se había comportado con los hombres de confianza de su padre, sabía que sería más tirano que conciliador. No podía permitir que ocupase su lugar. Pero sobre todas las cosas, la promesa que le había hecho a su padre en su lecho de muerte, pesaba en su conciencia. Si no lo hacía por sí mismo, lo haría por él.

Duff lo atacó sin previo aviso, y a punto estuvo de acabar en el suelo por su ímpetu. Se había dejado ir por culpa de sus pensamientos y

apenas logró soportar el golpe de su rival. Retrocedió varios pasos y afianzó los pies en el suelo para evitar que sucediese de nuevo. Alzó los brazos, con los puños prestos a luchar, y se preparó para el siguiente movimiento de su contrincante, que no tardó en llegar.

Recibió algún golpe más, pero también los impartió. Y las dudas que había tenido al aceptar el reto, se esfumaron con cada puño que rozaba la piel de Duff. La confianza se iba afianzando en él, y el honor por ser el heredero de su padre, un digno heredero, infló su pecho con orgullo. No se dejaría vencer.

-Esto no tiene por qué acabar así –le dijo, cuando Duff se pasaba más tiempo en el suelo que de pie–. No tienes que seguir. Ambos saldremos perdiendo si...

-Aquí el único que perderá, serás tú –lo interrumpió.

Lanzó un derechazo contra él inesperadamente, lo que lo dejó aturdido por un momento. Pero había entrenado lo suficiente con Gilroy y con Gavin como para reponerse del golpe antes de recibir otro, y cuando Duff lo intentó, solo se encontró el aire ante su cara. Conall había retrocedido un paso, al tiempo que su puño izquierdo se estrelló en la barbilla de Duff. El derecho no tardó en seguirlo, directo al estómago, doblando al hombre por la mitad. El codo de Conall golpeó la nuca desprotegida y Duff acabó tirado en el suelo, con la vista nublada. Conall terminó la pelea al dejarlo inconsciente con un nuevo puñetazo en su rostro.

Los vítores alrededor le decían, no solo que había ganado la pelea, sino que se había proclamado jefe del clan Ross. No tardaron en alzarlo en brazos para celebrar que era el nuevo jefe y pudo sonreír, satisfecho de sí mismo, por no haberle fallado a su padre. Cuando lo bajaron, los saludos no se hicieron esperar y su hombro iba notando el peso de los golpes y apretones efusivos, pero no le importó. Se sentía eufórico y dispuesto a todo.

-Maldito –escuchó el grito justo antes de notar un intenso dolor en el rostro, sobre su ojo izquierdo.

Duff fue reducido por varios hombres al momento, pero Conall sintió la sangre empapar sus manos, mientras la vista se le nublaba por momentos. Antes de caer al suelo, mareado, escuchó el grito agónico de su madre a lo lejos. Después, todo fue oscuridad.

Visita obligada

-No me importa quién haya enviado la carta, madre. No iré –Conall miró a su madre con rabia. Aunque aquello no fuese cosa de la mujer, necesitaba liberar la tensión que la invitación le producía.

Él era un hombre de acción, no un pelele en la Corte. Le había pedido a su madre que acudiese en su lugar, pero la mujer se negaba, alegando que aquella suponía una gran oportunidad para Conall de destacar ante el rey.

-El rey lo ha exigido –insistió ella, incansable–. No se va a conformar conmigo, Conall. Has de ir tú.

-No seré un bufón en la Corte, madre.

-No, no lo serás –dijo tajante–. Serás el jefe del clan Ross. Un jefe que ha sabido dirigir este clan con determinación desde hace diez años. Que se lo ha ganado durante todo ese tiempo, con espada y sabiduría. El rey quiere hablar contigo y deberías sentirte orgulloso de que sepa de ti. Ya debería haberlo hecho hace mucho, en realidad, así que vas a ir y te enterarás de qué es lo que quiere de ti. Si está en tu mano dárselo, lo harás. Tener al rey contento será bueno para los Ross, Conall. No puedes desaprovecharlo.

-No seré el títere del rey –insistió.

-Serás lo que tengas que ser para que el poder del clan crezca. Mira los Campbell cómo han sabido aprovecharse de las oportunidades que el rey les ha brindado. Ahora el jefe de los Campbell es el Canciller de Escocia y goza del favor del rey.

-Yo solo quiero la paz para mi pueblo, madre.

-Pues el rey podría ayudarte en eso. Ve a verlo y cuéntale lo que sucede con los MacKay. Si eres lo suficientemente persuasivo, él podría acabar el conflicto a nuestro favor.

-Yo no soy un diplomático, madre. Soy un guerrero.

-Y un terco también –dijo ella, dándose por vencida. Salió del cuarto murmurando críticas a la actitud de su hijo.

Conall observó su reflejo en el agua antes de proceder a su aseo matutino. Diez años atrás, cuando había luchado por obtener el mando del clan, había estado a punto de perder un ojo por culpa de

Duff. Su ataque a traición casi habría logrado su objetivo, si Douglas hijo no lo hubiese detenido, junto a otros dos, que ahora formaban parte de su guardia personal, sus hombres de confianza. No volvió a saber nada de Duff después de que lo expulsase del clan por su acción rastrera, aunque creía haber oído en alguna parte que había vuelto al clan de su madre.

Después de aquello, se había convertido en jefe, sediento de venganza por lo que los MacKay le habían hecho a su padre, y durante los diez años que había estado al mando hasta el momento, las luchas con el clan vecino no habían cesado. Muchos de los suyos habían muerto a manos de los MacKay así como muchos de estos lo habían hecho en sus manos. Estaba convencido de que el rey había sido informado de ello y que su requerimiento de verlo en la Corte tenía que ver con eso. Jacobo IV estaba tratando de acabar con la rivalidad entre los clanes para conseguir una Escocia unida, y parecía que había llegado su momento. No quería ir, pues no quería dejar de vengar la muerte de los suyos, pero se aferraba a un imposible, y también lo sabía. Aquello era un ciclo interminable y si nadie ponía fin retirándose de la batalla definitivamente, muchos más morirían.

Había buscado la forma de acabar con aquello usando la espada, y quizá era el momento de probar por otra vía. Le había pedido a su madre que fuese en su lugar, pero sabía que ella le diría al rey lo que quisiese escuchar, solo para obtener su favor para el clan. Y aunque quería acabar con toda aquella muerte y destrucción, no quería hacerlo a un precio excesivo, así que la única forma de lograrlo era ir él personalmente, algo que no quería.

-Maldición –golpeó el agua con la mano. Sabía que debía ir, a pesar de todo.

Después de asearse y vestirse, buscó a Douglas. Tenía que hablar con él sobre el viaje. Se llevaría únicamente a un par de hombres porque no quería que el clan estuviese desprotegido en su ausencia, y Douglas sería uno de los que se quedase. Durante los últimos diez años le había demostrado una lealtad digna de admiración y sabía que sería el indicado para cuidar del clan mientras estuviese fuera.

-Preferiría ir contigo –Douglas no pretendía menospreciar el honor que le concedía su jefe, pero temía más lo que le pudiese pasar a él por el camino.

Su propio padre había ansiado el puesto de jefe para él, pero nunca se lo había planteado, ni siquiera cuando este le insistía en las sombras desde hacía diez años a pesar de haber apoyado en público a Conall. Lo había admirado de pequeño, pero desde que su padre le había mostrado su verdadero rostro, la decepción había hecho mella en su relación y ahora consideraba a Conall como su familia, en lugar de a su propio padre. Una triste realidad que no le había confesado a nadie, salvo a él, porque no quería que oyese rumores falsos, y a los dos amigos que compartían, para que su unión no se viese ensombrecida por nada.

-Te necesito aquí –Conall negó–, al frente del clan.

-No creo que eso sea buena idea.

-Siempre has sabido ignorar las inquinas de tu padre.

-Será implacable si me quedo al mando –insistió.

Douglas mesó su pelirrojo cabello y se paseó por la sala, al tiempo que Conall trataba de pensar en algo que decirle, para que no se preocupase. Confiaba plenamente en él y sabía que, por mucho que su padre le insistiese, jamás lo traicionaría.

-Puede que te convenga –Keir se aventuró a hablar– estar al mando unos días y que tu padre vea que después dejas el lugar a su legítimo dueño. Tal vez así, deje de ser tan insistente.

El moreno miró a sus compañeros, esperando la reacción a sus palabras. Todos en aquella sala conocían el interés de Douglas padre, que si bien se cuidaba de no hablar de ello cerca de Conall, no dejaba de insistirle a su hijo sobre el tema en privado.

-No creo que eso suceda nunca –dijo Douglas–. Está más insistente que nunca, a pesar del tiempo que ha pasado desde que Conall se convirtió en jefe. Se niega a ver que no lo traicionaré. Tuve mi oportunidad hace diez años y le salvé la vida, debería haber entendido aquel día que no quiero ser el jefe del clan.

-Deberías intentarlo –lo animó Fingal–. Cuando vea que te conviertes en jefe unos días y regresas luego a tu puesto, tendrá que admitir que no eres tan ambicioso como él.

-Ya sabes lo que opino de tu padre –intervino Conall una vez más–. Confío en ti, Douglas, sé que no influiré en ti. Y también sé que el clan estará en buenas manos contigo.

-Eh, eh –protestó Fingal–, eso ha sonado ofensivo.

-Dejar el clan en tus manos sería ofensivo –sonrió Keir–. Conall sabe lo que hace.

-¿Sabes que así también te menosprecias a ti, verdad?

Keir sonrió de nuevo, pero no añadió nada más. Siempre bromeaban entre ellos, algo que los había unido más que cualquier otra cosa. A pesar de sus pullas, sabían que el más adecuado para aquella misión era Douglas, no solo por ser el más serio de todos ellos, sino porque también era el más capacitado. Ya se hacía cargo de muchos de los entrenamientos cuando Conall no podía dirigirlos, y se encargaba de los conflictos también cuando el jefe tenía otras ocupaciones. Aquello daba esperanzas a su padre, pero Conall no quería renunciar a su ayuda, solo porque Douglas padre tuviese más ambición de la que debería. El hijo le había demostrado en más de una ocasión que era un hombre de palabra y alguien confiable. Eso era lo que le importaba.

-No estaré mucho tiempo fuera –les dijo–. Iré a ver qué es lo que quiere el rey de mí y regresaré de inmediato. No le permitiré robarme un tiempo que necesitamos con tanta urgencia. Los MacKay llevan demasiado sin atacar, y me temo que están planeando algo importante. Mientras no esté, Douglas, envía a alguien a espiar en sus tierras. A ver si se entera de algo.

Permanecieron juntos unas horas, mientras organizaban todo antes de la partida de Conall, y después de alejaron cada uno en una dirección. El jefe se quedó solo por un momento, pensando en lo que esperar de los próximos días. Sabía que conocer al rey en persona era un honor, pero haber sido convocado por él no le parecía tan bueno como su madre le había intentado hacer creer. Si se había fijado en él, no sería por ser uno de los importantes, pues no había hecho nada significativo en aquellos diez años, salvo luchar para proteger a su pueblo de los MacKay. Si lo había llamado sería por algo malo y temía que fuese, precisamente por su lucha sin fin con sus vecinos.

-Hijo –su madre entró, interrumpiendo sus pensamientos –
¿Podemos hablar un momento?

La mujer se acercó a él con cautela, pero Conall vio en su mirada que estaba decidida a hablar con él, quisiese o no. Su madre había sido una gran consejera para él después de la muerte de su padre. Siempre había sido una mujer fuerte y con vitalidad, pero en los últimos meses veía que su ánimo decaía por veces y sus consejos no eran igual de acertados que antaño. O al menos a él no se lo parecían.

-No estoy de humor, madre –le dijo–. He decidido aceptar la invitación del rey, ¿eso es lo que querías saber? Pues ya está decidido, partiré mañana a primera hora.

-Me alegra saber que has entrado en razón, hijo –asintió su madre–, pero hay algo más que quiero comentarte y que es muy importante.

-¿Tiene que ser ahora?

-Si vas a viajar a la Corte mañana, sí, tiene que ser ahora –sentenció–. Durante estos diez años has servido bien a tu gente y no puedo estar más orgullosa de ti...

-¿Y por qué creo que ahora vendrá un *pero*?

-Eras muy joven cuando asumiste tus responsabilidades y sé que tenías mucho que hacer para conseguir el respeto y la confianza del clan. No lo has hecho mal, hijo, has sido un gran líder desde entonces, y has sabido continuar con el legado de tu padre. No tengo nada que reprocharte en cuanto a eso, Conall, aunque en su momento temí que no fueses capaz de hacerlo. Apenas empezabas tu camino en la vida de adulto y...

-No ha servido de mucho –se quejó, interrumpiéndola–. Los MacKay siguen pretendiendo quedarse con nuestras tierras, y no sé cómo detenerlos, si no es con la espada. Y aunque quisiese hacerlo de otra forma, no veo cómo. No es un asunto que se pueda resolver sin más.

-Tu padre estaría orgulloso de ti si pudiese verte –le dijo su madre–, así como lo estoy yo. Puede que tú no veas el modo de terminar esta guerra sin fin, pero ahora mismo hay cosas más importantes que tratar.

-¿Qué puede haber más importante que encontrar la paz para mi gente?

-Asegurar tu lugar como jefe –sentenció su madre–. Vas a pasar unos días en la Corte con el rey, así que tendrás que hacer algo de vital importancia mientras estés allí. Tienes que sacar tiempo para dedicar a jóvenes casaderas. Los jefes con interés por casar bien a sus hijas, las envían...

-No –negó Conall, sin dejarle terminar–. No me casaré.

Una vez más, su madre pretendía entrometerse en lo que no debía. No era la primera vez que le hablaba de buscar esposa, pero no se sentía más preparado para ello que para ir a ver al rey. Y si bien había claudicado en cuanto a la Corte, no lo haría en el matrimonio.

-Ya no eres un muchacho, hijo –lo reprendió con enfado su madre–. Puede que en otras circunstancias pudieses esperar unos años más antes de contraer nupcias, pero ahora mismo necesitas herederos. Ha llegado la hora de que empieces a pensar en desposar a una joven fértil que te dé muchos hijos. Si no aseguras tu futuro ahora, Conall, podrían sabotearte fácilmente. Debes entender que, sin herederos, tu puesto no está asegurado, por muy buen jefe que seas. La ambición es mala consejera y por más que me pese admitirlo, hay aquí en el clan gente a la que le gustaría verte caer en desgracia. No puedes permitirlo. No debes hacerlo. Tienes que ocuparte de que nadie crea que puede optar al puesto si te sucediese algo.

-No tengo tiempo para eso ahora, madre. La guerra está a las puertas de mi casa cada día y no la perderé por unos esponsales que ni quiero ni busco. Iré a ver al rey como me pedías, pero será mi única concesión. No sobrepases tus labores, madre.

-¿Qué no sobrepase mis labores? ¿Cuáles crees que son mis labores, hijo? –había conseguido enfadar a su madre –. Douglas padre sigue intentando desprestigiarte en las sombras para que su hijo tenga más opciones para ocupar tu puesto. Y tú eres tan necio que no ves el daño que te podría causar eso.

-Su hijo me es leal –replicó– y con eso me basta. Sé que no hará nada en mi contra, ni aunque su padre le insista.

-No es su hijo quien me preocupa, Conall, sino todos los detractores que va acumulando. Nadie se atreverá a ir en tu contra sin una clara victoria, pero las malas lenguas no dejan de criticarte. Si el pueblo empieza a verte como un mal jefe por las calumnias, podrías perderlo todo. ¿Acaso no lo ves, hijo? Si tuvieses un heredero que asegurase la continuación de tu linaje, Douglas padre sabría que ya no hay posibilidades para su propio hijo, y no tendrías...

-No necesito esposa e hijos ahora mismo, madre –gritó–. Ya basta de insistir.

-Pues si no entiendes la importancia de tener alguien que te suceda a la cabeza del clan, yo misma me haré cargo –protestó su madre.

-¿Vas a procurarme herederos? –la miró con diversión.

-Voy a buscarte esposa. De los herederos te encargarás tú una vez casado.

-No harás nada de eso, madre –protestó en voz alta al ver cómo se alejaba para evitar la discusión.

-Eso ya lo veremos, hijo.

Horas más tarde, Conall había olvidado su conversación, inmerso en los preparativos antes de marcharse y dejar a sus hombres de confianza a cargo de todo. No se llevaría a ninguno de ellos, pues no se fiaba de que los MacKay no aprovecharan su ausencia para atacar sus tierras. Prefería que sus mejores guerreros permaneciesen allí para cuidar de todos, por si pasaba lo peor.

-Deberías llevarte al menos a uno –le sugirió Douglas–. El camino tampoco será seguro, si los MacKay se enteran de que vas a la Corte. Les sería más rentable acabar contigo que atacarnos aquí.

-Saldré al amanecer y nadie salvo vosotros sabe que iré a ver al rey, así que podré pasar desapercibido –negó–. Es más peligroso para vosotros que se filtre la noticia de que me he ido. Estoy seguro de que los MacKay harán algo en cuanto lo descubran. Os necesito aquí. Entiendo vuestra preocupación, pero es tarde y mañana debo estar alerta en el viaje, necesito dormir. Podríamos alargar la disputa, pero he tomado una decisión, y aunque siempre consulto con vosotros, en esta ocasión se hará lo que yo diga. Soy el jefe y debéis obedecer.

A pesar de lo duro de las palabras, su voz pausada y falta de autoridad les decía que era un amigo quien hablaba y no el jefe, como había pretendido hacerles ver. Y, tal vez por eso, ninguno protestó.

Les había dicho que iría a dormir, pero como cada noche Conall subió a lo alto del castillo, para observar sus tierras desde las almenas. Era una costumbre que había iniciado tras la muerte de su padre, aquella primera noche en que él ya no estuvo a su lado. Justo en aquel momento, donde la noche se cernía sobre todo cuanto alcanzaba la vista, se recordaba a sí mismo por lo que luchaba, por lo que debía proteger y cuidar. Todos dependían de él y no quería ser una decepción para ellos. Aquellas vistas le daban energía para ser quien debía ser, quien su gente necesitaba que fuese, un día más.

-Le sacaré provecho a la visita al rey –le propuso al viento, como si así pudiese hacerlo realidad.

Estaba decidido, fuese por lo que fuese el llamado del rey, a conseguir algo bueno de aquel viaje. No la esposa que su madre le había reclamado, pero tal vez sí una alianza fuerte de otro tipo con alguno de los clanes que tenían el favor del rey. Ese sería su propósito final, ya que debía ir a la Corte a disgusto.

Cuestiones que disgustan

-Sed bienvenido, Conall Ross. Os guiaré hasta vuestros aposentos y podréis asearos un poco antes de ver al rey.

Conall no esperaba que el rey le diese audiencia nada más llegar al castillo, pero en el fondo le decepcionó que no fuese así. Aunque se había propuesto aprovechar aquel viaje para buscar aliados fuertes, estaba deseando volver a su hogar cuanto antes. Él no era un hombre diplomático ni sabía tratar a la nobleza. Él era un guerrero y su sitio no estaba allí, entre gente vestida de gala a todas horas y sin nada mejor que hacer que cotillear sobre lo que ninguno entendía. Solo necesitó cruzarse con un par de personas para saber que aquello no funcionaría.

-Su majestad os atenderá en breve, laird Ross –le recordó el hombre antes de abandonar la alcoba–. Alguien vendrá a por vos, aguardad aquí para que puedan encontraros y no hagáis esperar al rey.

Ni siquiera le dio opción a protestar, aunque no lo habría hecho, pues sentía curiosidad por saber por qué lo habían convocado después de diez años siendo el jefe del clan.

Aprovechó aquel tiempo de espera para asearse, después de la larga travesía comiendo el polvo del camino; luego se puso ropa limpia y se peinó el cabello hacia atrás, para que ningún mechón rebelde le cubriese la cara. Su madre siempre le insistía para que se cortase el pelo, pero no se decidía a hacerlo, pues era lo único que le quedaba de la época en la que su única responsabilidad era ser puntual en los entrenamientos. El último vestigio de una vida que añoraba en muchas ocasiones, cuando el peso del clan se le antojaba excesivo.

No había sido fácil ocupar el lugar de su padre, sobre todo porque su gente lo tenía en muy alta estima y, por ende, esperaban mucho de su hijo y heredero. El primer año se le había antojado imposible, y habría renunciado si no se hubiese topado con los que ahora formaban su guardia personal. Los robos de los MacKay se habían intensificado en los siguientes meses a la muerte de su padre y

tenían que luchar a menudo para recuperar lo que era suyo. Sin sus leales amigos, habría buscado a alguien, a su modo de ver, más digno del puesto. Ahora, después de diez años, se sabía preparado para enfrentar cualquier situación que se le presentase, por muy difícil que pareciese.

-Acercaos, Ross –lo acució el rey al verlo. Quizá esta fuese una de esas situaciones imposibles, aunque no estaba tan seguro de poder manejarla–. Os estábamos esperando.

Junto al rey, se encontraba Roy MacKay, el actual jefe de ese clan, su mayor enemigo y probablemente el único. Se veía tan incómodo y sorprendido como él, así que Conall procuró mantener la calma. Tampoco lo miró, más allá de comprobar si tenía algo que ver con aquella reunión. No pretendía iniciar una disputa con él delante del rey, pero le preocupaba pensar que Roy le hubiese hablado de sus asuntos a favor a su clan. No toleraría que se saliese con la suya, si creía poder poner al rey en su contra.

-Majestad, es un honor estar en vuestra presencia –Conall lo saludó como correspondía, y por respeto al rey, dirigió una sola palabra a su contrincante–. MacKay.

-Ross –le devolvió el mismo saludo, manteniéndose rígido en su lugar para que nadie notase sus ganas de irse.

-Bien, bien –comenzó a hablar el rey–. Me alegra ver que sabéis comportaros. Temía tener que recurrir a la fuerza para manteneros alejados al uno del otro. Tan grande es la animadversión que parecéis sentir. ¿O los rumores de vuestras continuas disputas son infundados?

-No lo son, Majestad –Roy se apresuró a hablar–. Los Ross nos han estado...

-No quiero oír razones o excusas –lo calló el rey–. Tengo una meta en mi reinado. Algunos de mis antecesores son recordados como grandes conquistadores, e incluso como tiranos, en muchas ocasiones. Mi intención no es ser uno de ellos, sino ser aquel que consiguió unificar a los clanes bajo una misma bandera y...

-Con el debido respeto, majestad –aventuró Conall–, pero las disputas entre clanes son algo que siempre ha existido y no creo que podáis solucionarlo. El odio entre...

-No toleraré ciertos comportamientos entre los clanes –lo interrumpió–, sean o no justificados. O simplemente por haber sido así durante siglos. Los grandes cambios llevan a grandes sacrificios. Con el trato adecuado, sé que todas las disputas acabarán.

-¿Y qué sacrificarías vos, majestad? –preguntó Roy, hecho una furia. Conall podía imaginar lo que estaba pensando, pues también él lo hacía. El rey les haría renunciar a algo en favor del otro clan para que, perdiendo ambos, nadie quisiese seguir con una guerra que parecía no tener fin y que los perjudicaría a ambos.

-El tiempo que podría estar dedicando a otras tareas más productivas –el rey alzó la voz ante su impertinencia y Roy bajó la cabeza en señal de disculpa. Se había propasado y solo ahora era consciente de ello. Conall imaginó que a él también le habrían explicado la importancia de hablarle al rey con respeto, antes de entrar en la sala donde estaban reunidos, pero parecía que lo había olvidado de golpe en aras de su odio hacia él y su clan.

-Permaneced en silencio –le habían indicado– y dirigíos a su majestad, con respeto, solo cuando así os lo indique. El rey es un hombre ocupado, así que no le hagáis perder el tiempo.

-También soy un hombre ocupado –había protestado él ante aquellas palabras– y he tenido que dejarlo todo para acudir. Quizá sea él quien no deba hacerme perder a mí el tiempo.

-El rey es la máxima autoridad en Escocia y vuestro deber es obedecer –lo reprendió–. Espero, por vuestro bien, que uséis un tono más cordial cuando habléis con él.

Y ahora, Roy había provocado al rey con su insinuación y este había entrado en cólera. Lo miró también a él, para ver si pensaba protestar, pero permaneció en silencio. Si aquella reunión lograba ponerlo de su lado y en contra de los MacKay, lo aprovecharía. Aunque no estaba dispuesto a renunciar a cualquier cosa por ese favor, por lo que se contendría lo justo para no disgustar a su rey.

-¿Qué tendríamos que hacer, vuestra majestad? –le dijo, cuando creyó que el enfado había remitido un poco. Roy lo miró con odio, al descubrir sus planes secretos. Era un hombre perspicaz y no había tardado en verlo, pero no le importó, pues la balanza ya se había inclinado hacia él en el momento en que Roy lo provocó.

-En dos días, el Lord Alto Canciller de Escocia habrá vuelto de un viaje al que yo mismo le he enviado –dijo el rey–, y deberéis presentaros ante él para negociar la paz.

-¿Es necesario involucrar al conde de Argyll? –preguntó a riesgo de resultar insultante, pero no podía permanecer callado. Había esperado que aquel asunto se solucionase allí y es ese mismo instante–. Sin ánimo de ofender, estoy seguro de que vos ya sabréis el pago que se nos exigirá. Podríamos terminar con esto ahora mismo.

-Podríamos –asintió el rey–, pero he decidido que sea mi Canciller quien se ocupe de tales tareas. El conde ya me ha demostrado en muchas ocasiones que es un estratega implacable, y por eso estoy convencido de que conseguirá encontrar el mejor modo de que la paz entre los Ross y los MacKay sea duradera.

-¿Por qué convocarnos en la Corte, entonces? –insistió. Se había propuesto dejar que fuese Roy quien ofendiese al rey, pero la curiosidad era mayor que sus ganas de verlo caer.

-¿Habríais acudido ante el Canciller de Escocia sabiendo lo que sabéis ahora? –lejos de ofenderse, el rey admiró que se interesase por sus razones para obrar de aquel modo–. Incluso aunque la orden llegase de mi mano, ¿habríais ido a una reunión donde se os exigiría la paz con los MacKay?

Conall quiso responder de inmediato que lo haría, si el rey lo exigía, pero permaneció en silencio pensando en ello. En el fondo, aunque no quisiese dársela, el rey tenía razón y habría encontrado la forma de no acudir.

-Por tu silencio –continuó hablando el rey–, intuyo que lo habrías ignorado. Pero ahora estáis frente a mí y no voy a dejar que os vayáis sin una promesa real de que acudiréis a la reunión con el conde en dos días.

-¿Y si no acudimos, de todas formas? –Roy intervino.

-Si no acudís –le respondió–, o no lográis alcanzar la paz que exijo, seréis multados, ambos clanes, con 500 merks .

-Eso es demasiado –en esa ocasión, ambos protestaron al mismo tiempo. Eran malos tiempos para la recaudación y las arcas no rebosaban, por lo que el pago sería la ruina.

-Es un incentivo para que os lo toméis en serio –les dijo–. Ahora debo atender otros asuntos, pero os invito a pasar estos dos días en la Corte, si así lo gustáis.

-Si no os importa –Conall fue el primero en hablar–, yo preferiría volver a mi hogar. Si he de acudir en dos días a las tierras del conde de Argyll, debo informar de ello para que sepan dónde encontrarme en caso de que necesiten de mi presencia.

-Igual yo –admitió Roy a disgusto, pues no quería estar de acuerdo en nada con un Ross.

-Aprovechad el viaje de regreso –les propuso el rey– para pensar en lo que estaríais dispuestos a ceder para que la paz sea duradera. Me consta que el conde tiene su propia propuesta, pero estaría bien tener alternativas, por si no fuese de vuestro agrado lo que ha pensado.

Ambos hombres asintieron, antes de ponerse en pie y salir de allí a la par. Una vez en el pasillo, Conall trató de entablar conversación con Roy. A pesar del odio entre sus clanes, más de una vez había pensado en buscar el modo de acabar con aquello. Muchos hombres buenos habían muerto por culpa de una lucha sin sentido, que se había prolongado más de la cuenta ya.

-Algo me dice que el conde no aceptará sugerencias –dijo.

-No seremos amigos, Ross –Roy escupió las palabras con odio– y no renunciaré a nada para darte una paz que no mereces. Tu gente ha matado a demasiados de los míos...

-Y lo mismo podría decir yo de la tuya –lo interrumpió.

-Si acudo a la reunión no creas que será para buscar la paz –continuó, aun así–, sino porque no tengo 500 merks que entregar al rey.

-Tendrás que dárselos igualmente si no aceptas firmar la paz –le recordó. Tampoco le gustaba la idea de negociar con los MacKay, pero no podría permitirse aquel pago.

-Tengo dos días para encontrar la forma de salir ganando –sonó a amenaza–. Sé lo que has intentado hacer con el rey, Ross, no creas que soy un estúpido.

-Solo intento congraciarme con él –no pretendía negarlo ni tampoco justificarse– y si fueses listo, harías lo mismo.

-Si tú fueses listo, habrías acabado con esto cuando murió tu padre. Ojo por ojo –le recordó.

-¿Piensas que matar a mi padre fue un acto de justicia? –no podía creer lo que estaba oyendo.

-Tu padre mató al mío antes.

-Y tu abuelo mató al mío –sentenció—. Podríamos seguir y seguir hasta remontarnos a la primera disputa y los Ross y los MacKay se habrían matado los unos a los otros en una venganza sin fin. Cuando ocupé el puesto de mi padre, lo hice con la firme determinación de terminar con la guerra entre nuestros clanes. No negaré que mi intención no era pactar la paz, pero si nuestro rey nos lo exige, haré lo que esté en mi mano para obedecer. Tampoco yo tengo 500 merks para entregarle, pero aunque los tuviese, prefiero que mi gente deje de morir.

-¿Estás dispuesto a renunciar a parte de lo que eres? –le preguntó—. Porque eso es lo que te obligarán a hacer. Vas a vender tu alma al diablo por una paz que no durará, y lo sabes.

-En nuestra mano está hacer que dure –lo retó.

-Eres un necio, Ross –Roy se alejó de él farfullando entre dientes y Conall dejó ir un suspiro apesadumbrado.

Tampoco a él le gustaba tener que hacer un trato con los MacKay para conseguir la paz, pero sabía ver las ventajas de ello, si se hacía equitativamente. La paz que siempre había ansiado para su gente estaba más cerca que nunca y solo esperaba que el pago por ella no fuese demasiado alto. Aunque le disgustase la idea de pedir ayuda, en esta ocasión, sabía que su madre podría serle útil para hallar algo que sugerir al Canciller y que los MacKay estuviesen dispuestos a aceptar a cambio de dejar las armas, sin que los Ross tuviesen que perder demasiado. Necesitaba verla y pedirle consejo, de ahí que quisiese volver a su hogar de inmediato.

-Disculpadme –sus manos fueron a parar a los brazos de la joven contra la que acababa de chocar. No había visto por dónde caminaba, pensando en las posibilidades, y se había dado de bruces con ella—. No os había visto. ¿Estáis bien?

-Estoy bien –dijo con voz débil, evitando el contacto visual con él, al tiempo que se liberaba de su agarre, colocando la falda de su

vestido como excusa—. No os preocupéis.

-Soy un patán y os pido disculpas –reiteró.

-No... –cuando la joven doncella elevó la vista hacia él, sus ojos se abrieron más, por la sorpresa de ver la cicatriz que rasgaba su rostro. No se sintió ofendido por el gesto, pues estaba acostumbrado a que sucediese eso la primera vez que alguien lo miraba a la cara. Aunque no había perdido el ojo, la fea herida llamaba la atención enseguida—. No es necesario que os disculpéis dos veces, mi señor. También yo iba distraída. Debí mirar por dónde iba, pero me están esperando y no quiero llegar tarde.

-Desde luego –Conall se apartó hacia un lado para dejar que la joven continuase su camino, pues estaba claro que su comentario era una forma sutil de decirle que quería marcharse de allí. Quizá estar a solas con un hombre tan intimidante a la vista la preocupase, y no podía culparla. Su honor era lo único que tenía y debía cuidarlo. A él no lo conocía y no podía adivinar sus intenciones. Estaban los dos solos en un pasillo estrecho, y sin vigilancia. Aquello no pintaba bien para ella, si a alguien se le ocurría pasar en ese mismo instante por allí y los descubría juntos.

-Buenas tardes –le dijo ella, inclinándose ligeramente en una reverencia, antes de caminar todo lo deprisa que su decoro le permitía, para alejarse de él.

Conall la siguió con la mirada, encandilado por su delicada belleza. El azul de sus ojos había captado su atención en cuanto cruzaron miradas, incluso si la de la joven parecía asustada al ver su rostro ajado. Había sabido recomponer el suyo con rapidez y había sabido disimularlo, para que no se ofendiese con su reacción. Era evidente que estaba bien enseñada, así que podía suponer que se trataba de una dama. Claro que su elaborado vestido ya le indicaba que lo era, aunque sus modales no fuesen impecables. En ese momento, recordó las palabras de su madre sobre el matrimonio, y regresó al presente de golpe, disgustado.

-No tienes tiempo para eso, Conall –se quejó en voz alta.

Regresó al cuarto que le habían asignado y empaquetó lo poco que había sacado de la alforja. Si quería llegar a casa a tiempo para hablar con su madre, antes de tener que ir a tierras de los Campell, debía darse prisa. El tiempo sería muy justo.

Cuando entró al establo, le pidió al mozo de cuadra que le entregase su caballo y, mientras esperaba, su mente viajó a aquel pasillo donde se había chocado con la rubia joven de ojos embrujadores. Parecía menor que él, tal vez por varios años, y tenía un rostro demasiado inocente para las maquinaciones de la Corte. No pudo evitar preguntarse a qué clan pertenecería y por qué su familia la había dejado en un lugar como aquel sin compañía. O tal vez sí la tenía, pero él no la había visto. Movi6 la cabeza para desechar aquellos pensamientos e intent6 centrarse en lo que se avecinaba. Temía el pago que le exigiría el Canciller, pero también temía tener que entregar 500 merks si no podían alcanzar la paz con los MacKay, porque no los tenía. Solo había un camino para él y era la paz. Y aunque la hubiese preferido conseguir de otra forma, estaba dispuesto a la vía diplomática si eso evitaba más muertes.

Pero también había otro asunto que debía tratar en breve y que había estado dejando, con la esperanza de no tener que lidiar con más clanes. Estaba claro que la unión hacía la fuerza y, aunque tenía aliados, no eran tantos como le hubiese gustado. Su padre había estado visitando a otros jefes antes de su muerte, pero él lo había abandonado, al centrarse en su lucha con los MacKay. Ahora que eso se iba a solucionar, debería retomar las relaciones con otros clanes. No pensaba en matrimonio, como habría hecho su madre, pero en algo tenía razón ella, y era que las buenas relaciones con clanes colindantes nunca venían mal.

El acuerdo

-Lady Ross –el Canciller se inclinó ante ella y le regaló una sonrisa educada–, es un placer verla, aunque no esperaba que acompañase a su hijo.

-Aunque a él le disguste mi presencia –dijo con mordaz acierto–, creo que necesitaréis aliados, Lord Canciller, si queréis llegar a un acuerdo entre los Ross y los MacKay.

-No os tenía por una pacificadora, mi señora.

-Puede que no esté a buenos términos con los MacKay –le dijo– porque mataron a mi esposo, pero no quiero que le hagan lo mismo a mi hijo, así que creo que ha llegado el momento de acabar con la rivalidad sin tener que recurrir a las armas.

-Opino lo mismo –asintió el Campbell.

-También yo –intervino Conall, que había permanecido en silencio hasta el momento–. De no ser así, no estaría aquí ahora.

-Es posible que los 500 merks hayan tenido algo que ver –sugirió el Canciller.

-Cierto es que ayuda a tomar la decisión, pero mi deseo de poner fin a las muertes también pesa más –admitió–. Quisiera tener paz al fin para mi gente.

-Me complace que vuestras razones para estar aquí sean más nobles que el evitar pagar una multa.

-¿Y qué tenéis pensado hacer para que finalice la rivalidad entre los clanes, Canciller? –preguntó Innes, mientras se enlazaba con el brazo del hombre, cuando este le ofreció caminar a su lado.

-Si os lo dijese ya, tendríais ventaja frente a los MacKay –le sonrió–. No sería justo para ellos, ¿no creéis?

-Cierto –asintió, condescendiente. Luego bajó el volumen de su voz–. Tengo mi propia propuesta, Canciller, y creo que no distará mucho de la vuestra, pues está claro que lo único que mantendrá a ambos clanes tranquilos son los lazos de sangre, ¿no creéis?

-Es una interesante sugerencia, milady –le habló en igual tono–, y me complace ver que no soy el único que piensa así.

-¿A que ahora se alegra más de que haya acompañado a mi hijo, Lord Canciller? –le sonrió con complicidad.

-En efecto, mi señora. Como se suele decir, la unión hace la fuerza.

-Y le aseguro que necesitaremos estar muy unidos si nos proponemos que acepten. No será sencillo.

-Tengo mis recursos –rio el hombre–. Y si nada funciona, la amenaza de doblar la multa lo hará.

Innes había decidido acompañar a su hijo, incluso cuando este le había insistido en que no lo hiciese, porque quería solucionar, de una vez, dos asuntos que le preocupaban. Su hijo estaba tan centrado en la guerra con los MacKay, que descuidaba la traición que se cernía sobre él cada día que se mantenía soltero. En cualquier otra circunstancia, podría haber permanecido así otros cinco o seis años sin problema, pero con Douglas padre rondando en torno a él, alentando en las sombras a otros a desconfiar de sus capacidades como líder del clan, no podía posponer aquel asunto por más tiempo. Cuanto antes se casase y tuviese a su heredero, antes atajarían aquel problema. Nunca se le habría pasado por la mente buscar a una MacKay como esposa de su hijo, pero al saber que el mismísimo rey se había molestado con aquellas disputas, la única solución era casar a Conall con la hermana menor de Roy MacKay. No había querido decírselo a su hijo porque sabía que no lo aceptaría, y por eso había decidido acompañarlo. Ella se encargaría de que saliesen del hogar de los Campbell con un compromiso formalizado.

Había oído hablar mucho de la belleza y la dulzura de la joven muchacha, y aunque quizá su hijo necesitase a una mujer menos delicada, ya no tenían elección. La dama se tendría que acostumbrar a las formas de Conall. Al menos mientras no le diese un heredero. Después, si no querían, no tenían por qué compartir más tiempo juntos.

-No sé qué pretendes, madre –susurró Conall una vez se sentaron en la mesa, frente a Roy MacKay. Había venido acompañado de otro hombre mayor que él, seguramente su consejero, para las negociaciones–, pero deja que sea yo quien hable. No me ha gustado ver que murmurabas con el Canciller, no dejaré que te inmiscuyas en esto.

-Dejaré que hables, siempre que hagas lo correcto, hijo –le dijo–. Si veo que te equivocas, por supuesto que haré algo al respecto.

-No me avergüences –la amenazó.

-No me avergüences tú a mí, Conall.

-Acabo de llegar de un largo viaje –la voz del Canciller los detuvo– y estoy realmente cansado, así que espero poder solucionar este asunto rápido y sin conflictos.

-Si las condiciones son las adecuadas –intervino Roy–, el acuerdo se sellará con rapidez. Si me parecen injustas, no aceptaré nada. Encontraré la forma de pagar la multa y de librarme de cualquier obligación.

-Si venís a mi casa pensando en que pagar es una opción –le retó el Campbell–, entonces ya empezamos mal. Estoy aquí para conseguir que las disputas entre los MacKay y los Ross terminen para siempre, y nadie se irá hasta que esté garantizado. Así que espero, por vuestro bien, que os lo toméis en serio, Roy MacKay.

-Si no fuese así, no estaría aquí, Lord Canciller –sentenció –, pero no aceptaré un trato desfavorable para mi gente.

-¿Y qué consideraréis vos un trato desfavorable?

-Estoy dispuesto a firmar una tregua con los...

-Nada de treguas, MacKay –lo interrumpió el Canciller–. Estáis aquí para firmar la paz. Una duradera y real. Nada de fingir que se acabarán las peleas, mientras pensáis en la mejor forma de atacar a los Ross cuando esto termine. Saldréis de aquí con la paz asegurada, o no saldréis.

-¿Cuál es su propuesta, Lord Canciller? –preguntó Conall, esperando así poder calmar las aguas. Conocía mejor que nadie el ímpetu del jefe de los MacKay y aunque no sería una desdicha que acabase en los calabozos del Canciller, quería acabar con aquella cuestión cuanto antes para así poder regresar a su hogar. No podía negar tampoco, que estaba nervioso por lo que el Campbell fuese a proponer.

-El rey me ha encomendado la tarea de acabar con todas las disputas entre los clanes –comenzó a explicar– y no es cosa fácil, pues las luchas se han convertido en parte de la historia propia de los mismos. Están tan arraigadas que el camino hacia la paz está

lleno de piedras que dificultan el acuerdo. He probado con infinidad de propuestas y nada ha funcionado... salvo los lazos de sangre.

-¿Lazos de sangre? –bramó Roy, que pudo entender hacia dónde se dirigía el Canciller–. No entregaré a mi hermana a un hombre que bien podría matarla antes de su noche de bodas. Me niego a...

-No soy un asesino –lo interrumpió Conall, ofendido por su acusación–. Si he matado, ha sido en defensa propia y de mi pueblo. Y jamás a una mujer. Tengo honor, MacKay, no sé si tú puedes decir lo mismo.

-Mi hermana es demasiado delicada para un bruto como él –Roy decidió ignorarlo, y continuó dirigiendo su enfado hacia el Canciller–. No sobreviviría ni dos días a su lado.

-Me gustaría poder decir que sea Conall Ross quien os dé a vos la posibilidad de desposar a su hermana –le dijo el Canciller–, pero me temo que no es posible, de modo que solo hay una vía a seguir.

-Me niego a dejar a mi hermana en manos de los Ross –se levantó, al tiempo que lo hacía también su acompañante –. Pagaré los 500 merks si es preciso, pero no negociaré la paz con mi hermana.

-Sentaos ahora mismo, MacKay –el Canciller alzó la voz de forma tan inesperada, que Roy solo pudo obedecer– ¿Es que no me he expresado bien? Saldréis de aquí con la paz o no saldréis. Los 500 merks tendríais que pagárselos a su Majestad el Rey, pero yo no seré tan indulgente. Se me ha encargado una tarea y no fracasaré. Si...

-¿Puedo decir algo, Canciller? –Conall pidió permiso con toda la educación de la que fue capaz, para no alterar más al hombre. Cuando este se lo concedió, continuó–. Sé que el mejor camino para lograr una paz duradera y sólida es el matrimonio, pues nada une más que los lazos de sangre entre dos clanes, pero no me siento preparado para algo así, y menos todavía con la hermana del hombre que ha matado a mi padre. Como he dicho, no le haría daño pues soy un hombre de honor, pero no podría tampoco darle un matrimonio feliz. Al mirarla a los ojos, yo...

-Hijo –fue ahora Innes quien interrumpió–, como bien has dicho antes, tu lucha ha sido siempre contra los hombres del clan MacKay, no contra las mujeres. Esa joven no tuvo la culpa de lo que le pasó a

tu padre. Puede que también a mí me disguste este matrimonio, pero más desdichada sería si pierdo a mi hijo en una batalla. Los grandes líderes hacen grandes sacrificios por su gente, hijo, y yo sé que tú eres grande. No dejes que el odio te impida aceptar que esta es la única solución para el conflicto.

-¿De eso hablabas con el Canciller, verdad? –la miró con rabia–. Tú se lo has sugerido.

-Ya era mi intención proponéroslo, Conall –la defendió el Canciller–. He intentado encontrar otra solución, pero no la hay. Los lazos de sangre son lo único capaz de terminar con la guerra entre dos clanes. Es un pequeño sacrificio que salvará muchas vidas.

-¿Pequeño? –Roy seguía furioso–. Mi hermana tendrá que hacer un gran sacrificio.

-Y por eso –intervino Innes–, os prometo que estará bien cuidada, pues yo misma me encargaré de que no le pase nada malo.

-¿Y debo fiarme de la palabra de una Ross?

-No siempre fui una Ross, mi señor. Y una vez estuve en el lugar que ahora ocupará vuestra hermana. Fui el pago por la alianza entre los Munro y los Ross, y os aseguro que no sufrí daño alguno, incluso aunque mi esposo no deseaba desposarse conmigo. Con el tiempo, llegamos a amarnos y...

-No permitiré que un Ross mancille a mi hermana –alzó la voz, al tiempo que se incorporaba por segunda vez–. Y no me creáis tan tonto como para pensar que mi hermana podría llegar a amar a vuestro hijo. Eso no pasará jamás.

-¿Es vuestra última palabra, MacKay? –preguntó ahora el Canciller.

-Lo es –asintió, después de mirar hacia su consejero.

-De acuerdo, pues –se dirigió a los hombres que había en la puerta–. Guardias, encerradlos en los aposentos que he dispuesto para ellos hasta que entren en razón. Y traed a la joven MacKay aquí.

-Ni se os pase por la cabeza obligarla a casarse con él –le gritó Roy sin poder deshacerse del agarre de los guardias–. Canciller, no lo hagáis. Eso no acabará con la guerra, solo la intensificará. Os lo juro. No lo permitiré.

-Lleváoslo –repitió el hombre. Una vez se quedaron solos, habló de nuevo—. No obligaré a la joven a casarse con vos sin el consentimiento de su hermano, pero debo hacerle entender que estará bien con los Ross. En cuanto la joven llegue, os la llevaréis a vuestras tierras. Innes, cuento con vos para que su honor no se vea mancillado mientras esté con los Ross. Cuando se celebre la boda, no ha de haber duda alguna sobre su pureza.

-Os prometo que la joven estará bien y protegida.

-No siempre es fácil –se sentó de nuevo, como si el peso del mundo recayese sobre sus hombros y lo aplastase—. El rey quiere un pueblo unido, pero no se puede doblegar el carácter de los escoceses sin que traiga consecuencias. Lo que me ha pedido es peligroso y muy arriesgado.

-No deseo este matrimonio –dijo Conall, ante la mirada de reprobación de su madre—, pero quiero la paz para mi pueblo. Si debo sacrificarme por ellos, creo que esta es la forma menos dolorosa de todas. Aceptaré desposar a la muchacha de los MacKay, si así lo quiere el rey. Prometo que no sufrirá ningún daño, pero no puedo asegurar que vaya a ser feliz entre los míos.

-Esto no va de felicidad, hijo –le recordó su madre—, sino de hacer lo correcto. Tu padre estaría muy orgulloso de ti, Conall. Sé que tienes una imagen de él muy diferente a la mía, pero te aseguro que estaría de acuerdo contigo.

-Mi padre se revolvería en su tumba si supiese que una MacKay ocupará el lugar que una vez tuviste tú, madre.

-Cuán equivocado estás con él, hijo mío. Tu padre se casó conmigo para acabar con la enemistad entre los Munro y los Ross, ¿por qué crees que vería con malos ojos lo que estamos haciendo ahora? Él estaría de acuerdo con esto, Conall. Incluso diría que lo propondría él, de estar vivo.

Conall no estaba tan convencido como su madre, pero no discutiría más con ella. Había esperado poder solucionar aquel asunto sin tener que sacrificar demasiado, y ahora estaba a punto de desposar a la hermana de su enemigo. En el fondo, sabía que aquello sucedería. Desde siempre, tanto las disputas como las alianzas entre clanes, habían tenido algo en común: los lazos de sangre. El matrimonio era la solución a todo, para su desgracia. Y aunque

quería odiar a su madre por haber conseguido que se casase, no podía hacerlo, pues no había sido ella la causante. El rey así lo exigía, aunque odiase tener que obedecer.

-No será tan malo, hijo –su madre le palmeó la mano–. Y dicen que es muy hermosa.

-Si debo casarme, quiera o no –le replicó él–, ¿qué puede importar cómo sea ella? Aunque fuese un cardo, tendría que hacerla mi esposa igualmente.

-Pero si es hermosa, al menos te alegrará la vista. Es más placentero hacer un heredero cuando la madre es bella.

-Madre –se quejó Conall–. Todavía no estoy casado y tú ya piensas en herederos.

-Hijo, hemos solucionado dos problemas con esta boda, y encima, tenemos un extra. Las disputas se acabarán, las maquinaciones de Douglas padre no tendrán fundamento muy pronto, y el rey estará complacido con el acuerdo. Te tendrá en cuenta, cuando sepa que solo Roy se opuso al trato. Estás haciendo lo correcto, aunque ahora te pueda parecer que no. Nadie dijo que ser el líder fuese fácil, mi querido hijo, pero lo estás haciendo bien.

-Puede que esté ganando más de lo que pierdo, madre –dijo–, pero tendré que desposar a una mujer a la que no conozco y que mi instinto me exhorta a odiar solo por ser una Mackay. No sé cómo eso pueda salir bien.

-Es una joven metida en una guerra que no va con ella –le recordó–. Tendrás que aprender a diferenciarlo, hijo mío, porque será tu esposa y no me conformaré con que solo la respetes como tal. Estará asustada cuando venga, y tú debes hacer que se sienta cómoda con nosotros. Mucho depende de esto, Conall.

-Acepté este matrimonio por el bien de nuestra gente –le dijo–, pero tú eras la que lo deseaba. Tú te encargarás de que la joven se sienta cómoda con nosotros. Una vez me dé un heredero, no...

-No hables antes de tiempo, hijo –lo interrumpió–. Puede que te tengas que tragar tus palabras.

-No me enamoraré de ella, madre. No será como con mi padre y contigo.

-Hijo mío –suspiró–, qué poco sabes de la vida.

Conall salió de la sala, no queriendo discutir más con su madre. Solo entonces fue consciente de que el Canciller los había dejado solos, pero no sabía cuándo. Tampoco es que importase demasiado, porque en ese momento no le apetecía hablar con nadie. Aunque sabía que había hecho lo que debía, sentía que había caído en una encerrona de su madre. Había esperado poder esperar unos años antes de contraer matrimonio y ahora estaba a punto de unirse a la hermana de su mayor enemigo. Estaba seguro de que cumpliría con su deber y la protegería con su vida si fuese necesario, pero no creía poder conseguir nada más que el heredero que su gente esperaba.

Siempre había sido consciente de que su matrimonio no sería por amor, pues se debía a su pueblo, pero le habría gustado encontrar en ella a una amiga, una confidente. Y estaba claro que con una MacKay eso no sucedería. Sus esperanzas habían sido aplastadas por la mano del rey, y no podía impedirlo.

-Supongo que mi madre tiene razón –suspiró—. Al menos será un placer para la vista.

Vano consuelo el suyo, pero quería la paz para su clan y aquella joven era el camino, así que lo recorrería costase lo que costase.

La novia

Kenna MacKay fue escoltada a las tierras de los Campbell por los hombres del Canciller. Su hermano, por orden del rey, la había llevado a la Corte hacía ya más de un mes, y la joven lo echaba tanto de menos que cuando aquellos hombres le dijeron que Roy la esperaba, ni siquiera pensó en la razón por la que se reuniría con él en Argyll.

Sin embargo, a medida que se acercaba al lugar, su miedo y su preocupación fueron creciendo a la par. Su hermano había estado en la Corte días atrás, o eso había escuchado en los salones de palacio, pero no le había dado crédito a los rumores, pues Roy no la había visitado. Ahora que se dirigía a las tierras del Canciller de Escocia, le preocupaba que lo hubiesen llevado allí para juzgarlo por algo. Corría el rumor de que el rey pretendía acabar con la enemistad entre clanes, y Kenna supuso que podría ser ese el motivo por el que su hermano estuviese con los Campbell. Pero seguía sin saber por qué requerían de su presencia, si no era más que una mujer. Su opinión no contaría para nada.

-Disculpad –se dirigió a uno de los hombres que la estaba escoltando–, ¿por qué viajamos hacia Argyll? ¿Hay algún problema?

-Lord Campbell os informará de todo, milady –respondió. Y aunque le insistió un par de veces, la ignoró totalmente, como si se hubiese quedado sordo de repente.

Kenna nunca había sido una mujer aventurera ni atrevida, pues su madre se había encargado de convertirla en una dama digna y prudente desde la cuna. Podía ser insistente cuando algo le interesaba o creía que era justo, pero por norma general se comportaba con docilidad. Se suponía que así debía ser, y por eso esperó pacientemente a llegar a Argyll para saber la razón de su presencia allí, mientras los nervios la iban carcomiendo por dentro.

Cuando alcanzaron su destino final, uno de los hombres que la habían escoltado le ayudó a bajar. Otro hombre de más edad la esperaba en la puerta con una sonrisa que pretendía ser halagüeña,

pero que le pareció demasiado forzada. Su cabello comenzaba a blanquear, pero parecía conservar todavía el brío de quien se ha ejercitado toda la vida. Sus elegantes ropajes le dijeron quien era, antes de que hablase siquiera. Se retorció las manos en busca de la calma que parecía haberla abandonado unas millas antes y le sonrió al alcanzarlo.

-Milady –la saludó el hombre–, es un placer teneros en mi humilde hogar.

-El placer es mío –le dijo, pensando que aquel lugar tenía poco de humilde.

El castillo, con docenas de ventanas y dos altos torreones custodiando la entrada, parecía mayor que su hogar, que siempre le había parecido inmenso. Había guardias por doquier custodiando el castillo del Lord Canciller, que no debía ser muy popular en ese momento, cuando estaba llevando a cabo los planes del rey de pacificar Escocia. Los clanes no solían aceptar bien las imposiciones y eso era lo que el rey pretendía hacer usando a lord Campbell, lo que evidentemente lo ponía en una situación incómoda. Por otro lado, por lo que había oído en la Corte, el hombre disfrutaba con su papel como Canciller y no tenía miedo a nada ni a nadie.

-Vuestro hermano os espera –le dijo, sin preámbulos–. He de deciros que está retenido en sus aposentos porque no está de acuerdo con los planes del rey y me temo que eso es inaceptable. Os he mandado llamar para que intentéis hacerle entender que debe obedecer. Sé que os pido más de lo que debería, pero es necesario que este acuerdo se lleve a cabo, por el bien de Escocia.

-Mi hermano nunca ha hecho caso de lo que yo le digo –le explicó– ¿Por qué creéis que lo haría en esta ocasión?

-Porque lo que ha de decidir os atañe a vos.

-¿A mí? ¿Por qué? –en el fondo sabía la respuesta, pero le asustaba confirmarlo. Solo una cosa podía afectarle a ella en relación a su hermano, y no se sentía preparada para enfrentarlo.

-Creo que lo sabéis, milady –le dijo él–. El rey busca la paz entre los clanes para que Escocia sea una nación fuerte y unida. La única

forma de acabar con la enemistad es crear lazos de sangre entre aquellos clanes que no aceptarían la vía diplomática.

-Lazos de sangre –su corazón se encogió de miedo–. Debo desposarme con un Ross...

-Conall Ross es un buen hombre. Estoy seguro de que os tratará bien –el Canciller continuó alabando al jefe de los Ross, pero Kenna dejó de oírlo en la primera frase.

Su mente trataba de asimilar lo que estaba sucediendo, y no parecía dispuesta a razonar. Le gritaba que huyese del lugar, que le rogase a su hermano para que no aceptase el trato aunque eso los enemistase con el mismísimo rey de Escocia. Siempre había sabido que su presencia en la Corte no era sino una estrategia del rey para encontrarle un esposo adecuado a sus propios intereses y se había resignado, pero pensar que sería un Ross era demasiado. Su padre, y muchos de los suyos, habían muerto a manos de los Ross y no se sentía preparada para entregarse a su jefe. Al más sanguinario de todos, según su hermano.

-¿Milady?

-Sí –regresó al presente.

-Vuestro hermano os espera –la instó a caminar junto a él –. Recordad que mucho depende de vos.

-De acuerdo –su voz se perdió en las últimas sílabas y sus manos se cerraron en puños para evitar que le temblasen.

Sabía que el Canciller esperaba que convenciese a Roy de que aceptase aquel matrimonio, pero ni siquiera estaba segura de poder hacerlo. ¿Cómo pretendía que le hiciese creer a su hermano que estaría bien con el clan que había asesinado a tantos de los suyos? Nunca se le había dado bien mentir, y en un caso como aquel sería imposible. El corazón galopaba en su pecho a medida que se acercaban a la alcoba de su hermano, y las lágrimas se habían ido reuniendo en sus ojos, dispuestas a delatar el pánico que sentía en aquel momento.

-Kenna –Roy la abrazó en cuanto entró–, ¿estás bien? ¿Te han hecho algo? Si te han tocado un...

-Estoy bien –detuvo sus amenazas–. Acabo de llegar de la Corte. El Canciller estaba ansioso de que hablase contigo. Ni siquiera he

tenido tiempo de acomodarme.

-¿Seguro que no te han hecho nada? –la estudió de arriba abajo con la mirada–. Estás muy pálida.

-¿Cómo estarías si te enterases de que te tienes que unir en sagrado matrimonio a un asesino? –apenas sonó como un susurro, como si decirlo en voz alta la condenase más a ella que al propio Ross.

-No lo permitiré –Roy parecía furioso–. No te entregaré a ellos, Kenna. No te preocupes. Si debo iniciar una guerra contra el rey de Escocia, que así sea, pero no dejaré que te cases con el jefe de los Ross.

-No quiero hacerlo, pero tampoco creo que tenga opción –suspiró, apenada–. Además, no puedes luchar contra el rey. Es un suicidio y todo el clan pagaría por tu osadía.

-Josh y yo hemos estado pensando en ello y tenemos la solución –su hermano parecía eufórico mientras hablaba.

A medida que su hermano le explicaba el plan que habían trazado, Kenna comprendió por qué el Canciller la había mandado llamar. Aunque no pudiese opinar sobre aquella boda, incluso siendo la suya, entendió por qué le habían pedido que convenciese a su hermano de aceptarla. Ver todo el odio que su hermano destilaba con cada palabra, le dijo lo que el Canciller ya sabía: su hermano los llevaría a una muerte segura solo para impedir aquella boda, sin importarle si su gente sufría las consecuencias de aquella locura. Y comprendió también que no podía permitir que el clan entrase en una guerra imposible de ganar por ella. Con el corazón en un puño, Kenna tomó una decisión. Tal vez la más importante que había tenido que tomar en su vida. Y aunque en el fondo, sabía que nunca había tenido elección, se sintió dueña de su destino en cierta medida.

-Lo haré.

-Estupendo –su hermano sonrió al creer que haría lo que le había propuesto–. Josh se encargará de sacarte de aquí esta misma noche. En el convento te aceptarán si llevas la carta que ya he escrito. Será algo temporal, no tienes que tomas los hábitos, solo hacer que se lo crean. Luego...

-No, Roy –lo detuvo–. Me casaré con Conall Ross.

-¿Qué? –la miró confundido–. No puedes hablar en serio. Ese hombre es un asesino. ¿Es que te has vuelto loca?

-¿Crees que a mí me hace gracia esto? Pero no quiero que inicies una guerra con el rey por mi culpa, Roy. Eso sería el fin de nuestro clan. Ross no me hará daño porque de ello depende que el rey esté tranquilo y feliz. Si me pasase...

-Puedo pagar la multa, incluso si la doblan –la interrumpió –. Encontraré el dinero donde haga falta si no quieres ir al convento. Haré lo que sea para que no te cases con él.

-Arruinarás a nuestro pueblo para impedir una boda que lo salvaría –le recordó–. El rey no quiere el dinero, quiere la unión de todos los clanes.

-No serás el precio a pagar –insistió.

-Debo serlo –dijo, con un dolor en el pecho que le quitaba la respiración–. No permitiré que muera más gente por mi culpa, Roy. Siempre me ha dolido no poder hacer más por ellos para evitar tanta disputa con los Ross. Ahora tengo la oportunidad de solucionarlo para siempre y...

-No –se negó–. Encontraré otra solución.

-No la hay. ¿Por qué crees que me han traído?

-Roy –el hombre que había acompañado a su hermano a la reunión, decidió intervenir–, Kenna tiene razón. No hay otra solución si queremos seguir existiendo como clan.

-Estabas de acuerdo con el plan antes de que ella llegase. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Josh?

-No podemos evitar el matrimonio, pero podemos hacer que nos sea favorable –no respondió directamente.

-¿Cómo?

-Kenna será la esposa de Conall, será muy cercana a él –le recordó–. Podría encontrar la forma de matarlo sin que la culpen de ello. El veneno es efectivo y fácil de manejar.

-El veneno es un arma de mujer –negó su hermano–. Ha de usar otra cosa.

-Podría conseguirle un...

-Un momento –los detuvo Kenna, asustada por lo que oía –. No mataré a nadie. Si me sacrifico para salvar a nuestro pueblo, no lo estropearé matando a mi esposo. ¿A quién creéis que culparán, aunque no use un arma de mujer?

-Os sacaremos de allí una vez lo hayáis hecho –le aseguró Josh.

-Para cuando descubran lo que ha pasado –añadió Roy–, ya estarás a salvo con los nuestros. Es una gran idea.

-Estáis los dos locos.

-Kenna, no quiero que sufras.

-¿Crees que oírte planear todo eso no me hace daño? Me asusta pensar que puedas cometer una locura para que no haya boda. Yo no soy la única MacKay por la que debes velar, hermano. Ni siquiera seré una MacKay por mucho más tiempo. Debes cuidar de los nuestros para que esto no sea un sacrificio sin sentido. Debes hacer lo necesario para que sienta que estoy entregando mi vida a un Ross por algo más grande que el capricho de un rey. No dejaré que destruyas a un pueblo entero por mí. ¿Cómo podría mirarlos a los ojos si lo permitiese? Muchos han perdido a familiares en los enfrentamientos con los Ross, ¿con qué derecho me negaré a sacrificarme ahora que puedo poner fin a las muertes? Debo hacer esto, Roy. Me guste o no.

-Kenna –la abrazó de nuevo–, no puedo dejarte hacerlo. Se me partirá el corazón.

-Pues tendrás que encontrar la forma de que no pase, Roy –lo miró decidida–, porque pienso casarme.

-Kenna, no...

Unos golpes en la puerta interrumpieron a su hermano y supo que ya nunca escucharía sus quejas. Pero lo prefirió así, pues aceptar aquel matrimonio resultaría más difícil de lo que le había parecido en su mente cuando decidió que lo haría, y si continuaba escuchando a su hermano no tendría la fuerza necesaria para hacerlo.

-Milady –una doncella los observaba desde la puerta–, el Canciller ha dispuesto una alcoba para vos y ha mandado prepararos un baño. Si me seguís, os indicaré dónde está. Podréis seguir hablando con vuestro hermano durante la cena, si gustáis.

-Gracias –la joven le sonrió, antes de seguirla. Le costaba controlar los nervios, pero caminó con la espalda recta y la mirada fija al frente, como le había enseñado su madre. En ese momento, la echaba mucho en falta. Ni siquiera la mujer que la acompañaba a todas partes desde la muerte de su madre un par de años atrás sería una gran sustituta en aquella situación. Por más cariño que le tuviese, nunca le daría el mismo consuelo que su madre. Sería práctica y sensata, pero carecía de ese amor innato de la mujer que le había dado la vida y que tanto necesitaba.

-Mi señora –su doncella la esperaba en la alcoba. Se había hecho cargo de su equipaje, eligiendo por ella uno de sus vestidos más elegantes para usarlo en la cena–. El baño está listo. Os ayudaré con la ropa.

-Gracias, Christy –elevó los brazos para que su doncella le aflojase el vestido.

-¿Estáis bien, mi señora? –preguntó–. Se oyen rumores en el castillo y...

-¿Apenas llevamos aquí unos minutos y me dices que has oído rumores? –la interrumpió, sorprendida.

-Mientras os preparaban el baño, las sirvientas hablaban, mi señora –le explicó–. Decían que seríais una novia muy afortunada porque Conall Ross es un hombre apuesto y...

-Si el hombre en cuestión no fuese un Ross –la detuvo de nuevo porque no quería escuchar nada más sobre él–, tal vez podría considerarme afortunada, pero no es así. Por más apuesto que sea, es una desgracia verme obligada a unos esponsales que no quiero ni deseo, con un hombre al que he odiado desde la cuna. No veo cómo esto podría funcionar.

-Lo lamento, mi señora.

-Más lo lamento yo, Christy –suspiró–, pero mi pueblo me necesita y no puedo fallarle en la única cosa que se me ha pedido en todos estos años de disputas con los Ross.

-Tal vez no sea tan malo, mi señora –aventuró–. Tal vez el hombre se porte bien con vos. Muchos otros matrimonios empezaron como el vuestro y después de algunos años, el amor nació entre ellos.

-No sé si algún día podré amar al hombre que ha matado a tantos de los míos –susurró, mientras se introducía en el agua. El calor templó su cuerpo y cerró los ojos con gusto. Disfrutó del silencio, al tiempo que Christy se ocupaba de su cabello, y se permitió soñar con que aquel matrimonio nunca se llevaba a cabo.

Una hora más tarde, salió de la alcoba, lista para la cena. Decidió prescindir de su doncella para que pudiese buscar en la cocina su propia comida, pues pretendía pasar por el cuarto de su hermano, pero sus pasos la llevaron a un ala del castillo desconocida. Al regresar por donde había ido, se topó de frente con un muro de duros músculos contra el que chocó. Se disculpó con la misma rapidez con la que puso una distancia decorosa entre ellos.

-Parece que volvemos a vernos, milady.

Aquella voz vagamente familiar le hizo alzar la mirada, y la sonrisa que pretendía regalarle huyó de sus labios al ver que se trataba del hombre con la cicatriz en el rostro que la había asustado en la Corte días atrás. No había vuelto a pensar en él y desde luego, nunca imaginó que se cruzaría de nuevo con él. Y allí estaban, en la misma posición que dos días antes, solo que esta vez la situación era diferente para ella.

-Parece que no podemos dejar de tropezarnos –dijo a su vez–, mi señor. Y lo lamento tanto o más que la otra vez.

-No es culpa vuestra.

-Desde luego que lo es –se negó a que le retirase parte de su culpa–, pues no miraba por dónde iba.

-Eso está claro –el hombre le sonrió y su rostro se suavizó con aquel gesto, dejándole entrever que era más apuesto de lo que le había parecido la primera vez que se vieron–, pero me pregunto qué tenéis en mente para olvidaros de mirar dónde pisáis.

-Me están esperando para cenar y no quiero llegar tarde.

-Podemos ir juntos, si gustáis –le ofreció el brazo–. Allí es a donde me dirijo también.

Kenna hizo memoria de lo que había oído del Canciller y no recordaba que mencionasen a un hermano, así que se imaginó que sería un primo, o quizá uno de sus hombres de confianza, pues su hijo no era más que un niño. Sabía que a Archibald Campbell le

gustaba mantener cerca a sus amigos, sobre todo desde que había aceptado el título de Canciller del Rey, y aquel hombre tenía el aspecto de ser alguien bueno con la espada. No solo por su cuerpo ancho y su elevada altura, sino por su forma de moverse, con tanto sigilo a pesar de su volumen, y por la determinación que había visto en su mirada. Una que le decía que no era de los que se acobardaban fácilmente. El que estuviese bajo su protección sería afortunado.

-No sé si sería correcto aparecer juntos, milord –dudó en aceptar su ofrecimiento–. Mi dama de compañía no está aquí para velar por mi dignidad.

-No debéis preocuparos por vuestra virtud, milady, pues soy un hombre comprometido desde esta mañana –una mueca de disgusto se dibujó en su rostro, pero Kenna no la vio, empeñada como estaba en escapar de su mirada.

-Enhorabuena –lo felicitó–. Siempre es bonito celebrar el amor entre dos personas. Espero que seáis muy felices en esta nueva etapa de vuestra vida, mi señor.

-No estoy muy seguro de ello –susurró, al tiempo que sus pasos los llevaban hasta el gran salón donde se celebraría la cena. Kenna tampoco oyó aquel comentario, abstraída en sus propios pensamientos. Se preguntaba cómo sería su prometido o si podrían tener, al menos, un mínimo de entendimiento con el paso del tiempo. No esperaba hallar el amor con él, pues el rencor entre los dos clanes estaba demasiado arraigado, pero le agradaría poder sentir que pertenecía a su nuevo hogar, algún día.

-Kenna –su hermano se acercó a ellos con mirada fiera y el cuerpo tenso–, ¿se puede saber qué estás haciendo con él?

-No es lo que crees, hermano –empezó a disculparse, tras separarse del hombre, avergonzada.

-¿Hermano? –Conall la miró con desconcierto– ¿Acaso me estáis diciendo que Roy MacKay es vuestro hermano?

-Lo es –no entendía el porqué de su pregunta, sobre todo con aquel tono acusatorio.

-Kenna –Roy la atrajo hacia él, colocándola a su espalda–, ese es Conall Ross. ¿Qué diablos hacías enlazada con su brazo?

-¿Qué? –Kenna sintió que la sangre abandonaba su rostro y las piernas le temblaron al procesar lo que había dicho su hermano. Cuando miró hacia Conall, su vista se había nublado. Su rostro ceñudo fue lo último que vio antes de desmayarse. El rostro de su prometido.

La cena

Kenna volvió en sí poco después y se encontró con un Roy preocupado, prácticamente sobre ella, mientras golpeaba su mejilla con menos delicadeza de la que creía usar.

-Por el amor de Dios, Kenna –se quejó él al verle abrir los ojos–. Menudo susto me has dado.

-Claro –se incorporó–, justamente por eso lo he hecho.

Sabía que Conall Ross estaba también pendiente, pero no se sentía con fuerzas para enfrentarlo nuevamente, así que desvió la mirada hacia el suelo para no toparse con la suya. En cambio, se encontró con la preocupación en los ojos del Canciller cuando se acercó a ella.

-¿Estáis bien?

-Han sido los nervios –se disculpó, avergonzada por aquel espectáculo–. Estoy bien.

-Permitidme que os ayude a poneros en pie –le tendió la mano–. Os acompañaré a la mesa.

-Sois muy amable –aceptó su ayuda, incluso aunque Roy negase con la cabeza de forma casi imperceptible–. Y me disculpo por lo que ha pasado, Canciller. Os he mostrado una imagen penosa de mí.

-No, querida, lo que ha pasado está justificado. Descubrir que estáis prometida a un hombre que os han enseñado a odiar desde la cuna es bastante impactante. Desde luego, lo habéis encajado mejor de lo que esperaba. Cuando os vi llegar del brazo de Conall pensé que hacías una bonita pareja, he de decirlo.

-No sabía que era él –desvió la mirada hacia el aludido al hablar, pero no se permitió buscar sus ojos.

-¿Habráis actuado de otra forma de saberlo?

-Seguramente no habría aceptado su compañía –confesó–. No me malinterpretéis, sé que debo casarme con él y lo haré, por más que me disguste, pero no podría fingir que no hay una enemistad entre nuestros clanes.

-Esta boda se celebrará precisamente, para eliminar esa enemistad, lady Kenna. Y precisamente por eso haberos visto llegar juntos ha sido una revelación. Si aceptasteis su compañía sin saber quién era, ¿por qué no habríais de hacerlo sabiéndolo? No parecíais disgustada con él hasta que descubristeis quién era.

-Únicamente estaba siendo cortés con un hombre al que creía prometido a otra.

-¿Y qué cambia que vos seáis la prometida? ¿Acaso ahora es menos educado que cuando ignorabais quién era? ¿Es menos agradable hablar con él, solo por ser quien es? Yo creo que todo depende de la mirada con que se vea.

-No os entiendo.

-Podéis verlo como un Ross al que odiar, o como Conall, el hombre con el que compartiréis vuestra vida. En realidad, de eso trata todo esto –movió la mano abarcando el salón –. De olvidar las rencillas pasadas y mirar al futuro.

-No han sido simples rencillas, mi señor. Muchos buenos hombres han muerto a manos de los Ross.

-Y también lo han hecho muchos de los Ross a manos de los vuestros, milady. ¿O creéis que las manos de vuestro hermano no están manchadas de sangre? ¿Acaso sabéis quién o cómo se inició esta guerra? ¿Sabéis qué clan era el culpable o por qué motivo empezaron a pelearse? –sus cuestiones la hicieron reflexionar–. Luchar por el hecho de que tus antepasados lo han hecho siempre es una gran pérdida de tiempo y de recursos. Y una pérdida de vidas humanas innecesaria. Es el momento de acabar con eso, ¿no creéis? En vuestra mano está iniciar el cambio.

Movió la silla para ella y Kenna tomó asiento. Solo acertó a sonreír en agradecimiento, pues sus palabras le habían dado mucho en qué pensar. En el fondo, sabía que tenía razón y que aquel enfrentamiento había ido demasiado lejos, pero nunca se había parado a pensar que pudiese cambiarlo. Y de repente, visualizó a sus propios hijos en el campo de batalla, en una lucha sin sentido. Derramarían su sangre por una ofensa cometida muchos años atrás, de la que nadie sabía nada ya, y no le gustó. No quería sentir de nuevo el dolor de perder a sus seres queridos, como le había pasado con sus padres. Si desposarse con el jefe de los Ross

evitaba más muertes, tal vez debería empezar a ver aquella boda de una forma más práctica.

-Me alegra ver que os he hecho pensar en ello –susurró Archibald, antes de tomar asiento y hablar en voz alta–. Disfrutemos de la cena.

Roy se sentó junto a su hermana antes de que el Canciller decidiese poner allí a Conall, y le apretó la mano a Kenna, como si pudiese infundirle valor con aquel simple gesto. Como si ella lo necesitase. Desde la muerte de su madre, su hermano la había estado sobreprotegiendo, temeroso de que se rompiese, sin saber que su celo era mucho peor que el dolor de la pérdida. Cuando el rey la mandó llamar a la Corte, incluso cuando odiaba el lugar, se sintió libre de aquella presión. Por más que quisiese a su hermano y le agradeciese sus cuidados, necesitaba procesar el dolor a su manera, le ocupase el tiempo que le ocupase.

-Todo saldrá bien, Kenna –le susurró.

-Lo hará –le recordó ella–, si no cometes ninguna locura. Por favor, Roy, no compliques más las cosas. Te lo ruego. Mucho depende de esta unión, no lo estropees.

No pudieron continuar la conversación, muy a pesar de la joven, porque una mujer de cabello negro y ojos del azul más intenso que había visto nunca, se situó junto a ella en la mesa y la saludó.

-Soy Innes Ross, la madre de Conall –su sonrisa invitaba a ser imitada, pero Kenna permaneció inmóvil, esperando a que la mujer continuase hablando–. Sé que esta no es una situación agradable para ti, pero espero de todo corazón que podamos llegar a ser amigas. Hace años también pasé por lo mismo que tú y aunque en su momento no lo creía posible, fui muy feliz en mi matrimonio. Me encantaría...

-Mi hermana jamás será amiga de un Ross –Roy no le dejó continuar, furioso por su osadía–. Y desde luego, no será feliz al lado de uno. No creáis que no sé lo que pretendéis. No soy estúpido.

-Pues lo parecéis –lo reprendió ella– porque lo único que pretendo es hacerle saber a vuestra hermana que tiene a una amiga en su nuevo hogar. Yo sé lo duro que es que te vean como una enemiga

en tu propia casa y no confíen en ti solo por venir de dónde vienes. Puedes llegar a sentirte muy sola y aunque no me creáis, no se lo deseo a vuestra hermana.

-Sois una Ross, eso es precisamente lo que esperáis que le pase a Kenna –la acusó en tono bajo para que nadie más escuchase sus reproches–. Mi hermana jamás será feliz en tierras de los Ross, porque jamás la aceptarán como una de ellos. Y no me quedaré parado viendo cómo pasa eso.

-Lo que espero que encuentre vuestra hermana es alguien que vele por sus sentimientos mucho mejor de lo que lo estáis haciendo vos ahora mismo –lo reprendió, furiosa–. Con vuestras acusaciones sin fundamento y vuestro odio hacia mi clan, solo estáis consiguiendo que la pobre joven se sienta peor todavía. Le pintáis el futuro tan negro, que no me extraña que tenga esa cara de derrota. Os debería dar vergüenza comportaros de un modo tan caprichoso e infantil, cuando la felicidad de vuestra hermana es lo que realmente importa. ¿Por qué no intentáis pensar en la paz entre ambos clanes para variar? Basta de disputas que no llevan a ninguna parte, salvo al dolor de la pérdida.

-Qué bonito os ha quedado –protestó Roy–, pero cuando mi hermana llegue a tierras de los Ross, ¿cuánto de eso le quedará? ¿Cuánto miraréis por su felicidad? No creo...

-Haré lo que esté en mi mano por su felicidad –lo calló de nuevo–, pues me hubiese gustado que alguien lo hiciese por mí en su momento. También fui el pago de la paz con mi clan y aunque creí que sería una condena para mí, mi matrimonio me trajo todo cuanto había soñado y mucho más. Mi esposo fue un hombre maravilloso, leal al clan y a su gente, amoroso conmigo y con sus hijos, y preocupado por todo aquel que lo necesitase. Puede que a vos no os lo haya parecido, pues os conocisteis en la batalla, pero el hombre que fue y el que tuvo que ser para defender a su gente, no son el mismo. Y antes de que habléis de dobles baremos, pues sé que lo estáis pensando, mirad en vos y decidme si sois igual en vuestro hogar y en la batalla.

-Por supuesto que no soy igual que un Ross.

-Entonces, ¿no os preocupáis por vuestra gente? –inquirió – ¿No os volvéis un fiero guerrero para defenderlos? ¿No sois cariñoso con

vuestra familia? Me habéis engañado, pues. Creía que la preocupación por vuestra hermana era genuina, pero parece que lo que os molesta no es que sea infeliz, sino que se vaya a convertir en una Ross.

-No sabéis nada de mí –la miró con rabia, pero algo en su mirada le dijo a Innes que había acertado al suponer que Roy no quería que su hermana acabase siendo una Ross. Estaba claro que su odio iba por encima de todo.

-Creo que he oído suficiente para hacerme una idea.

Roy pretendió ponerse en pie ante lo que consideró una ofensa, pero la mano de Kenna sobre la propia lo detuvo. Vio cómo su hermana negaba lentamente para prevenirle sobre lo que pretendía hacer, y aunque quiso liberarse de su agarre y continuar defendiéndose, el Canciller solicitó su atención y ya no pudo retomar aquella conversación.

-Lamento haberte puesto en un aprieto con tu hermano –le dijo Innes a Kenna–, pero me ha recordado tanto a mi difunto esposo... era un buen hombre, pero en cuanto se mentaba a los MacKay, se volvía irracional. Por suerte, mi hijo no es igual y entiende que este matrimonio sería una excelente forma de poner fin a las disputas. Sé que habría preferido conseguirlo de otro modo, pero lo aceptará con gusto, si así se evitan más muertes.

-¿Puedo hablaros con total libertad? –preguntó Kenna.

-Desde luego –su mano fue a parar sobre la de la joven, y la animó a seguir hablando–. No solo puedes, sino que lo espero. Cualquier cosa que necesites, puede contármela. Quiero que veas en mí a una amiga.

-Desde pequeña me han enseñado a odiar a los Ross y al saber de este matrimonio, mi instinto me decía que tenía que evitarlo a toda costa. Estaba asustada de lo que fuese a pasarme –bajó la mirada, apenada–, pero cuando vi que mi hermano estaba dispuesto a enfrentarse incluso al rey de Escocia por mí, supe que debía desposar a vuestro hijo aunque la idea me aterrara. Sé que intentáis animarme, y os lo agradezco, pero temo confiar en vos ahora y acabar más dañada en el futuro.

-No pretendo hacerte daño –apretó su mano–. Yo estuve en tu lugar hace mucho y el primer año de mi matrimonio fue el peor de toda mi vida. Mi esposo estaba ocupado en asuntos que no quería compartir conmigo, y me pasaba la mayor parte del día sola. Los sirvientes que tenía a cargo en mi propio hogar no me hacían caso y cada vez que su jefe les increpaba para que me obedeciesen, me odiaban un poco más por ello. Siempre me he considerado una mujer fuerte, pero aquel año lloré más de lo que querría admitir nunca y en más de una ocasión, deseé la muerte. De hecho estuve a punto de acabar con mi vida en una ocasión. Mi esposo me encontró en las almenas dispuesta a saltar al vacío una noche y solo entonces comprendió cuán mal me sentía. Se lamentó por no haberme prestado más atención y ya nunca más me sentí sola. Le demostró a todos cuánto me amaba, aunque por aquel entonces no era un amor real, y de esa forma, también empezaron a hacerlo ellos. Acabé siendo una Ross a todos los efectos y a día de hoy lo sigo siendo, incluso cuando él ha muerto. Con el tiempo, su amor por mí se hizo real, pues yo ya lo amaba desde el momento en que me salvó de la muerte, y nuestros lazos se hicieron más fuertes.

-No creo que eso me pase a mí –negó Kenna, con tristeza.

-¿Por qué no habría de pasar? –le sonrió con ternura–. Mi hijo es un hombre justo y razonable. Puede que parezca rudo, por su aspecto exterior y porque con tu hermano se siente amenazado en todo momento y debe defenderse, pero es mejor que su padre en muchos aspectos. Estoy convencida de que crearéis un vínculo fuerte y duradero si os dais una oportunidad.

-Ya habéis visto el odio de mi hermano por los Ross. Temo que...

-¿Tú sientes lo mismo? –le preguntó, impidiéndole acabar de hablar.

-Siento que estoy traicionando a mi hermano al aceptar el compromiso con vuestro hijo –confesó en voz baja.

-Piensa en todas las vidas que estarás salvando. Y no solo de los MacKay, sino también de los Ross. Esta rencilla sin sentido tiene que acabar de una vez por todas. Ya hemos sufrido suficientes pérdidas, ¿no crees? Es hora de iniciar una nueva etapa en la que no haya que sacrificar a nadie.

-Yo me sacrifico –susurró.

-Tú y mi hijo seréis el último sacrificio en esta guerra –dijo Innes–. Pero te prometo que no lo verás como tal en muy poco tiempo.

-¿Y si os equivocáis?

-Conozco a mi hijo y sé que hará lo correcto –le sonrió.

Kenna quería creerla, quería pensar que podía ser feliz en su nuevo hogar. No esperaba encontrar el amor, pues eso solo pasaba en muy contadas ocasiones, pero al menos, quería sentirse parte de su nuevo clan y que la aceptasen sin reservas. Quería creer que su sacrificio había merecido la pena.

Innes vio las dudas en los ojos azules de la joven MacKay y podía entenderla, pues había pasado por lo mismo. Le habría gustado poder darle más confianza, pero hasta que lo viese con sus propios ojos, sabía que no la creería. Y, a pesar de lo que le había dicho, se había propuesto hablar con Conall también para que comprendiese por lo que la joven iba a pasar. Necesitaba que su hijo le diese el apoyo que debía para que todos los Ross la aceptasen como una más. No podía permitir que Kenna pasase por lo que ella había pasado cuando llegó a tierras de los Ross desde un clan enemigo. La impotencia de sentirse aislada de todos había sido tan grande que casi la había llevado a cometer el pecado de quitarse la vida. No podía permitir que eso le sucediese a aquella muchacha. Sería la amiga que una vez necesitó ella y no había tenido. Haría lo que pudiese para que la joven no se sintiese extranjera en su nuevo clan.

Kenna paseó la mirada por el salón. Con todo lo que había pasado, ni siquiera había notado que no había MacKays ni Ross allí, salvo su hermano y Josh, y Conall y su madre. El Canciller debía haberlo dispuesto así, para evitar disputas entre ellos, pero a Kenna le habría gustado ver a algunos de los suyos allí. Nadie le había dicho nada todavía, pero sentía que sus pasos la llevarían lejos de su hogar, que ya no los vería nunca más.

Miró de soslayo a la madre de su prometido. Parecía una buena mujer y quería creerla, pero temía que solo fuese una treta para que bajase la guardia y hacerle más daño después. Había sentido que sus palabras eran sinceras al contarle su historia, pero había crecido oyendo lo peor de los Ross y temía que solo la estuviese engañando. ¿Cómo confiar en una mujer que se suponía que debía

odiar? Su corazón le decía que lo hiciese, pero temía que fuese por su necesidad de tener a alguien a su lado y no sentirse tan sola cuando viviese con los Ross.

Volvió la mirada hacia su hermano y lo vio hablar con el Canciller. El Campbell trataba de enlazar la conversación de Roy con la de Conall, pero ninguno parecía dispuesto a intercambiar palabras con el otro. Podía sentir la tensión en los hombros de Roy cada vez que el Canciller intentaba hacerle hablar con Conall. Aquella era una batalla perdida y aun así, Archibald no se daba por vencido. Ahora que lo veía interactuar con ellos, podía entender por qué el rey lo había elegido como Canciller. Muchos decían que había sido por ser el jefe de uno de los clanes más poderosos de Escocia, pero estaba convencida de que sus razones eran más sabias que eso. Archibald Campbell parecía el tipo de persona capaz de crear entendimiento entre enemigos, o de frenarlos en caso de que fracasase. Su poder no venía de la grandeza de su clan, sino de sí mismo y solo ahora lo veía con claridad.

-Es un hombre muy astuto –la voz de Innes le hizo volver la mirada hacia ella–. Archibald. Nunca he visto a alguien tan perspicaz como él. Muchos creerán que su trabajo no es difícil porque las órdenes vienen del rey, pero conciliar a personas de clanes enemigos no es sencillo. Y que no se note que sus hombres están listos para intervenir si fuese necesario, todavía lo hace más inteligente y precavido. Es, con diferencia, de los mejores estrategas que he conocido nunca.

Tras esas palabras, Kenna observó con mayor atención a los invitados a la cena y pudo comprobar que Innes tenía razón. Discretamente escondidas, los hombres tenían sus espadas a mano, y aunque los veía hablar y reír, siempre había alguien mirando hacia la mesa principal. Como si lo hubiesen planeado de antemano, se turnaban para mirar hacia los invitados en busca de peligros.

-¿Hábil, verdad? –le preguntó Innes después.

-También vos sois una buena estratega –la halagó–, pues lo habéis visto.

-Una madre siempre velará por el bienestar de sus hijos, incluso cuando estos ya han alcanzado la edad adulta –le sonrió–. Es como

si ser madre nos diese un sexto sentido para descubrir aquello que podría hacer daño a nuestros hijos.

-Es posible –por primera vez, se sintió lo suficientemente cómoda como para devolverle la sonrisa–. Mi madre sabía siempre si pensaba hacer algo peligroso y me detenía. Era irritante, porque con mi hermano no era tan estricta y yo lo odiaba. Pero supongo que era porque yo soy mujer y él hombre. Yo debo ser una dama recatada y educada, y él un guerrero y un líder. La forma de educarnos siempre ha sido diferente y aunque lo lamenté muchas veces, quiero a mi madre más de lo que puedo expresar y sé que solo lo hacía por mi propio bien.

-Es injusto que las mujeres tengamos que ser la sombra de nuestros padres, esposos o hijos –asintió Innes–, pero no quiere decir que no podamos ayudar de alguna forma. Mi esposo me lo contaba todo, y en muchas ocasiones me pedía consejo. Ahora, mi hijo también acude a mí cuando algo lo atormenta y no sabe cómo proceder. No siempre me hace caso, pero soy su apoyo cuando lo necesita. Y sé que con el tiempo me cambiará por ti. Así funcionan los matrimonios. Puede que no todos sean tan afortunados de encontrar el amor, pero al menos tienen complicidad.

-Pero tampoco todos los matrimonios la tienen –negó–. El hermano de mi madre siempre ignora a su esposa. Incluso dicen que tiene una amante. La pobre mujer dedica todas sus atenciones a sus hijos porque mi tío no quiere saber nada de ella.

-En ocasiones, los matrimonios arreglados no acaban bien del todo, pero eso no tiene por qué pasarte a ti –la animó, segura de que eso era lo que le preocupaba–. Mi hijo no es ningún tirano y se comportará contigo. Sé que podréis ser una pareja unida y feliz, como yo lo fui con su padre. Y de algo estoy segura, nunca buscará a quien te sustituya. Su honor le impedirá engañarte con otra, incluso si no os entendéis finalmente.

Kenna no dijo nada, pero en su fuero interno creía que no lo lograrían. ¿Cómo podrían olvidar el odio que les habían inculcado desde la cuna? Imposible. Miró hacia Conall, en busca de una señal que le permitiese saber si encontraría a un compañero en él, pero el hombre no pareció notarlo. Hablaba con el Canciller, totalmente concentrado. Estudió su adusto rostro, marcado por aquella cicatriz

de su ojo y su fiera mirada. Algunos mechones negros escapaban a la cinta con que había atado su melena, y de vez en cuando los apartaba con un rápido movimiento de la cabeza, que por otra parte no servía de mucho, pues estos volvían a su lugar por inercia. No parecía mucho menor que Roy, pero aun así, le sacaba unos cuantos años. Sabía que cuando le buscasen esposo no se pararían a comprobar su edad sino que les interesaría más la alianza que crearían, pero había imaginado muchas veces que sería alguien joven. Habría odiado tener que casarse con un viejo, aunque sabía que lo habría hecho, pues así le habían enseñado a ser. Conall no era viejo, algo a su favor, pero seguía sin poder olvidar que era el mayor enemigo de su clan y no sabía cómo eso podría cambiar después del matrimonio. Tal vez su unión estaba destinada a ser como la de sus tíos. Tal vez nunca podrían llegar a un entendimiento y por más que Innes le dijese que no lo haría, su esposo buscase en otra lo que debería darle ella. Y aunque no estaba segura de qué se esperaba que le diese, sabía que tener amante sería una humillación para ella como esposa. No quería eso, así que se propuso intentar olvidar que era un Ross, y darle una oportunidad a su relación. Si lograba ser su amiga, ya se daría por satisfecha.

Cuando miró de nuevo hacia él, se topó con la intensidad de sus ojos marrones sobre ella, y toda la determinación que había acumulado mientras pensaba en ello amenazó con evaporarse de golpe. No obstante, hizo acopio de ella y se atrevió a sonreírle tímidamente. Cuando el hombre le devolvió el gesto, con más audacia que la que ella mostró, un intenso rubor se apoderó de sus mejillas. Azorada por su reacción apartó la mirada, que fue a dar con la de Roy. Se le heló la sangre al ver cuán furioso parecía con ella, y se encogió en la silla, como si así pudiese desaparecer.

-Es nuestro enemigo, Kenna –le susurró él–. No lo olvides nunca. Por tu propio bien.

Kenna asintió, incapaz de hablar sin que las lágrimas se le escapasen. Se encontraba en una encrucijada y no sabía qué camino era el correcto. Temía no elegir bien y acabar perdida para siempre, sin pertenecer a ningún lugar y sin tener a quien llamar familia.

El viaje

A pesar de las protestas de Roy, Kenna no regresó con él a sus tierras, sino que acompañó a los Ross a las suyas. Solo su doncella la seguiría, o al menos eso había creído ella.

-Mi señora –Christy se acercó con manos temblorosas– he de decirles algo y me temo que os disgustará.

-¿Qué sucede? ¿Has oído más rumores? –no le dio crédito a sus palabras, pues siempre le decía lo mismo cuando se había enterado de algo.

-No puedo ir con vos –le soltó, casi sin tomar aire–. Tengo miedo de lo que nos puedan hacer los Ross una vez en sus tierras y, además, en el castillo me espera un hombre que está muy interesado en mí. Ya soy mayor y si quiero tener familia propia no puedo esperar mucho, así que necesito volver con él y hacer que me...

-Basta –la detuvo. Sin embargo, no habló hasta después de unos segundos porque, aunque podía entenderla, y no la culpaba por intentar huir de aquello, le disgustaba que la lealtad que creía que tenía para con ella fuese tan débil –. Sé que vivir entre los Ross puede resultar abrumador, y yo misma lo rechazaría si pudiese, pero creí que si venías conmigo, al menos no estaría sola allí. No pretendo hacer que te sientas mal, Christy, pero realmente quería tenerte a mi lado en esto. Se me habría hecho más fácil soportar el resto de cambios.

-Mi señora, yo... –la miró angustiada y Kenna supo que su miedo era mayor que cualquier otro sentimiento en ella y no pudo seguir resentida con ella.

-Lo sé –la interrumpió de nuevo–. Y no te culpo por no ir, tengas o no a un pretendiente en casa. No diré que me ha decepcionado que me abandones en mi peor momento, pero no quiero obligarte a venir como me ha pasado a mí. Suficiente es que yo deba ir. Hablaré con mi hermano y le diré que renuncio a ti. Podrás volver a casa.

-Gracias, mi señora –se arrodilló frente a ella para besarle las manos–. Sois una santa.

-Ya basta, levántate o harás que me incomode. Ayúdame a terminar de preparar mis cosas y después podrás irte.

-Gracias –repitió, aliviada de no tener que ir con los Ross.

Kenna la envidió, pues tampoco ella deseaba viajar con el hombre que el rey le había impuesto como futuro esposo, pero no tendría la suerte de Christy. Nadie la dispensaría de sus obligaciones, así que estaba decidida a cumplir con ellas de la mejor manera posible. Solo esperaba que Innes Ross no le hubiese mentido al ofrecerle su ayuda, porque ahora la necesitaría más que nunca.

Roy no se tomó demasiado bien la decisión de Kenna de ir sola, sin siquiera su doncella, y lo rebatió por más de diez minutos con ella, alegando que al menos tendría a alguien de los suyos allí para apoyarla.

-Roy, una doncella no hará la diferencia –remató, molesta por su insistencia—. Y ya que tengo que ir a un lugar en el que, probablemente, nadie me quiera, no obligaré a otra persona a pasar por lo mismo. Iré sola y haré lo que deba para encontrar mi lugar entre ellos. Voy a ser la esposa de su jefe, eso ha de contar algo.

-Nunca has tenido un carácter fuerte, Kenna. ¿Cómo vas a lograr doblegarlos a tu voluntad? Te excluirán de todo y el Ross no hará nada para cambiar eso. Seguro que se reirá, satisfecho de verte humillada y relegada a un rincón. Será horrible para ti y si te llevases a tu doncella, al menos...

-He dicho que no lo haré, Roy –sentenció al notar cómo el enfado de su hermano iba creciendo. Si continuaban esa conversación mucho más tiempo, acabaría cometiendo la locura de intentar impedir que fuese con los Ross y Kenna no podía permitir que se enemistase con el rey por ella—. Si ya tengo edad para casarme, debes concederme que la tengo para tomar mis propias decisiones y, te guste o no, esto es lo que quiero.

-Siempre has sido demasiado terca –protestó Roy.

-No soy la única que ha heredado ese rasgo en la familia.

Roy la miró con enfado por lo que había insinuado, pero no dijo nada más. La acompañó fuera, donde los Ross ya la esperaban, y aunque la dejó ir, por un momento apretó su mano con tanta fuerza, que Kenna pensó que nunca la soltaría.

-Si algo le pasase a mi hermana –le dijo a Conall– tendréis que responder ante mí, Ross.

-Vuestra hermana estará bien. Ninguno de los míos hará nada para lastimarla.

-Se puede lastimar de muchas formas –le recordó Roy–. Y no todas son evidentes a los ojos de los demás.

-He dicho que estará bien –sentenció Conall, harto de las continuas provocaciones de Roy. Tampoco él estaba feliz por aquel arreglo, pero había decidido no lamentarse más y aceptarlo. En cambio, el jefe de los MacKay no parecía ser tan práctico como él y se había empeñado en hacerlo por las malas, sin darse cuenta de que cada protesta que lanzaba en voz alta, lastimaba a su hermana. Puede que no quisiese aquel matrimonio, pero había sido consciente de cada gesto de la joven desde que supo que sería ella la que se convertiría en su esposa. Había decidido estudiarla con discreción para saber qué clase de mujer era o si sería capaz de traicionar sus votos una vez en su nuevo hogar. No podía obviar que era una MacKay, y hermana de Roy, lo que podía ser malo ya de por sí si se parecía a él. No estaba dispuesto a meter al enemigo en su hogar.

Sin embargo, había descubierto que era una joven callada y con unos modales impecables. Veía cómo sufría con los comentarios despectivos en público de su hermano, pero le había reprendido siempre en privado, cuando creía que nadie los escuchaba. Conall había estado al pendiente de sus intercambios, seguro de que Roy planeaba algo contra él ayudado por su hermana, pero no vio nada de eso en ella. Tal vez, como él, no deseaba aquel matrimonio, pero estaba dispuesta a intentarlo por el fin de la lucha entre sus clanes, y solo por eso, podía decir que la admiraba un poco. No lo suficiente para olvidar que era una MacKay, pero sí para asegurarse de que los suyos no le hiciesen el vacío. Les dejaría claro que debían obedecerla como a él y que quien le hiciese daño sería castigado. Si aquello debía servir para acabar con las rencillas, se encargaría de que fuese así.

-Debemos partir de inmediato –dijo Innes, que veía cómo se avecinaba una nueva discusión entre su hijo y el jefe de los MacKay. También ella veía cómo aquello afectaba a la joven Kenna y no quería que se llevase un mal recuerdo de la despedida, que ya sería

dura de por sí— o la noche se nos echará encima antes de llegar a casa.

-Por supuesto —Conall la ayudó a subir al carro en el que viajaría. Cuando extendió la mano hacia su prometida, su hermano tiró de ella para envolverla en sus brazos.

-Siempre me tendrás, hermanita —le susurró—. Pase lo que pase, estaré aquí para ti. Dime lo que quieres y lo tendrás. A cualquier coste.

-Quiero la paz para nuestro clan —le dijo ella a su vez—, así que no hagas nada que la impida. Estaré bien, lo prometo.

-Házmelo saber —añadió Roy, y aunque no dijo nada más, su hermana supo a lo que se refería. Pero también sabía que no lo haría, pues huir de su futuro esposo haría que la guerra entre ellos fuese a más y no quería eso.

-Adiós, Roy —respondió en su lugar—. Te echaré de menos.

-Nos veremos en un mes.

-Trae mejor actitud, hermano, por favor.

Kenna aceptó la mano de su prometido para subir al carro junto a Innes, y así evitar que su hermano protestase por su última petición. Hubiese preferido montar a caballo y ver así el paisaje, pero pensó que en aquella ocasión, era mejor permanecer oculta de los Ross. Viajando con Innes podría descubrir si la mujer había sido sincera con ella al decirle que la ayudaría, y ahora que su doncella quedaba atrás, necesitaba una amiga más que nunca.

-Podría decirte que despedirse es la peor parte —le dijo la mujer mientras Kenna miraba atrás para ver cómo Roy se hacía cada vez más pequeño en el horizonte—, pero en mi caso lo que vino después lo superó con creces.

Kenna no dijo nada, pero bajó la cabeza y dejó escapar un suspiro lastimero que animó a Innes a tomarla de la mano para darle el ánimo que necesitaba.

-No estarás sola, Kenna —le prometió—. No digo que vaya a ser más fácil incluso estando a tu lado, pero te prometo que lo afrontaremos juntas.

-Pero no con vuestro hijo —se aventuró a decir sin mirarla.

-Y con él también –le aseguró–, pero tal vez le cueste más tiempo adaptarse a vuestra nueva realidad. Mientras, me tendrás a mí. Incluso después también, si así lo quieres. No te abandonaré mientras me necesites, no debes temer por eso.

-Mi doncella me rogó que la dispensase –aunque no se lo había dicho a su hermano, sintió la necesidad de confesar lo que había sentido como una traición–. Tenía miedo.

-No puedo culparla –dijo Innes–, pues yo habría hecho lo mismo de haber podido en su momento, pero verte sola en un lugar donde te crees rodeada de enemigos es duro y también puedo entender cómo te sientes por lo que tu doncella ha hecho.

-¿Os pasó lo mismo? –se atrevió a preguntar.

-Si alguien de mi clan me hubiese acompañado, no habría sentido la necesidad de acabar con mi vida –respondió de forma indirecta–. Los Munro ahora son un clan amigo por mis esponsales, un aliado poderoso. He podido ver a mis amigos y mi familia muchas veces, pero debo admitir que ya nunca fue lo mismo. Me faltó su apoyo en el momento más crucial de mi vida y aunque habría vuelto con ellos si mi hijo no se hubiese convertido en el jefe de los Ross, no son mi gente como lo fueron en una ocasión. Mi vida está aquí, con los Ross. Quizá el primer año fue difícil, pero he sido una más de ellos después de eso, y ya no concibo la vida de otra forma ni en otro lugar.

-No estoy segura de que conmigo pase de igual forma –se apenó al decirlo.

-No te des por vencida antes de intentarlo –le apretó de nuevo la mano–. Es posible que no sea tan sencillo como me gustaría a mí, pero comprobarás que los Ross no son tan diferentes a los MacKay como seguramente te los ha pintado tu hermano. Él los imagina como demonios, y es normal después de la historia de matanzas que hay entre ambos clanes, pero debes entender que también aquí los vemos así a ellos. Y seguramente nada sea cierto, ¿no te parece?

-Seguramente –admitió a desgana.

-El odio forma parte de nuestras vidas porque nos lo han enseñado desde pequeños. No le hacen falta motivos.

-Y eso es lo que hemos de cambiar –aventuró Kenna. Si el odio no se acababa ya, su vida sería un infierno.

-Exacto.

-Pero, ¿cómo se combate el odio?

-Con amor.

Kenna sabía a lo que se refería Innes, pero no creía que lo que insinuaba fuese posible. Ella había sido afortunada de encontrar el amor en un matrimonio pactado, pero no le haría creer que tendría esa misma suerte. Por más que le hubiese alabado a su hijo, Kenna seguía creyendo que no tendría nada en su matrimonio salvo, tal vez, una tregua para sus clanes. Puede que pudiesen ser amigos, si Conall encontraba un hueco en su vida para dedicarle, pero no esperaba más. Se repetía una y otra vez que si lograba la paz entre los clanes se sentiría satisfecha, pero no podía negar que, en su fuero interno, aquello le parecía poco. Y se sentía egoísta por esperar más, pero no podía evitarlo.

Ya se acercaba la noche cuando llegaron a su destino y no había comitiva esperando su regreso. No es que esperase que le diesen la bienvenida en su nuevo hogar, pero creyó que al menos habría alguien deseando ver el regreso de su jefe. Y allí solo había tres hombres.

-¿Quién es ella? –preguntó uno de los tres.

-Es tarde ahora –respondió Conall, antes de que su madre pudiese decir nada–. Mañana haremos las presentaciones pertinentes. Mi madre se encargará de que dispongan un cuarto para ella ahora. Nosotros tenemos que hablar en privado.

A Innes no le gustó que la excluyese de aquella reunión, pues sabía que hablarían de Kenna, pero sabía que sería mejor no revolver las cosas más de lo que ya estaban, así que le tendió la mano a la joven, que parecía asustada, y la guió hasta la alcoba que estaba junto a la de su hijo. Si creía que la llevaría más lejos de él, estaba equivocado. Su futura esposa estaría a su vista y su alcance tanto como le fuese posible organizarlo a ella. No permitiría que Conall la desechase una vez le diese un heredero, como le había prevenido. Tal vez no pudiese hacer que se enamorasen, pues eso nadie lo controlaba, pero haría lo necesario para propiciarlo. Kenna era una

joven encantadora y merecía una vida mejor que ser el precio a pagar por la paz. Y su hijo también merecía el amor incondicional que su padre y ella habían encontrado en el otro.

-Mañana será un día duro –le dijo a Kenna una vez en su cuarto–, no quiero engañarte.

-No esperaba otra cosa –aunque por su tono de voz, Innes supo que se sentía decepcionada.

-Estaré a tu lado todo el tiempo, pero ahora descansa. Lo vas a necesitar –sabía que tal vez la joven no lo aceptase, pero sintió el impulso de abrazarla. Kenna se aferró a ella, quizá más de lo que le habría gustado, e Innes lo permitió, hasta que la joven se sintió más relajada–. Vendré a por ti a primera hora.

Kenna había intentado mantenerse entera mientras iban hacia su alcoba, para demostrarles que no tenía miedo ni se sentía desdichada por no poder estar con su familia. Su mirada se paseó por una alcoba elegantemente decorada y muy hogareña, para evitar que la angustia acabasen de romperla, pero cuando Innes la abrazó, algo en su interior se quebró y supo que ya no había vuelta atrás. Cuando se quedó sola, las lágrimas largamente retenidas escaparon a su control y acabó en la cama, cubierta por las pieles de la misma, sin siquiera sacarse el vestido, solo dejando que el llanto la acunase hasta quedarse dormida.

La bienvenida

-No sé cómo pretendes presentar a Kenna ante todos –lo increpó Innes al amanecer–, pero debes dejar claro que la muchacha merece el respeto del clan, como tu prometida que es. No puedes permitir que nadie dude que este es su lugar ahora y que deben obedecerla como hacen contigo.

-Madre –se quejó Conall–, apenas acabo de despertarme. ¿No tienes a otro a quien incordiar?

-Esto es importante, hijo. No quiero que Kenna pase por lo que yo en mi primer año aquí. No dejaré que suceda. Si tú no haces nada al respecto me haré cargo, pero sé que si la presentas tú y le das la autoridad que merece como tu futura esposa, nadie te contradecirá.

-¿Y eso no podías decírmelo después del entrenamiento con mis hombres?

-No, Conall, por supuesto que no. La presentación ha de ser lo primero que hagas. ¿O es que quieres que la joven esté metida en su alcoba hasta que tú decidas decirle a tu pueblo quién es y a lo que renunciará para darnos la paz a todos?

-¿Estás sugiriendo que la presente de ese modo? –la miró con suspicacia. No era la primera vez que su madre usaba ciertas palabras esperando que él las repitiese. En muchas ocasiones le había hecho caso, pero en ese momento no se sentía con ganas de enfrentar aquel trance. Sabía que debía presentársela a su gente, pero hacerlo era como si aquel matrimonio ya fuese un hecho consumado y no se sentía preparado para enfrentar semejante realidad.

-Hazlo como quieras, hijo, pero que quede claro que no es una enemiga. Si veo que alguien la desprecia, serás tú el que lo pague –lo amenazó–. No es agradable sentirse una extranjera en tu propio hogar, uno que encima tú no has elegido por voluntad propia. La soledad que eso supone es tan dolorosa que llega un momento en que no quieres seguir viviendo. No dejes que Kenna acabe así.

Conall frunció el ceño. Había escuchado muchas veces la historia de cómo el matrimonio de sus padres había sido el pago por la paz

con los Munro, que ahora eran aliados, pero no había pensado jamás en cómo se había sentido su madre al abandonar su hogar. Sus padres parecían tan enamorados que nunca imaginó que hubiese sido de otro modo entre ellos.

-Eso es agua pasada, Conall –su madre supo ver más allá de su gesto y le sonrió–. Tu padre se aseguró de que nada malo me volviese a suceder y lo amé por ello. No digo que Kenna y tú tengáis que enamoraros, pues en el corazón no se manda, pero debes apoyarla para que todos lo vean y sepan que ahora es una Ross.

-Todavía no lo es.

-Estáis prometidos y es una boda que no se puede anular –lo reprendió una vez más su madre–. Ya es una Ross.

-De acuerdo –cedió–. Ve a buscarla. La presentaré ahora a mis hombres, en el desayuno.

-Convocarás a todos en el patio exterior y la presentarás allí –su madre no estaba dispuesta a menos que eso–. Y la irás a buscar tú a su alcoba para salir juntos del castillo. Le ofrecerás tu mano para que os vean unidos.

-Madre, ahora no puedo...

-Harás eso o tu vida será un infierno, Conall –lo amenazó.

-A veces eres insoportable, madre.

-Tienes que hacer lo correcto –le dijo– y si para ello debo perseguirte todo el día, que así sea.

-Ve a verla por mí y dile que se prepare, por favor –pidió–. Yo convocaré a todos y pasaré luego a por ella.

-Bien, hijo, como deseas.

La última frase colmó el vaso de la paciencia de Conall y la miró con enfado, dispuesto a protestar, pero su madre se escabulló antes de que pudiese hacerlo. Había logrado lo que se había propuesto al entrar en su alcoba y ahora no quería perder tiempo. Necesitaba que su hijo hiciese bien las cosas para que la estancia de Kenna en su nuevo hogar fuese mejor de lo que había sido la suya en su momento.

Cuando entró en la alcoba de la joven después de golpear la puerta, esta se paseaba por la misma, nerviosa. Al verla se sintió aliviada y una sonrisa se dibujó en su rostro.

-Buenos días –le dijo, tal vez con algo más de entusiasmo del que quería haber mostrado–, milady.

-Llámame Innes –le devolvió el gesto–. Y espero que con el tiempo puedas verme como a una amiga, pues eso es lo que me gustaría ser para ti.

-Sois muy... eres muy amable, Innes –se corrigió al ver que la mujer la miraba con reproche–. Será un honor para mí ser tu amiga.

-Pero no he venido para esto en realidad –dijo, de vuelta a lo que había ido a hacer a su alcoba–. Mi hijo vendrá por ti en breve para presentarte ante todos. Me he asegurado de que sepa lo que debe decirles. Te hice una promesa y pienso cumplirla, Kenna.

-Muchas gracias, Innes. Es más de lo que había esperado. Sé que no será fácil, pero si tengo una amiga al menos, sé que podré con ello.

-Jamás te guardes una ofensa o un desprecio si sucediese porque esas cosas suelen ir a más si no se paran a tiempo. Cuéntamelo a mí, o incluso a mi hijo, para que podamos solucionarlo. Sé que también él hará lo correcto.

-Gracias –sujetó las lágrimas como pudo. Desde su llegada había estado sensible y le costaba controlarse. Los nervios hacían imposible que mantuviese la calma y temía quedar ante los demás como una muchacha pusilánime, pero no era capaz de olvidar que estaba entre enemigos, incluso si Innes permanecía a su lado como le había prometido.

-Todo saldrá bien –le sonrió, antes de dejarla sola, con la promesa de que estaría junto a ella cuando la presentase Conall.

Kenna eligió un vestido sencillo para la ocasión, pues no quería dar la imagen de altanera, y porque no tenía a una doncella que le ayudase con los más elegantes. Se dejó el cabello suelto por el mismo motivo y esperó que nadie la criticase por no llevarlo recogido, como dictaba la norma. Tal vez cuando fuese presentada podría solicitar la ayuda de una nueva doncella. Pensó que Innes podría conseguir que una Ross hiciese aquel trabajo sin protestar.

Aunque su tiempo en su nuevo hogar todavía empezaba, sentía que le debía mucho a Innes Ross. Sin ella, aquello habría sido

infinitamente peor, y se propuso agradecerle la ayuda en cuanto tuviese ocasión.

-¿Estáis preparada, milady? –Conall se asomó, sin llegar a entrar, después de que Kenna le diese permiso para abrir.

-Supongo que sí –dejó ir el aire lentamente.

Conall quiso decir algo para consolarla al ver su desánimo, pero no se le ocurrió nada inteligente, por lo que prefirió permanecer en silencio, sosteniéndole la mano como si el gesto fuese suficiente para hacerle saber que todo estaría bien.

La primera vez que la había visto en la Corte, sin saber de quién se trataba, había admirado su belleza y delicadeza. Le pareció incluso demasiado dulce para un lugar como el castillo del Rey, demasiado joven para las maquinaciones de los cortesanos. El guerrero que llevaba dentro lo instó por un momento a querer protegerla de cualquier mal, al ver el espanto con que había mirado la cicatriz en su cara. No le había disgustado su rechazo, sino que había sentido la necesidad de cuidarla. Si el mero recuerdo de una pelea injusta la atemorizaba, qué no podría pasarle entre esas paredes, donde las conspiraciones e intereses ocultos no dejaban a un lado a las muchachas como ella.

Cuando chocó nuevamente con ella en casa de Archibald Campell ni por un momento imaginó que era la hermana de Roy MacKay. Debería haberlo supuesto, pero lo único que hizo fue disfrutar una vez más de su belleza. El saber quién era no debería cambiar el hecho de que le hubiese resultado agradable estar en su compañía, pero lo hacía. Desde que había descubierto quién era, no había podido mirarla con los mismos ojos. Era una MacKay y aunque su interés por acabar con las peleas era genuino, pensar en que tendría que atarse de por vida a una de ellos era poco menos que un castigo para él. Un sacrificio que cumpliría por el bien de su gente, pero que no le agradaba.

-¿Puedo pedirlos un favor antes de que me presentéis? –la dulce voz de Kenna detuvo sus pasos a escasos metros de la puerta principal.

-Adelante –la animó a hablar.

-Sé que ninguno deseamos este matrimonio –se atrevió a decir–, pero os pediría que cualquier cosa que tengáis que decirme lo hagáis en privado, sobre todo si son reproches. Procuraré no meterme en vuestros asuntos, mi señor, si vos prometéis no criticarme delante de los demás. Sé que seré odiada solo por ser una MacKay y no quisiera añadir más leña a ese fuego. Si ven que vos no me toleráis, ellos no lo harán tampoco.

-Mi madre fue muy específica en ese asunto también –le dijo después de pensar en ello–. Prometo evitar las peleas en público con vos siempre que vos hagáis lo mismo.

-Es un trato justo –asintió, permitiéndose sonreír.

Conall contuvo el aliento al ver su sonrisa. Aquella no era la primera vez que su corazón se aceleraba al verla, pero el hecho de haber sido él quien la provocaba lo hacía más impactante. Su instinto de protección bramó de nuevo en su interior cuando la temblorosa mano de Kenna reposó sobre su brazo una vez más.

-Todo saldrá bien –dijo finalmente antes de salir, como si aquellas tres palabras lo solucionasen todo entre ellos.

Innes los esperaba fuera y se situó junto a Kenna para dar una imagen de unidad que ayudaría a la integración de la joven en su clan. No esperaba que fuese tan fácil, pero se valdría de su influencia entre los Ross para conseguirlo, y de su insistencia para que Conall le ayudase.

-Pueblo de Kildary, gente de Ross –comenzó Conall–. Hoy es un día para celebrar pues vuestro jefe se ha prometido. Largos han sido los años de luchas y duras las pérdidas de buenos hombres. Esta no ha sido una decisión fácil para nadie, pero es la mejor para todos. Ha llegado la hora de acabar con las muertes y las rivalidades.

Los murmullos comenzaron a sonar cuando la gente vio a la joven con otros ojos, imaginando lo que estaba a punto de pasar, pero Conall no permitió que creciesen. Deseaba que la aceptasen desde el principio, para evitar conflictos.

-El Rey de Escocia, nuestro regente –alzó la voz– ha dado su beneplácito al matrimonio y aunque se celebrará en un mes, lady Kenna de Varrich permanecerá con nosotros ya, para conocer al que será su propio clan a partir de ahora. Es mi deseo que le deis

una cálida bienvenida y que seáis con ella igual de leales que lo sois conmigo, pues será la señora de Ross a todos los efectos una vez desposados. El sacrificio de lady Kenna, así como el mío, nos darán la paz que tanto hemos ansiado en los últimos años y debemos estar felices por ello. Este matrimonio será la culminación de un...

Algunas protestas se escucharon sobre su propia voz y el jefe de los Ross tuvo que hacer un llamamiento a la calma cuando notó que también los ánimos parecían subidos. El pueblo no aprobaba el matrimonio con una MacKay y los insultos hacia aquel clan no se hicieron esperar.

-Basta –gritó Conall, incapaz de controlarlos–. Sé que no esperabais tener como señora a una MacKay, pero pronto será una Ross y se merece respeto. No toleraré que nadie la insulte o la dañe en modo alguno. Cada acción contra ella hecha con alevosía que la perjudique, será castigada en igual medida a la afrenta provocada.

Kenna trataba de no mirar a nadie, pero sentía su odio de igual forma y apretó los puños escondidos entre las faldas de su vestido para que nadie notase que trataba de evitar las lágrimas en público. Había supuesto que no aceptarían aquella situación a la primera, pero lo que estaba oyendo era más duro de lo que podía soportar en aquel momento en el que sus nervios estaban a flor de piel. Se concentró en la voz de su prometido, que intentaba defenderla de la mejor manera posible, pero apenas entendía lo que decía. Innes, todavía a su lado, deslizó una mano hacia la suya y las enlazó con fuerza para aportarle un mudo apoyo que le ayudó a no derramar una sola lágrima delante de todo el clan.

-Todo pasará –le susurró la mujer–. Todo mejorará.

Quería creerla, pero las protestas continuaban y resultaba complicado hacerlo. El pueblo de Ross no aceptaría nunca a una MacKay como su señora y así se lo estaba haciendo saber a su jefe sin medida en su forma de expresarlo.

Durante lo que le resultó una eternidad, Conall habló con su gente a voz en grito para hacerse oír, mientras Kenna se abstraía del mundo en una burbuja mental que la había llevado a su hogar, donde todavía podía permitirse soñar con encontrar a un esposo al que amar y con el que poder ser feliz.

-Kenna –la voz de Innes la regresó al presente–, deberías decir algo también tú.

-No sabría qué decir.

-Inténtalo –la instó.

-Sé –empezó a hablar a sabiendas de que sería imposible que alguien la escuchase– que nadie desea esta unión. Yo tampoco, para ser sinceros. El odio entre nuestros clanes es grande y sus razones poderosas, supongo. He crecido a la sombra de una guerra constante en la que los hombres de mi clan morían a manos de otros a los que aprendí a odiar y a temer sin conocerlos –a medida que hablaba, las protestas parecían mitigarse para escucharla–. Cuando el Canciller me informó de mi destino, tuve miedo. Hasta mi doncella se negó a acompañarme. Puede que a ninguno le agrade esta situación, pero no hay forma de cambiarla, de modo que deberemos aprender a vivir con ello. Olvidar el odio no será sencillo, pero ¿no es mejor intentarlo a que nuestros hombres se enfrenten a la muerte de nuevo? El fin de la guerra está en nuestras manos ahora y debemos aceptarlo. Por el bien de las futuras generaciones. Nadie habló, pero tampoco vio caras amigas entre ellos y Kenna supo que su discurso solo había servido para callar las protestas en ese momento.

-Lady Kenna es ahora vuestra señora –terminó Conall–. Le debéis respeto y lealtad. No añadiré nada más.

Dicho aquello, se retiró al interior del castillo arrastrando a su prometida con él. No había esperado que aceptasen a la joven MacKay sin más, pero había encontrado mucha resistencia entre los suyos. Había intentado hacerles ver que el matrimonio les beneficiaría, pero había terminado amenazándolos. No era así como quería conseguir lealtad para su prometida y sabía que había errado al hacerlo de ese modo, pero ya no había vuelta atrás. Lo hecho, hecho estaba. Solo esperaba no tener que cumplir sus amenazas con nadie.

-Dadles tiempo para que se acostumbren –le dijo a Kenna –. Sé que aprenderán a aceptaros como a su señora.

-Claro –asintió, segura de que no sería así–. Disculpadme, mi señor, pero no me encuentro bien. Me retiraré ahora, si no me requerís

para nada más.

Ni siquiera le dio tiempo a responder pues no quería estar con nadie cuando finalmente las lágrimas conquistasen a sus ojos una vez más. Bloqueó la puerta de su alcoba y se metió entre las mantas de su cama para llorar en silencio. Se repetía una y otra vez que todo mejoraría, pero en el fondo, el temor a que no sucediese la atormentaba. Cerró los ojos deseando estar de regreso en su hogar, con Roy y su gente, pero al abrirlos de nuevo, descubrió no solo que seguía en Ross, sino que había dormido el día entero.

-Mi señora –escuchó la voz de una mujer al otro lado de la puerta, junto a unos golpes de nudillos–, ¿me permitís pasar?

Kenna se levantó para desatracar la puerta y una joven de su edad entró con una sonrisa que parecía sincera. La muchacha hizo pasar a varios sirvientes que cargaban con la tina del baño y cubos de agua caliente.

-Vuestro prometido espera que os encontréis mejor y que podáis bajar a cenar –le dijo la joven al quedarse a solas con ella–. Mi nombre es Margaret, pero podéis llamarme Peigi. Todo el mundo lo hace. Seré vuestra doncella.

-Encantada de conocerte, Peigi. Me llamo Kenna.

-Lo sé –asintió– ¿Me permitís ayudaros con la ropa?

-¿Os ha enviado mi prometido? –preguntó al meterse en la tina.

-Lady Innes, mi señora –respondió–. Aunque...

-¿Qué? –la animó a responder al ver que vacilaba.

-Ella me eligió, junto a muchas otras para ver cuál podría ser vuestra doncella –le explicó–, pero yo me ofrecí antes de que pudiese empezar con las entrevistas.

-¿Por qué?

-No soy una Ross de nacimiento, sino por matrimonio –le sonrió–. Y aunque nunca he sentido rechazo por parte de los demás, cierto es que al principio me sentí muy sola. Os entiendo y os apoyo.

-Gracias –no sabía cuánto había necesitado escuchar eso, hasta que Peigi se lo dijo–. Muchas gracias.

Y las lágrimas regresaron a ella, pero en esa ocasión, no le molestó que hubiese una testigo de su debilidad, pues su joven doncella la entendía.

El principio de algo

Si se había sentido nerviosa cuando Conall la presentó al pueblo entero, no se podía comparar con cómo estaba en ese momento en que se enfrentaba a los más allegados a su prometido.

Al entrar en el salón pudo ver que se trataba de una cena informal con tan solo una docena de hombres y mujeres, que la miraron con más o menos disimulo. Se detuvo bajo el arco sin saber si continuar hasta la mesa principal o dar la vuelta y regresar a su alcoba alegando que seguía mal. Nadie la juzgaría peor de lo que ya lo estaban haciendo, o eso se dijo para justificar su retirada. Sin embargo, su plan de escapada se vio interrumpido cuando Conall, al que su madre dio un ligero y discreto empujón, avanzó hacia ella para ofrecerse a acompañarla.

La presentó a varios de los comensales por el camino, que si bien veía la desconfianza en sus ojos, fueron amables al dirigirse a ella. Y aunque le hubiese gustado recibir mucho más que simple cordialidad, se alegró de no escuchar más insultos hacia su persona o su clan. Si tenía que elegir, lo preferiría así.

-Me alegra ver que no sigues escondida en tu alcoba –dijo Innes en bajo cuando se sentó a su lado–. Eso no ayudará a que te acepten como una Ross.

-No sabía qué más hacer –le confesó.

-Cualquier cosa antes que huir. No todo el mundo te odia aquí, Kenna. Puede que haya mucho resentimiento, pero tú no has participado en las luchas. No eres culpable de lo que ha pasado, así que no te comportes como si lo fueses.

-Me miran con desconfianza –se defendió–. ¿Cómo puedo luchar contra eso?

-Demostrándoles que has venido para quedarte y para ser una Ross –sentenció Innes–. Nunca dije que fuese fácil.

-Pero yo no tengo tu fortaleza.

-Aprenderás –le sonrió, palmeando su mano con cariño–. Empieza por ganarte a mi hijo y lo demás vendrá solo.

Innes hacía que pareciese fácil, pero Kenna no estaba tan convencida de poder hacerlo. Puede que no fuese un mal hombre, pero a ella la atemorizaba. Quizá su rostro serio y ceñudo tuviese mucho que ver, o que podría aplastarla con una sola mano si se lo propusiese. Conall Ross era un hombre alto y fuerte, que la intimidaba con su presencia. Puede que la hubiese deslumbrado al sonreír, pero eso no parecía ser habitual en él, lo que le complicaba el intentar conocerlo mejor. Tampoco creía que estuviese interesado en conocerla a ella y temía que la ignorase si iniciaba una conversación con él. Aquello le resultaría más humillante que los insultos de los Ross.

-¿Ya os encontráis mejor? –fue Conall quien se decidió en primer lugar a hablar—. Lamento lo sucedido. Demasiados años de odio.

-No había esperado un recibimiento mejor –le confesó.

-Eso no justifica lo que han hecho.

-Tampoco han tenido tiempo para asimilarlo.

-¿Los defendéis después de cómo os han tratado?

-Bueno –su rostro se coloreó–, si la situación hubiese sido al contrario, no sé si yo me hubiese comportado mejor. El odio, como decís, está demasiado arraigado en todos.

-No os veo capaz de insultar a nadie –constató Conall—. Ni de hacerle daño, dicho sea de paso.

- Supongo que si una MacKay debía ser vuestra esposa, yo soy ideal –no pretendía sonar ofendida, pero así fue–, ya que mi apariencia es pusilánime.

-No pretendía decir eso, Kenna –era la primera vez que se dirigía a ella por su nombre y le impactó el modo en que sonaba, tan íntimo. Su enfado se mitigó y se odió por ser tan fácil de acallar, pero todavía le temblaba la voz por lo que aquella simple palabra le había hecho sentir—. No sois débil en absoluto. Hay que tener valor para aceptar como esposo a un enemigo y...

-No tuve elección –lo interrumpió—. Aceptarlo es lo que se llama resignación, no valentía.

-Me consta que vuestro hermano lo habría impedido si no hubieseis querido venir.

-¿E iniciar una guerra con el rey? –negó—. Era un suicidio.

-Y vos lo evitasteis accediendo a los deseos del rey. Esa es vuestra valentía.

Kenna quiso seguir rebatiéndolo, pero el hombre sentado a la izquierda de Conall lo llamó y ya no tuvieron ocasión de hablar de nuevo. Miró a su alrededor y vio como varios comensales reiniciaban su tarea de alimentarse, después de haber estado observándolos conversar. ¿Esperaban un desencuentro entre ellos? Nunca lo sabría, pero entendió que si quería ser aceptada en el clan Ross debía medir sus actos y sus palabras, incluso más que en la Corte. Y sintió que se cernía sobre ella una prisión invisible que cortaría sus alas poco a poco hasta convertirla en una sombra de sí misma. Conall había dicho que era valiente y eso quería creer que era.

Dirigió sus ojos hacia Innes, la única que parecía mirarla sin reservas, pero no pudo hablar con ella porque estaba conversando con una mujer. Después de observarlas por un rato, supuso que era quien se ocupaba de gobernar el castillo bajo las órdenes de Innes, órdenes que pronto le competirían a ella, y se dispuso a intervenir para conocer al ama de llaves, pero la mujer desapareció antes de que pudiese hablar. Innes no vio la decepción en sus ojos y no le quiso decir nada tampoco, para no molestarla, pero en cuanto la cena finalizó, Kenna se disculpó ante todos y se dirigió a su alcoba una vez más para aislarse del mundo. Sabía que su actitud no era la mejor para integrarse, pero le resultaba difícil mostrarse amable con gente que la veía con desconfianza por más educados que fuesen con ella.

Después de algunas horas intentando dormir sin éxito, se escabulló de su alcoba en busca de aire fresco. Encontró las escaleras que daban acceso a unas almenas en lo alto del castillo y subió, creyendo que nadie la molestaría allí y podría dejar que el viento de la noche la despojase de sus miedos y temores. Se acercó al borde y miró al fondo por un momento. Le hubiese gustado tener alas y poder volar lejos de un destino que se le antojaba funesto, pero tuvo que conformarse con cerrar los ojos y dejar que su mente volase por ella.

Pensó en su hogar, que tanto extrañaba. Había acudido a la Corte por mandato del Rey pensando que volvería a su hogar en poco

tiempo y sin embargo, había terminado en Ross, de donde ya no saldría jamás, salvo que su esposo lo dispusiese. Pensó también en su hermano. Después de la muerte de su madre, solo lo tenía a él. Se había sentido arropada por su clan, pero Roy era la única familia directa que le quedaba y ahora estaba enfadado con ella por no querer huir de aquella responsabilidad que el Rey le había impuesto. Sentía que lo había decepcionado, pero aquella era la única forma en que podía evitar la desgracia de Roy y de su clan.

-¿No podéis dormir?

Kenna se tensó al escuchar la voz de Conall a su espalda. No había notado su presencia hasta que habló, pero al ver dónde estaba, supo que había llegado allí antes que ella.

-Extraño mi cama –mintió a medias, pues era mucho más lo que echaba de menos–, pero supongo que es cuestión de acostumbrarme.

-Yo suelo venir todas las noches para recordarme que soy el responsable de todos los que viven aquí –le dijo Conall, después de un tenso momento en silencio–. Me eligieron su líder tras la muerte de mi padre y siento que debo ser más de lo que esperan de mí.

-Desposaros conmigo es un gran paso hacia atrás –supuso Kenna.

-Les daré la paz –respondió él–. Con nuestro matrimonio no habrá que llorar la pérdida de más hombres valientes. Tal vez ahora no lo vean igual, pero sé que con el tiempo entenderán por qué he aceptado.

-No es que tuvieseis alternativa –susurró.

-Me costará olvidar que sois una MacKay –se sinceró con ella– y que muchos Ross incluido mi padre, murieron bajo la espada de alguno de los vuestros. Os miro y veo en vos al enemigo. No quiero eso, también he de decirlo. Algo en mi interior me insta a procuraros seguridad y aceptación. Entiendo que os sintáis sola ahora, pero os prometo que intentaré haceros la vida más fácil. Haré lo imposible por dejar de veros como una MacKay, pues creo que esa es la única forma en que los demás lo hagan también, pero os pido tiempo.

-Tenéis todo el tiempo que queráis, mi señor –le soltó, sin saber qué más decir. Todavía le escocían sus palabras, las que había sentido

más reales: la veía como a un enemigo y mientras eso no cambiase, nadie allí la aceptaría.

-Esperad –la detuvo al ver que se alejaba.

-Me habéis dejado claro lo que pensáis –lo enfrentó, aun cuando las lágrimas ya mojaban sus mejillas–. Tomaos el tiempo que consideréis oportuno para aceptar que ya no soy una MacKay, sino una Ross, que yo me ocuparé de...

-No pretendía disgustaros –la miró ceñudo–. Lo lamento. No era mi intención molestaros con mis palabras. Nunca he sido bueno expresando mis sentimientos y...

-Creo que lo habéis hecho muy bien.

-Pero no era esto lo que buscaba –dijo, limpiando una de sus lágrimas con el dedo.

Aquel ínfimo contacto le provocó un escalofrío y contuvo el aliento por inercia. No supo si Conall lo notó o fue por propio instinto, pero el hombre dio un paso hacia ella, al tiempo que el resto de los dedos se unían al primero en una caricia tentativa. El corazón de Kenna comenzó a latir más rápido y le avergonzó pensar que Conall pudiese oírlo también. Un ligero sonrojo cubrió su rostro, pero no pudo ocultarlo porque su prometido cubrió su otra mejilla con la mano al tiempo que bajaba el rostro hacia ella.

Nunca la habían besado, pero supo que sucedería si no le ponía fin a aquello. Y aunque su mente se lo exigía, no fue capaz de moverse. Podía sentir el aliento de Conall en los labios cuando cerró los ojos, expectante. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su acelerado corazón y dejó escapar un gemido de sorpresa cuando por fin la besó.

Conall había imaginado que sus labios serían suaves, pero lo que sintió al rozarlos fue algo inesperado. Una intensa corriente le recorrió el cuerpo y el pequeño sonido que la joven hizo ante su contacto, lo encendió por dentro. Solo había pretendido borrar sus lágrimas con un beso, pero el deseo que nació en él al saborearla, le impidió alejarse de ella una vez la tuvo en sus brazos. Intensificó el beso y la apretó contra él, como si así pudiese fundirse con ella. No podía detenerse y la arrastró hacia un rincón del parapeto para que ningún ojo indiscreto pudiese verlos. Sabía que se estaba

aprovechando de la inexperiencia de la joven y que lo lamentaría más tarde, pero ahora no era capaz de detenerse. Necesitaba más de ella, más de lo que le hacía sentir. Recorrió su menudo cuerpo con las manos una vez la aprisionó contra la pared con su peso, y sofocó con más besos los sonidos que, involuntariamente, Kenna dejaba escapar.

-Mi señor –logró decir cuando sintió la mano de Conall ir más allá de la falda de su camisión—. Por favor.

Conall se detuvo, sorprendido por su comportamiento, y se alejó de ella, apoyándose en la pared para recuperar el aliento y el buen juicio.

-Vete –le pidió, al ver que no se había movido–, antes de que continúe con lo que estábamos haciendo y ya no me detenga hasta haber acabado.

Kenna recompuso su ropa y se alejó de él. Le temblaban las piernas cuando comenzó a caminar y ya no dejaron de hacerlo hasta que se vio en la seguridad de su alcoba. Aun así, no estaba segura de que hubiese sido el miedo lo que había provocado aquella reacción. No había sido el miedo el que aceleró su corazón, ni el que le arrebató el aliento. No había sido el miedo el que la mantuvo en brazos de su prometido, disfrutando de sus labios. Y aunque el miedo fue el que le instó a detenerlo, no lo sintió más en cuanto Conall la dejó libre. Expectación, eso sintió. Y curiosidad también. Si el decoro no estuviese tan arraigado en ella, le habría permitido continuar con lo que había empezado. Dudaba que le ayudase en su labor de ser aceptada por los Ross, pero estando en brazos del jefe del clan, había sentido que podría con todo mientras la besase de igual forma cada día.

-Estúpida –se dijo, ocultando el rostro en la almohada—. Si dejas que te bese con tanta libertad, acabará perdiéndote el respeto. ¿Es que acaso no recuerdas lo que te enseñó tu madre?

Y sin embargo, cuando el cansancio la venció, soñó con un nuevo comienzo para ella junto a los Ross. Imaginó que su prometido estaba a su lado en todo momento para que el pueblo la aceptase como una más, y que no le importaba demostrar en público lo que sentía por ella. Soñó que se enamoraban y que su amor era tan grande como el de sus padres o los de Conall. Cuando amaneció,

se levantó con energías renovadas y una enorme sonrisa en los labios.

Quién le iba a decir que lo que había presagiado como un nuevo comienzo para ella, sería solo una nueva decepción cuando al bajar a desayunar, solo Innes la esperaba allí.

-¿ Tu hijo no desayuna con nosotras? –le preguntó.

-Está entrenando con sus hombres –la instó a sentarse a su lado–. Pero si quieres, podemos ir a verlo después.

-No es necesario. En realidad, debería haberlo supuesto, pues mi hermano también se reúne con sus hombres por las mañanas. Supongo que hay cosas que no cambian –le dijo, tratando de restarle importancia–, seas del clan que seas.

-Cierto.

-Anoche os vi hablar con una mujer... –no sabía si abordar aquel tema era una buena idea, pero si quería hacerse un hueco en aquel clan, debía empezar a tomar decisiones.

-Agnes –asintió–. Es el ama de llaves.

-Lo he supuesto.

-Anoche no era momento para presentaciones –explicó–, pero lo he dispuesto todo para que conozcas al personal del castillo. De eso estábamos hablando ayer.

-Oh –se avergonzó de haber pensado lo peor–. Qué bien.

-Creo que sería una excelente forma de demostrar que no eres un demonio –sonrió por la broma–. Sé que ocuparse del castillo es una tarea tediosa, pero ayudaría a verte ya como a una Ross. Estaré contigo al principio para que no haya problemas, pero creo que en unos días podría dejar todo en tus manos. Si puedes con ellos, podrás con lo que sea.

-Hablando de tareas, os agradezco que enviaseis a Peigi –le sonrió–. Es estupenda.

-Sabía que te agradaría. Y ya está hablando maravillas de ti –le dijo en tono confidencial–. No se lo he pedido, pero me alegro de que lo haga. Es tu doncella personal, así que si la tratas bien, la gente empezará a verte con otros ojos.

-Claro –no sabía qué pensar de aquello.

-No la envié por eso –Innes supo ver su desconfianza–. Es que creí que estaría bien que alguien más te apoyase, sin ser yo. De hecho, se ofreció ella, algo con lo que contaba. Pero no se lo digas porque es una joven con carácter y se molestaría solo por insinuarlo.

Innes sonreía al hablar y Kenna decidió creerla. Hasta ese momento había sido muy sincera con ella, así que podía ser cierto lo que le había dicho. Si empezaba a desconfiar de las únicas amigas que parecía tener allí, sabía que iría todo a peor.

-Algo de eso me dijo –asintió.

-La pobre lo pasó mal hasta que consiguió amistades en el pueblo. Creo que nadie mejor que ella sabrá nunca por lo que estás pasando.

-Y a ella no la odiaban –susurró.

-Si has terminado –Innes no alcanzó a escucharla–, vamos a la reunión con los sirvientes. He pedido que estuviesen todos para evitarnos más presentaciones, pero me temo que serán demasiados nombres para recordar.

-Tengo buena memoria.

-De todas formas, ya los irás conociendo poco a poco –le dijo–. Y sabrás en qué son buenos y en qué fallan. Estaré a tu lado todo el tiempo, pero creo que tú misma lo verás.

-Me hacía cargo del castillo de los MacKay –asintió–. Seré capaz de hacerlo aquí también.

Agnes era una mujer seria, de mirada penetrante, que no vacilaba a la hora de decir las cosas. Y aunque la pudiese intimidar un poco a simple vista, Kenna sabía que si podía ganarse su lealtad, tendría en ella a una gran aliada en su lucha por la aceptación. Los demás sirvientes, en cambio, la habían mirado con cierto resentimiento o simplemente habían evitado su mirada. Solo la severidad con que Innes les habló después, había conseguido que respondiesen a sus preguntas, pero no pudo evitar sentir que la odiaban un poco más después de ello. Estaba claro que la única vía para llegar a ellos pasaba por Agnes y se propuso ganarse la confianza de la mujer.

Cuando terminaron, observó a Innes impartir las órdenes. Agnes parecía tomar nota mental de todo por si tenía que repetírselo a alguien, pero la descubrió estudiándola más de una vez. Al parecer,

pretendía averiguar si podía o no confiar en ella. Le sonrió amigablemente en una de esas ocasiones, pero la mujer se limitó a apartar la mirada.

-¿Qué te parece si vamos a ver cómo le va a mi hijo en el campo de entrenamiento? –le sugirió Innes al acabar.

Y aunque no quería parecer demasiado obvia, asintió con más entusiasmo del que quería demostrar. Todavía tenía reciente el recuerdo del beso que habían compartido y se preguntaba qué sucedería cuando se viesan de nuevo. ¿La besaría delante de todos o se limitaría a hablar con ella, demostrando que la respetaría hasta el matrimonio? Un sentimiento de expectación crecía en ella a medida que se acercaban al campo, donde los gritos de los hombres se entremezclaban con los sonidos de las espadas al ser golpeadas unas contra otras. Nunca le había interesado asistir a los entrenamientos, y dudaba que lo hiciese de nuevo después de aquella vez, pues consideraba que era territorio de hombres, pero el deseo de ver a Conall era más grande que su desinterés por las prácticas de los guerreros.

No tardó en ubicarlo, porque aunque muchos de aquellos hombres eran corpulentos, Conall destacaba entre todos ellos. El corazón comenzó una carrera frenética dentro de su pecho y una sonrisa amenazó con escapársele cuando sus ojos alcanzaron los de su prometido. Por un segundo, creyó que Conall se acercaría a ella y la tomaría entre sus brazos como había hecho la noche anterior, pero este se limitó a apartar la mirada y continuar con el combate que tenía entre manos. La decepción la golpeó con fuerza y le supuso un gran esfuerzo no girarse y regresar por donde había venido. Solo la presencia de Innes se lo impidió. La vergüenza que sentía por haber supuesto que un beso lo arreglaría todo le oprimía ahora el corazón que hasta un segundo antes había estado bailando de alegría. Qué ilusa había sido, creyendo que algo estaba naciendo entre ellos después del beso, pero ahora comprendía que solo había sido eso: un beso. Para Conall no había tenido el mismo significado y se sentía una estúpida por no haberlo visto.

-¿Estás bien? –Innes la miró con preocupación—. No tienes buena cara.

-Creo que me retiraré ahora –acertó a decir–. Nos vemos más tarde, Innes.

-Kenna –la llamó, pero no se dio la vuelta.

Quizás si lo hubiese hecho, habría visto que su prometido la seguía con la mirada por un momento, antes de fingir que no le interesaba lo que pasaba con ella.

Un nuevo comienzo

Apenas faltaban unos días para que su matrimonio con el jefe de los Ross se hiciese real y Kenna seguía sintiéndose una extraña entre los que serían su clan después de eso.

Agnes la toleraba, lo que le ayudaba a organizar todas las labores diarias del castillo incluso si Innes no estaba con ella, pero muchos de los sirvientes preferían ignorarla si la orden llegaba directamente de su parte. Y las pocas veces que bajaba al pueblo, notaba un tenso silencio alrededor, que le decía que no era bienvenida, por lo que se había resignado a dejar que fuese Agnes quien comprase en el mercado. Sabía que encerrarse en el castillo no era bueno para que la aceptasen, pero el vacío en torno a ella no era agradable y prefería no tener que aguantarlo más tiempo del necesario.

Y su prometido, después de aquella noche en que la había besado, parecía evitarla a toda costa. Solo en las comidas y las cenas le hablaba, pero Kenna notaba cuán incómodo le resultaba estar con ella. Se había hecho ilusiones como una tonta después de cómo la había besado, pero aquello solo había servido para alejarlos más. ¿Así sería su vida a partir de entonces? No creía poder soportarlo.

-¿Estás bien, Kenna? –Innes se acercó a ella—. Hoy te noto distraída. Y tienes mala cara. ¿Duermes bien? Si hay algún problema puedes contármelo. ¿Lo sabes, verdad?

Innes y Peigi eran las únicas Ross que la habían aceptado sin reservas, y aunque se lo agradecía, no era suficiente si tenía que vivir allí para siempre. Dos personas entre unos cientos de ellas, no suponían una gran diferencia. Salvo si servían para desahogarse, cosa que no sucedía porque no quería que sintiesen lástima por ella. Por eso, siempre se hacía la dura y fingía que no le molestaba la desconfianza persistente de los Ross.

-He caído en la cuenta de que quedan muy pocos días ya para la boda –le dijo, evitando el verdadero tema que le preocupaba—. Debería iniciar los preparativos.

-Ese sería un buen motivo para hablar a solas con mi hijo –le sugirió Innes.

No era la primera vez que insinuaba que intentase verse a solas con Conall. Aunque el decoro era la norma habitual hasta después del matrimonio, su compromiso por orden del rey era ineludible e Innes creía que un acercamiento entre ellos era lo que necesitaban para que el clan entero la aceptase por fin. Pero Kenna no quería hacerlo porque estaba convencida de que Conall la había estado evitando al no haber sentido nada con el beso. Si intentaba hablar con él, o probar algo más íntimo, y descubriría que su tacto le repugnaba, jamás podría volver a mirarlo a la cara sin sentir vergüenza de sí misma, ni mucho menos aceptarlo en su cama. Conocía los deberes conyugales, o al menos lo que se esperaba de ella en los momentos de intimidad compartidos con su esposo, pero si Conall odiaba aquello, ella no podría fingir que no le importaba.

-Conall tiene mucho trabajo ya –se excusó–. Creo que me haré cargo yo misma de todo y así...

-No, Kenna –la detuvo–. No podéis seguir ignorándoos el uno al otro. No es así como acabaréis con la enemistad de los MacKay y los Ross. Tenéis que dar ejemplo o todo esto no servirá para nada.

-Tu hijo me rehúye –confesó, más dolida de lo que querría demostrar.

-Pues haz algo para que no pase de nuevo. Si quieres que tu vida aquí mejore, tendrás que luchar por ello, Kenna –le dijo–. O te dejas llevar por la pena y acabas al borde de un parapeto dispuesta a lanzarte al vacío. Pero en tu caso, quizá no encuentres un salvador a tiempo, ya que te evita y no has hecho nada para cambiarlo.

-Oh, Innes –se quejó, desesperada–. No sé cómo hacerlo. Yo no soy una mujer valiente.

-Haber aceptado este matrimonio ha sido tu mayor acto de valentía, Kenna. Acorralar a mi hijo y obligarle a hablar contigo no es nada comparado con eso –apretó las manos de la joven con cariño–. Sé que puedes hacerlo. Piensa en lo necesario que es que demostréis a todos que ya no hay odio entre vosotros. Solo así te aceptarán como una Ross.

Kenna sabía que Innes tenía razón, pero no estaba segura de poder hacerlo. Aunque había esperado que su relación mejorase después del beso, viendo que el hombre evitaba cualquier acercamiento, el miedo a ser rechazada por él si intentaba conocerlo mejor fue

creciendo día a día. Ahora temía decir o hacer algo indebido cada vez que lo tenía al lado, por lo que guardaba silencio y solo respondía a sus preguntas directas. Cuanto más tiempo pasaba, menos se hablaban y más distanciados estaban.

-Ahora tengo que hacer una cosa –le dijo Innes–, pero ve a la alcoba de mi hijo y espérame. Te ayudaré a preparar el lugar para que podáis hablar allí en privado después.

-Preferiría esperarte en la mía y...

-Ve –la instó–, no tardaré.

Kenna accedió de mala gana a las exigencias de Innes, sin saber que la mujer le estaba tendiendo una trampa y que no sería ella la que apareciese, minutos después.

Recorrió la alcoba de su prometido con la mirada una vez dentro, intentando conocerlo mejor. Le hubiese gustado que fuese él mismo quien se lo contase todo, pero estaba demasiado ocupado esquivándola. Tal vez antes del beso no le hubiese importado, pero desde esa noche no había podido olvidarse de él ni de lo que había sentido entre sus brazos.

En cierta ocasión, había espiado a su hermano con una de las doncellas de su madre y aunque no se había quedado hasta el final, pues imaginaba que había mucho más de lo que ella había presenciado, había visto lo suficiente como para saber que, de no haberse detenido aquella noche, su prometido y ella habrían acabado de igual forma que Roy y Megan. En su momento le había espantado lo que había estado a punto de suceder, pero la curiosidad y el interés por Conall habían ido creciendo en ella con el paso de los días y lamentaba que él no hubiese sentido lo mismo. No sabía qué podría conseguir con aquello si hubiese pasado de nuevo, pero no le habría importado repetir si volvía a sentirse tan eufórica como aquella única vez.

-¿Qué haces aquí? –la voz de Conall la sobresaltó y giró el cuerpo hacia él, ocultando sus manos tras el vestido como si estuviese sosteniendo algo en ellas que no debiese ver. Al comprender lo que podía parecer, las enlazó delante e intentó sonreír, aparentando normalidad y fingiendo que su cuerpo medio desnudo no la había dejado sin aliento al verlo. Solo su corazón podría delatarla ahora con la fuerza de su latido.

-Vuestra madre me...

-Mi madre debería dejar de inmiscuirse en mis asuntos –la interrumpió, molesto.

-Vuestra madre solo intenta ayudar –la defendió. Era una de las pocas personas con las que podía contar allí y no le permitiría hablar mal de ella.

-No necesito su ayuda –protestó Conall.

Había estado entrenando con sus hombres y habían ido al mar después a limpiar el sudor y el polvo de su cuerpo. El día había amanecido caluroso y el agua estaba fresca, lo que resultó muy estimulante para sus cansados músculos. Ahora había subido a su alcoba para escoger ropa limpia y se había topado con la tentación en persona ante él.

Después de aquel beso compartido en la almena la había evitado como al fuego por temor a no poder controlarse. Y aun así, la había estado esperando cada noche, como si necesitase que le diese permiso para tomar lo que ya era suyo de todas formas. Sabía que aplazar lo inevitable no serviría de mucho, pero Kenna no había tenido alternativa hasta el momento y no quería exigirle más de lo que le correspondería antes de la boda, por más que su cuerpo clamase por ello cada vez que la veía.

Había intentado ignorarla, evitándola tanto como podía, pero cada vez que se sentaba junto a ella en la mesa, era consciente de sus movimientos, sus palabras, que no eran para él salvo que así lo provocase con sus preguntas, y de sus sonrisas, que siempre dedicaba a su madre. Nunca lo habría imaginado, pero sentía envidia de la mujer que le había dado la vida. Quería aquella atención para él, pero la evitaba a toda costa, no obstante. Y ahora, sin que lo hubiese esperado, el motivo de sus desvelos estaba en su alcoba con una mirada acobardada que lo disgustó. Había pasado casi un mes desde que Kenna había llegado a Ross y la joven todavía sentía miedo en su presencia. O tal vez fuese incomodidad. Aquel beso lo había estropeado todo entre ellos, pero no podía lamentar habérselo dado.

-Pero yo sí –le reclamó Kenna, cargada de impotencia. No había esperado tener aquella conversación con él, pero la ocasión se presentaba ante ella y no pudo dejarla pasar.

-¿Qué?

-Vivo entre enemigos –una vez rota la barrera, Kenna fue incapaz de detenerse—. Nadie confía en mí porque soy la hermana de Roy MacKay.

-En pocos días serás su señora –refutó Conall—. Confiarán en ti.

-¿Creéis que con este título ya estará todo solucionado? –dejó escapar un resoplido de disgusto—. Vuestra madre se ha desvivido por mí para que me aceptasen, pero nadie lo hace porque su propio jefe me ignora. ¿Cómo pretendéis que me respeten si vos me evitáis? Os imitan, mi señor. Ven el desprecio que me dispensáis y hacen lo mismo.

-Yo no te desprecio –se defendió.

-Tal vez no lo hagáis, pero es lo que parece a sus ojos –le señaló lo obvio—. Pronto se cumplirá un mes de estar aquí y solo hemos compartido el tiempo de las comidas. Unas cuantas palabras intercambiadas en la mesa no harán que me vean como a una Ross, sobre todo cuando me evitáis el resto del tiempo. Sé que no queráis este matrimonio, tampoco yo, pero esperaba que al menos pudiésemos ser amigos para hacerlo más fácil. Vos no habéis renunciado a nada, salvo a vuestra soltería, pero yo lo he dejado todo atrás: familia, pueblo, nombre, hogar... Me siento sola, mi señor. Estoy sola.

Kenna trató de salir de la alcoba para que Conall no viese las lágrimas que pugnaban por salir, pero su prometido le impidió pasar bloqueando la puerta con su cuerpo. Sujetó sus hombros con firmeza, pero cuando la sintió temblar, suavizó el agarre y la atrajo hacia su pecho.

-Lo siento –susurró, incapaz de decir nada más.

Había estado luchando contra sus instintos, preocupado porque Kenna se asustase por la intensidad de sus deseos y solo ahora comprendía que su estrategia había logrado lo contrario a lo que deseaba. Evitándola todo el tiempo, solo había conseguido que su prometida se sintiese más sola y desprotegida. Había creído que su madre supliría su ausencia, pero al parecer, Kenna lo había necesitado a él y no había estado a la altura.

-Lo siento tanto –dijo más alto, para que lo escuchase.

Separó a Kenna lentamente, buscando su mirada, y lo que vio en ella fue dolor. Un dolor que él había provocado con su indiferencia. Le sostuvo el rostro como aquella primera vez en que sus labios se tocaron y se inclinó para repetirlo de nuevo, como había deseado hacer tantas veces desde entonces. Fue suave al principio para darle la oportunidad de rechazarlo, pero cuando notó el abandono de la joven al beso, ahondó en él, acercándola más al mismo tiempo. Tantas noches había soñado con aquel momento.

Cuando descubrió cuál sería el pago por la paz, pensó que su odio por los MacKay sería insalvable, y su matrimonio una farsa, pero Kenna resultó ser demasiado dulce para un sentimiento tan oscuro. Solo le inspiraba protegerla y cuidar de ella. Cuando la miraba, no veía a una enemiga, sino a una mujer hermosa que despertaba en él un deseo casi irrefrenable. Había intentado alejarse para no caer en él, pero había errado al hacerlo porque su actitud solo le había causado sufrimiento.

-Lo siento –repitió una vez más, mirándola a los ojos–. Te prometo que nunca más te sentirás rechazada.

Se inclinó de nuevo para saborear sus labios, sellando su promesa de esa forma. Kenna se aferró a él, desesperada por impedir que la abandonase a su suerte como ya había sucedido, pero Conall no se detuvo. Embebido de deseo, la alzó con sus poderosos brazos y la llevó hasta la cama, incapaz de detenerse ya. Su boda era un hecho y no veía razón alguna por la que no pudiesen adelantar la primera noche juntos. Ahora que la tenía en sus brazos, no quería renunciar a ella ni a lo que le hacía sentir.

-Solo te lo preguntaré una vez –le dijo, rogando para que no se negase–. Si no quieres que pase, detenme ahora.

Kenna no se atrevió a hablar por temor a que su lengua la traicionase. Deseaba aquello, pero también le asustaba, y no sabía cuál de los dos sentimientos ganaría en su boca si respondía. En un acto de valentía, lo atrajo hacia ella y lo besó por iniciativa propia. Conall lo interpretó como un consentimiento y se apoderó de sus labios una vez más, mientras la desnudaba con menos maña de la que querría utilizar. Había yacido con más mujeres, pero nunca había estado tan nervioso como en aquel momento. Era posible que fuese por tratarse de su prometida, a la que debería odiar por ser

una MacKay, o tal vez porque era virgen. No había estado con una antes y temía no estar a la altura de sus expectativas. Pero sobre todo, quería que Kenna se sintiese cómoda a su lado y disfrutase tanto como lo haría él. Se sentía responsable de su desdicha anterior y quería compensarla por el daño que le había hecho al ignorarla.

-Eres hermosa –admiró su cuerpo desnudo, impidiéndole cubrirse cuando la despojó de la última prenda–. Kenna, no te avergüences de tu cuerpo en mi presencia.

La besó una vez más para que olvidase su desnudez, y se quitó la poca ropa que llevaba puesta mientras la joven se deleitaba con sus labios. Al recostarla en la cama, ella ni siquiera fue consciente de que sus cuerpos ya se tocaban piel con piel, hasta que su mano viajó entre sus piernas y la acarició de forma hábil, arrancándole varios gemidos. La observó mientras se retorció de placer bajo él, con los ojos cerrados en completo abandono, y supo que querría tenerla así para el resto de sus días.

-Kenna, mírame –le pidió. Necesitaba mirarla a los ojos al hacerla suya para saber que aquello no era un sueño más de los muchos que había tenido desde que la besó aquella primera noche.

Un intenso mar azul apareció en los ojos de Kenna, oscuro de deseo y cargado de esperanza por obtener mucho más de lo que ya había recibido. Conall no quiso decepcionarla y recorrió su cuerpo con las manos y la boca, hasta que la tuvo bajo él, trémula y ansiosa por algo que no acertaba a entender todavía.

-Ahora serás mía –le susurró Conall mientras se introducía en ella lentamente para no lastimarla–. Y yo seré tuyo.

Kenna no pudo evitar dejar ir un quejido cuando algo en su interior se quebró, pero los tiernos besos y las palabras de Conall mitigaron el dolor hasta que solo el placer tuvo cabida cuando él se movió sobre ella.

Una tensión hasta el momento desconocida para ella, se fue acumulando en su interior, como si algo grandioso se le fuese a revelar muy pronto, pero nada podría haberla preparado para aquella vorágine de sensaciones, cuando alcanzó el clímax. Se aferró a Conall con las uñas y se dejó elevar al cielo para después

caer en picado hasta el sopor del cuerpo satisfecho. Permaneció con los ojos cerrados y dejó ir un suspiro relajado.

-¿Es siempre así? –se atrevió a preguntar, sin llegar a abrir los ojos–. Lo que pasa entre un hombre y una mujer.

-Supongo que las sensaciones dependerán del hombre y de la mujer en cuestión –aventuró Conall–, pero imagino que si no es igual, debería ser muy parecido.

-Creo que me gusta –sus mejillas se colorearon al buscar la mirada de Conall.

-A mí también –sonrió él. La atrajo hacia su pecho y dejó que descansase la cabeza sobre él–. No puedo prometer que nuestro pueblo te acepte sin reservas aunque yo les haga ver que estamos unidos, pero no volverás a sentirte sola por mi culpa, Kenna. Lamento mucho el daño que te causé. Estaba batallando mis propios demonios y no veía lo que te estaba haciendo a ti. Pero no permitiré que pase de nuevo. Si alguna vez hago algo que te disguste, dímelo.

-Lo haré –le prometió–. Podemos hacer que esto funcione si somos sinceros el uno con el otro.

-Pues siendo sincero ahora –le sonrió con picardía–, si no te encuentras demasiado dolorida, hay algo que querría compartir contigo otra vez.

-¿Otra vez? –lo miró con sorpresa– ¿Es eso posible?

-Te demostraré cuán posible es –le aseguró, colocándose sobre ella y robándole el aliento con un beso apasionado.

El enfrentamiento

Los siguientes días, tal y como Conall le había prometido, no la ignoró sino que buscó tiempo para pasar con ella y que todos lo viesen. No era algo premeditado para hacer que la aceptasen, aunque ese fuese el fin, sino porque ya no quería ocultar lo que empezaba a sentir por ella.

Había luchado contra esos sentimientos recordándose el motivo por el que debía odiarla y, aunque al principio no podía olvidar que era la hermana de Roy MacKay, le había demostrado con creces que tenía más cordura que él. Se había resignado a un matrimonio que no le traería amor y que probablemente le haría la vida más difícil sin quejarse ni una sola vez por ello. Había hecho lo imposible por ser la esposa perfecta, a pesar de que no se lo había puesto fácil al ignorarla. Pero había sido consciente de cada paso que daba, de cada movimiento, de cada gesto. No había podido evitar sentir admiración por ella y algo más que se negó a aceptar hasta que la vio sufrir por su culpa. Kenna lo atraía como ninguna otra mujer lo había hecho y no le importaba ya el clan al que había pertenecido, porque era una Ross ahora. Todavía debían intercambiar votos para hacerlo oficial, pero ya era su esposa a efectos prácticos. Lo había sido siempre, solo que tardó en darse cuenta.

-Pasas mucho tiempo con la MacKay –Gavin le lanzó un golpe que Conall no tuvo problemas en esquivar.

-Se llama Kenna –lo corrigió al tiempo que lo atacaba–. Y ahora es una Ross y muy pronto tu señora.

-Todavía no estáis casados –le recordó el hombre mayor, que recuperó posiciones con facilidad, a pesar de su edad. Se mantenía en forma y muchos guerreros más jóvenes se querían medir con él porque lo consideraban uno de los mejores luchadores cuerpo a cuerpo que tenía el clan.

-No es algo que se pueda evitar –esquivó varios golpes–. Creo que cuanto antes lo aceptemos, antes se sentirá en casa. Kenna ha tenido que renunciar a mucho para darnos una paz que ya estábamos necesitando, es justo que se lo agradezcamos como se

merece.

-¿Olvidando de dónde viene? –bufó el hombre.

-Recordando quién es ahora –sentenció Conall.

Podía entender la reticencia de Gavin, pero Kenna no era culpable de lo que había sucedido entre sus clanes y tenía que hacérselo entender a todos si querían que el acuerdo funcionase.

-No seas iluso Conall, ella todavía es una MacKay y...

-Ya basta, Gavin –lo detuvo–. En dos días será mi esposa y tu señora, no lo olvides. Merece tu respeto y tu devoción, no tus malos sentimientos hacia el clan al que perteneció.

Gavin quiso seguir protestando, pero entendió que Conall no permitiría que mancillase el nombre de su prometida. Asintió como si estuviese conforme y dio por finalizada la sesión de lucha. Aunque hasta el momento nadie lo había podido vencer en el cuerpo a cuerpo, notaba que los años pesaban cada día más. Su tiempo como guerrero llegaría pronto a su fin y solo lamentaba ver en lo que se estaba convirtiendo el clan cuando él ya no podía hacer nada. El anterior jefe se revolvería en su tumba si descubriese que su hijo corría ahora tras las faldas de una MacKay. Aquel sería el fin de los Ross.

Conall dio por finalizado el entrenamiento y acompañó a sus hombres al río para refrescarse con ellos. Gavin no los siguió en aquella ocasión, disgustado por su conversación.

Abandonó el campo rumbo a su casa, pero descubrió por el camino a la joven MacKay que se dirigía al pueblo con la única compañía de su doncella. Pocas veces la veía sin la supervisión de lady Innes o de Conall y pensó que era una gran oportunidad para hablar con ella, si lograba que Peigi se alejase por un momento. Lo que tenía que decirle no debía ser escuchado por nadie más.

Las siguió durante un buen trecho hasta que las jóvenes se detuvieron en uno de los puestos del mercado. Peigi se entretuvo hablando con el tendero y Kenna se alejó unos pasos buscando algo que parecía no encontrar. Gavin vio ahí su oportunidad y se acercó a ella. La tomó por el brazo y la separó de su doncella unos metros más.

-Gavin –Kenna había intentado memorizar los nombres y se sintió orgullosa de reconocerlo–, ¿sucede algo?

-Eso debería preguntároslo yo a vos, milady.

-¿A mí? ¿Por qué? No entiendo...

-No creáis que nos engaños a todos –le dijo, sin notar que su mano apretaba con más fuerza el brazo de la joven–. Y desde luego, no penséis que me quedaré al margen si veo que traicionáis a nuestro señor. Yo no olvido quién sois y por qué estáis aquí.

-Estoy aquí para acabar con la enemistad entre los Ross y los MacKay –Kenna trató de liberarse de su agarre, pero no pudo–. Lo único que pretendo es encajar entre los que ahora seréis mi familia. ¿Tan malo es eso?

-¿Qué intenciones ocultas tenéis, milady? Eso sí es malo.

-No hay ninguna –se quejó al sentir cómo sus dedos se le clavaban en la piel–. Gavin, debéis creerme. Solo busco la paz.

-Ningún MacKay dice la verdad ni aunque la vida le vaya en ello –la amenazó–. Os estaré vigilando, mi señora, y no permitiré que traicionéis a Conall. Antes os mato con mis propias manos.

-¿Qué está pasando aquí? –Peigi paseaba la mirada entre ambos, preocupada por Kenna. El miedo en sus ojos decía más que cualquier palabra y la atrajo hacia ella para soltar la mano de Gavin que todavía aprisionaba su brazo.

-No pasa nada –respondió Kenna demasiado rápido.

-No te había visto, Peigi –mintió Gavin sin pudor alguno– y creí necesario preguntarle a mi señora si necesitaba un acompañante. No es seguro para ella pasearse sola por el pueblo antes de la boda. No todos están felices con este enlace y podrían querer hacerle daño.

-Muy amable, Gavin –Peigi se situó delante de Kenna con disimulo–, pero ha venido conmigo.

-Ahora lo veo –se inclinó hacia ellas– y me retiraré. Buen día a las dos.

-¿Estáis bien? –Peigi se dirigió a Kenna al quedarse solas– ¿No os habrá incomodado?

-Estoy bien –sonrió–. Gavin solo se preocupaba por mí.

-Pues no parecía eso por la forma en que os sujetaba –la doncella no llegaba a creerla.

-Estoy bien, Peigi, de verdad –enlazó sus brazos–. Sigamos adelante.

Desde que Conall había demostrado su afecto por ella en público, muchos Ross se habían vuelto más confiados. Su vida como futura señora de aquel clan ya no era tan dura y la había disfrutado hasta que Gavin la enfrentó. El odio que había sentido en cada una de sus palabras, en cómo la miraba o cómo le apretaba con fuerza el brazo, le hizo ver que no todos aceptaban su presencia allí. Le dolió más aquel hecho que lo que hubiese podido decirle el hombre.

-Vuestro esposo estará esperando por vos –asintió Peigi–. Es tan bonito cuando el amor triunfa sobre el odio.

Conall nunca había hablado de amor, pero compartían la cama todas las noches desde aquella primera vez y tenía gestos de cariño hacia ella en muchas ocasiones sin que le importase quién pudiese estar mirando. Quizá no fuese lo que ella entendía por amor, pero era más de lo que había creído tener después de las primeras semanas allí.

-Solo estamos siendo prácticos –se sintió en la obligación de decir.

-Prácticos son los que se tratan con cordialidad –dijo Peigi –. Lo que hay entre vos y Conall es más que eso.

-No... yo no... estás equivocada.

-Ponedlo a prueba y veréis que lo que digo es cierto.

-Eres demasiado romántica, Peigi –sonrió, desechando lo que le decía. Puede que ella estuviese empezando a tener fuertes sentimientos hacia él, pero Conall no tenía tiempo para el amor. Era un hombre práctico que se preocupaba por todos aquellos a los que tenía a su cargo. Y ella no era sino una más en la larga lista de sus responsabilidades. No había amor en sus actos. Imposible.

-Ponedlo a prueba –dijo una última vez, antes de olvidar el tema y volver al trabajo que tenían por delante. Desde que su señor había decidido exponer ante todos lo que su futura esposa significaba para él, las cosas para su señora habían mejorado y ya no se sentía tan sola e ignorada. Se había alegrado por ella, al ver que habían podido acordar una tregua entre ellos, pero con el paso de los días

vio en su comportamiento algo más que una apariencia. Conall no le dedicaba su tiempo solo para que la aceptasen, sino que realmente sentía algo por ella. Quizá no supiese qué era todavía, pero si Kenna lo alentaba adecuadamente, se acabaría dando cuenta de ello.

Kenna se olvidó de la conversación mientras estuvo en el pueblo con Peigi, pero al llegar al castillo y ver a Conall en la entrada esperándola, las dudas volvieron. O tal vez era esperanza lo que sentía. Esperanza de que tuviese razón y su prometido se hubiese enamorado de ella.

-Estás preciosa esta mañana –le sonrió.

-Gracias, mi señor, por notarlo –le devolvió el gesto.

Compartir la cama le había dado suficiente confianza con él como para permitirse ciertas licencias. Las bromas eran una de esas peculiaridades que tanto disfrutaban juntos.

-Yo lo noto todo –le susurró al tiempo que entraban en el castillo–, incluso esa preciosa frente tuya arrugada. ¿Qué pasa? ¿Alguien te ha hecho sentir mal por algo?

-Estoy bien –mintió–, solo un poco cansada. Ha sido una mañana bastante ajetreada.

-No más que la mía –se jactó.

-La tuya habrá sido más agotadora –lo corrigió–, pero eso no prueba que fuese más ajetreada que la mía. He hecho muchas más cosas que tú, lo que...

-Lo entiendo –sonrió–. Resulta imposible ganaros en una batalla verbal, mi señora.

-Las mujeres no podemos blandir espadas –rio–, debemos usar nuestro ingenio para destacar en algo.

-Y en ocasiones lográis más que las espadas.

-Siempre, mi señor. Lo logramos siempre.

Conall sonrió al escuchar su conclusión. Desde que habían decidido ser la pareja que se esperaba de ellos, Kenna le había mostrado a una mujer muy diferente de la que creía que era. Su prometida era vivaz, divertida y siempre tenía una palabra amable para cualquiera que la necesitase. No podía verla como una traidora. Ella jamás haría algo así. Habían prometido ser sinceros y creía firmemente en

ella. Sabía que estaba comprometida con la paz que su enlace proporcionaría a los clanes y que no haría nada para que aquello no funcionase. Gavin solo hablaba desde el odio.

-Estás muy pensativo. ¿Pasa algo?

-Nada en absoluto –le sonrió. No quería hablarle de eso, ahora que las cosas habían mejorado para ella porque no quería disgustarla. Gavin había vivido para luchar con los MacKay y no era capaz de asumir que los tiempos estaban cambiando y la paz era lo que necesitaba el clan ahora.

Conall no la habría buscado con un matrimonio, pero no podía negar que desposarse con Kenna ya no le resultaba tan irritante como el día que Archibald Campbell propuso el acuerdo. Si tenía que unirse de por vida a una mujer, se le antojaba ideal que fuese ella. No solo para acabar con las luchas, sino porque estaba conociendo aspectos de la joven que lo atraían cada vez más hacia ella.

-Esta tarde –le informó Conall durante la comida– saldré con varios hombres a una partida de caza. Es muy posible que pasemos la noche fuera, pero regresaremos a tiempo para la ceremonia.

-Es bueno saber que no te perderás tus esponsales. Solo tened cuidado –le pidió.

-No será más peligroso que ir a la batalla –le agradeció no obstante, la preocupación con una sonrisa– y casi no falta nada para evitar eso.

-Cierto.

Aunque no añadió nada más, una pequeña desazón, que nada tenía que ver con su encuentro con Gavin o con la partida de caza, anidó en su pecho. Presentía que pasaría algo malo pronto y odiaba no saber por dónde llegaría.

Esa misma tarde salió a despedir a su prometido y al resto de hombres que lo acompañarían. El beso de Conall sabía a promesa, pero no pudo evitar sentir que pasaría tiempo antes de poder volver a sentir sus labios de nuevo. Trató de sonreír mientras lo veía alejarse para no preocuparlo, y en cuanto desapareció en el horizonte, Kenna se refugió en la alcoba de Conall, como si así pudiese evitar lo que estaba a punto de pasar.

Había bajado a cenar con los demás para que no creyesen que se comportaría de diferente forma cuando Conall no estuviese, y también mantuvo conversaciones con varios de los presentes, pero su mente continuaba dispersa, por lo que se había retirado temprano para intentar dormir. A medianoche seguía desvelada.

Un golpe discreto en la puerta la alertó y corrió a abrirla, para descubrir que una mujer a la que todavía no conocía la esperaba con una vela en la mano. La mujer la miró en silencio por un momento, antes de hablar.

-Rápido, mi señora –le dijo–. El señor desea que vayáis al establo ahora y os reunáis con él.

-Conall está de caza y no volverá hasta...

-No hay tiempo para explicaciones, mi señora –la apremió la mujer–. Os necesita ahora.

Kenna se vio arrastrada escaleras abajo por la misteriosa mujer, con el corazón contrito, temiendo que se hubiese hecho realidad su mal presentimiento. ¿Y si había tenido un accidente durante la caza? ¿O si su hermano lo había atacado, contraviniendo las órdenes del rey? Sabía que se sentía suficientemente frustrado como para cometer tal insensatez, pero deseó estar equivocada.

No había nadie en el patio ni custodiando la entrada a los establos, lo que la puso más nerviosa. Sin embargo, no vio cómo la mujer observaba los alrededores con nervios, lo que le habría advertido de que aquello era una trampa. Solo una vez en el establo lo comprendió.

-Gavin –susurró al verlo.

El hombre no había ido con Conall a cazar, pero nunca se habría imaginado que aprovecharía la oportunidad para llevarla a los establos a traición. Cuando intentó escapar, al ver el caballo ensillado y la cuerda en su mano, Gavin la atrapó sin dificultad.

-No puedo permitir que esta boda se celebre –sentenció–. No puedo permitir que una MacKay viva entre nosotros.

Le cubrió la boca con un trapo maloliente para que evitar que diese la alarma y le ató las manos a la cintura, de tal modo que no podría usarlas, salvo para mantenerse en el caballo, una vez la subió a él.

-Todo acabará rápido –le dijo por el camino, provocando que lágrimas de impotencia rodasen por sus mejillas.

Había pensado que su presentimiento tenía que ver con Conall, pero era ella la que corría peligro. Era ella la que no vería un nuevo amanecer.

El odio más profundo

Kenna no quería llorar, pero le costaba mantener a raya a las lágrimas con cada paso que los alejaba del castillo. No sabía lo que se proponía Gavin y temía averiguarlo, pues el odio por los MacKay estaba marcado a fuego en él. Lo había visto aquel mismo día en el mercado y también por la noche en el establo, antes de que la amordazase y se la llevase sin que nadie se diese cuenta de ello. Porque no quería pensar que los guardias que hacían las rondas de vigilancia supiesen lo que se proponía Gavin y lo dejaran pasar sin impedirselo.

Había pensado que ya empezaban a aceptarla como a una más del clan y saber que no era así le destrozaría todavía más el corazón, que ya empezaba a estarlo por no poder volver a Conall. Solo ahora que veía la posibilidad de no reunirse de nuevo con él, comprendía la intensidad de sus sentimientos. No era cariño o agradecimiento por todo lo que había hecho para que se sintiese segura lo que sentía por él, sino amor. El más puro e intenso amor posible. No lo habría creído jamás cuando supo que tendría que ser la esposa del mayor enemigo de su clan, pero ya no se podía imaginar la vida sin él. En tan solo unos pocos días en su compañía se había enamorado irremediamente de él y no podía entender cómo o cuándo había pasado, pero así era.

Rogó en silencio porque un milagro ocurriese, pero sabía que nadie escucharía sus plegarias. Gavin había tomado el camino contrario al que usó Conall con sus hombres, por lo que podía imaginar que había pensado en todo para que nadie lo descubriese. Si al menos no tuviese la boca tapada, podría intentar razonar con él.

Cabalgaron durante varias horas, incluso en la noche más oscura, hasta alcanzar un lugar boscoso en el que Gavin la ayudó a bajar de mala manera del caballo. Por instinto, en cuanto sus pies tocaron el suelo, lo empujó con fuerza y echó a correr para alejarse de él. No sabía cómo haría con las manos atadas a la cintura, pero solo pensaba en huir lo más lejos posible de aquel hombre. Si le hacía algo allí, nadie se enteraría jamás de lo que había sido de ella.

-Maldita zorra –lo escuchó muy cerca de ella y se asustó. Aunque siguió corriendo casi a ciegas, pronto sintió unas poderosas manos sujetándola por el pelo. Su cabeza frenó su carrera cuando Gavin tiró de ella hacia atrás y a punto estuvo de caerse, si el hombre no la hubiese frenado con su cuerpo—. La próxima vez que intentes algo así, te mato y dejo tu cuerpo abandonado a merced del tiempo y las alimañas del bosque.

Kenna se creyó la amenaza, así que dejó de forcejear con él inmediatamente. Si la única forma de salvar la vida era obedecerle, así lo haría hasta asegurarse una huida clara. Porque no quería rendirse, no quería renunciar a Conall, ahora que lo había conocido. Quizá en un principio había pensado que el destino era cruel con ella, pero ahora solo quería volver a ver al hombre que amaba, incluso si él no sentía lo mismo. Se conformaría con permanecer junto a él y criar con amor a los hijos que le diese.

¿Tendría un bebé en su vientre? Sabía que yacer con un hombre era lo que propiciaba el embarazo y Conall había compartido la cama con ella en los últimos días. ¿Podrían haber engendrado un vástago ya? Si era así, Kenna tenía otro motivo más para luchar. Otro motivo para regresar al lado de Conall. Se tocó el vientre con las manos mientras Gavin la arrastraba de regreso al claro donde esperaba el caballo.

-Continuaremos cuando el día comience a clarear –le dijo, al tiempo que ataba una nueva cuerda a la que tenía en la cintura, desde la espalda para que no pudiese alcanzarla, y anudaba el otro extremo a su muñeca.

Vio cómo el hombre se recostaba contra un tronco y supo que dormiría hasta que el sol les permitiese avanzar sin temor a perder el caballo... o la vida en el proceso. No le apetecía tumbarse con él, pero la cuerda que la mantenía atada a él no era muy larga y no le dejaba otra opción. No obstante, procuró alejarse de él todo lo que pudo.

La noche se había ido enfriando a medida que avanzaba y vestida únicamente con su ropa de cama sentía cómo se le calaban los huesos. Gavin no había encendido ningún fuego y Kenna empezó a tiritar, incluso después de plegar su cuerpo hasta hacerse un ovillo para conservar el poco calor que emanaba de ella. Le habrían

castañeado los dientes si la tela en su boca no lo impidiese. Además, cualquier postura le resultaba incómoda porque no podía separar las manos de la cintura y se removía cada pocos segundos en el suelo. Aunque procuraba no hacer ruido, la falta de movilidad de sus brazos no le ayudaba en eso.

-¿Es que no podéis dejar de molestar por un momento? –gruñó Gavin después de unos minutos escuchándola.

Kenna lo miró con ojos asustados y trató de alejarse de él cuando lo sintió moverse, pero un gemido escapó de sus labios cuando se lastimó el hombro al caer sobre él. Gavin la arrastró hasta el árbol en el que se había apoyado para dormir y la ató contra él para que no se moviese, pero al notar el frío extremo en su piel, antes de buscar un nuevo lugar para dormir, le lanzó por encima un plaid que había llevado por si lo necesitaba. No quería a aquella MacKay en tierras de los Ross, pero tampoco deseaba iniciar una nueva guerra con ellos por culpa de una mujer. Tampoco tenía intención de ayudar a sus enemigos, pero esperaba que Roy MacKay agradeciese recuperar a su hermana sin hacer demasiadas preguntas sobre el cómo o el porqué.

Lo había dispuesto todo para que Conall pensase que la joven había aprovechado sus días de caza para huir de él y evitar la boda. Con suerte, el rey cargaría contra el clan MacKay y los dejaría en paz a ellos. Conall podría buscar una esposa más adecuada y todos saldrían ganando. Salvo los MacKay, por supuesto, pero ningún Ross lamentaría lo que les pasase.

Kenna dormitó toda la noche, despertando a cada rato. El plaid le había ayudado a entrar en calor, pero la mordaza y las cuerdas sobre su cuerpo desprotegido resultaban un tanto incómodas. Apenas podía respirar con normalidad sin sentir que algunas hebras del trapo se le colaban por la garganta y sentía arder las rozaduras que la cuerda le había provocado en las muñecas después de tantas horas. Por si eso no fuese suficiente, la corteza del árbol al que la había atado traspasaba sin dificultad la fina tela de su camisón. Intentó concentrarse en la forma de escapar de su captor, pero nada de lo que ideaba le daba garantías de que pudiese hacerlo sin que la atrapase de nuevo. La desesperanza parecía ser su fiel compañera en ese viaje.

-Arriba –Gavin tiró de ella después de desatarla del árbol –. Os voy a quitar la mordaza para comer algo, pero si se os ocurre gritar, pasaréis hambre el resto del camino, ¿de acuerdo?

Kenna asintió, deseosa de quitarse aquella mordaza de la boca. Estuvo tentada de hacer justamente lo que le había prohibido, pero sabía que no serviría de nada.

-¿Por qué hacéis esto? –se atrevió a preguntar. Al ver que no le respondía, insistió– ¿Sois consciente de que esto os llevará a la guerra con el rey? Si no se celebra la boda, el monarca lo pagará con los Ross.

-Serán los MacKay los que sufran.

-¿Por qué? Habéis sido vos quien me secuestró. La culpa será solo vuestra.

Gavin no respondió y Kenna supuso que sus planes iban mucho más allá de hacerla desaparecer, si estaba seguro de que serían los MacKay los únicos perjudicados por su desaparición.

-¿Qué pretendéis hacer? –preguntó una vez más.

-Si abrís esa boca una vez más, juro que os la taparé de nuevo para siempre –la amenazó.

Kenna no supo si se refería al trapo o a una forma menos figurada, por lo que obedeció. El miedo le había quitado el apetito, sin embargo, se obligó a ingerir toda la comida que Gavin le ofreció. Necesitaría reponer fuerzas si seguía pensando en escapar de él en cuanto tuviese oportunidad de hacerlo de forma segura.

-¿A dónde vamos? –preguntó, horas más tarde, sin poder guardar silencio por más tiempo– ¿A dónde me lleváis?

-¿Acaso no os suena el camino, milady? –Kenna identificó el tono despectivo que el hombre usó para el título, pero decidió ignorarlo. En cambio, centró su atención en mirar el paisaje con más detenimiento, aun sabiendo que no le serviría de nada.

En su corta vida solo una vez había salido de las tierras de su clan y había sido para viajar hasta la Corte a petición del monarca. Si el hombre esperaba que reconociese algo del camino, se llevaría una decepción porque había ido en un carro cerrado para protegerla de los posibles peligros y ni siquiera se había asomado a la ventana.

Por aquel entonces estaba demasiado nerviosa y tenía un miedo terrible a lo que le aguardaba en la Corte, así que se refugió en el interior del carro, como si no ver que iban directos a su destino le ayudase a creer que solo estaban dando un paseo por las tierras de los MacKay. Sabía que era una actitud infantil y fútil, pero no conocía otro modo de enfrentarlo.

Al final la Corte no fue tan mal lugar, si obviaba las malas lenguas y el interés del monarca por desposarla con quien más le conviniese a él. Conall había sido el elegido y en su momento lo lamentó, pero ahora quería regresar con él y contarle lo que Gavin estaba intentando hacer. No quería separarse de su prometido ahora que sabía que lo amaba y no quería volver a su tierra si eso suponía la guerra con el rey para ambos clanes. Pues daba igual lo que planease Gavin para que la culpa recayese en los MacKay, el rey iría a por los Ross también como escarmiento para el resto de clanes. Y aunque quería convencerlo de que desistiese, no podría. Cada vez que miraba hacia Gavin, veía en sus ojos la determinación de un hombre que creía estar haciendo lo correcto. Lo movía el odio por los MacKay y ella, como parte de ese clan, jamás conseguiría hacerle cambiar de opinión.

-¿No sabéis dónde estamos? –Gavin se tomó su silencio como una prueba de que no reconocía el terreno y soltó una fuerte carcajada burlona.

-Nunca antes había salido de las tierras de los MacKay –se defendió.

-Cualquier mujer que se precie habrá de conocer la tierra que le rodea –espetó Gavin–. No solo porque forma parte de su día a día, de sus costumbres, de su pueblo, sino por cuestión de supervivencia. Y muy pronto lo entenderéis.

-¿Qué? –le había sonado a amenaza– ¿Por qué decís eso? ¿Qué pretendéis hacer, Gavin?

-Muy pronto lo veréis –el hombre no habló más y Kenna no se atrevió a insistir. En cambio, permaneció atenta al camino, intentando memorizar señales que le ayudasen a regresar a Ross. Si era cierto lo que creía haber intuido en las palabras de Gavin, pensaba dejarla abandonada a su suerte en algún punto de aquel paraje. Aunque no tenía claro cómo aquello podría solo perjudicar a

los MacKay. Si ella aparecía muerta lejos de las tierras de los Ross, no los exoneraba de la culpa, sino más bien todo lo contrario.

Horas más tarde cuando el sol comenzaba su descenso y el frío arreciaba, Kenna reconoció al fin el lugar. Estaban camino de su hogar. O el que lo había sido antes de estar prometida a Conall.

-¿Pensáis llevarme con mi hermano? –eso explicaría por qué Gavin estaba tan seguro de que solo castigarían a los MacKay–. Si creéis que funcionará, estáis equivocado. Roy me enviará con los Ross para que se celebre esta boda.

-Vuestro hermano no hará tal cosa –negó con suficiencia– porque no desea veros casada con un Ross.

-¿Y vos cómo sabéis eso?

-Porque nadie lo desea –sentenció–. Además, vos misma os ocuparéis de convencerlo para que no lo haga.

-¿Por qué habría de hacer semejante estupidez? El rey no estará contento cuando sepa que no se celebró el enlace y no quiero provocar su ira. Cargaría contra los MacKay.

-Le diréis a vuestro hermano que los ataques a los Ross deben acabar porque de otra forma, el rey se vengará en los MacKay por haber impedido la boda. Si los ataques se paralizan, el rey estará satisfecho y no exigirá un enlace.

-No es tan sencillo, Gavin.

-Lo será si vos hacéis vuestro trabajo.

-El rey no estará satisfecho a menos que se celebren los esponsales. No aceptará...

-Lo hará –la interrumpió– porque solo busca la paz entre los clanes y eso es lo que le daremos, si vuestro hermano cumple su parte.

-¿Qué os hace pensar que Conall cumplirá la suya?

-Como he dicho, creará que huisteis de él. No os buscará.

-Eso no garantiza que no ataque a los MacKay.

-Yo me encargaré de esa parte.

Kenna no lo veía tan claro como Gavin, sobre todo porque convencer a su hermano de que enterrase su odio por los Ross definitivamente, no era viable y menos cuando viese llegar a Gavin con ella en ropa interior. Estaba convencida de que actuaría antes

de preguntar. Aquella era una mala idea, se mirase por donde se mirase.

Gavin solo detuvo la marcha cuando la noche se les echó encima y como la vez anterior, la ató a un árbol para que no intentase escapar. Sin embargo, en aquella ocasión le concedió el deseo de encender un fuego.

-Todavía estamos a tiempo de regresar –susurró, insegura –. Este plan es una locura.

-No cambiaré de opinión –Gavin la oyó igualmente–. Será mejor que durmáis, pues mañana os espera un día duro.

Kenna no pudo dormir, por más cansada que estuviese. La necesidad de aquel hombre la mantuvo desvelada. Si antes quería encontrar el modo de escapar de él, ahora se había convertido en una necesidad. Tenía que impedir aquello o ambos clanes pagarían por culpa de un único hombre. El odio era una enfermedad que pudría los corazones de los hombres y solo ahora era consciente de cuánto daño era capaz de provocar. Ahora más que nunca, entendía cuán importante era su enlace con Conall, pues solo los lazos de sangre podrían unificar lo que el odio había separado. Nada había más fuerte que esos lazos.

-Arriba –Gavin le golpeó el pie con el propio–. Es la hora.

La liberó de la cuerda y la ayudó a levantarse como había hecho la mañana anterior. Kenna se sentía entumecida y la necesidad de estirar los brazos era imperiosa, así que al ver cómo Gavin también se deshacía de esas ataduras, no tardó en contorsionarse, dejando escapar un quejido que la avergonzaría, si no se estuviese sintiendo tan bien. Se masajeó las muñecas heridas y estiró los dedos, en busca de un alivio al picor de haber recuperado la circulación en ellos.

-Este es el fiordo de Dornoch –le indicó Gavin después de que terminase sus estiramientos–. Podéis cruzarlo en este punto con facilidad y...

-¿ Yo? –lo interrumpió– ¿ Yo sola?

-¿ No creeríais que os llevaría hasta la puerta de la casa de vuestro hermano? –rió–. No busco la muerte, muchacha.

-Pero sí la mía –protestó– ¿Cómo pretendéis que llegue si apenas reconozco el lugar?

-Vuestro hermano cree que mañana se celebrará la boda –le explicó–, así que estará de camino. Os encontrará y os rescatará.

-¿Y si hubiese decidido no acudir al enlace? Él no lo quería y dudo que le interese rodearse de los que todavía siente como enemigos.

-Sois su hermana, irá.

Gavin le lanzó una bolsa con provisiones para ese día y se subió al caballo, dispuesto a regresar a Ross antes de que Conall descubriese que faltaba.

-No podéis dejarme aquí –le gritó Kenna–. No sobreviviré.

-Vuestro hermano viene en camino –le dijo–. Escondeos y esperadlo.

Pero Kenna no estaba tan segura de que Roy quisiese ir a la boda, por lo que no podía contar con que la rescatase. Vio con impotencia cómo se alejaba el único hombre que la podía ayudar, incluso habiendo sido el que la puso en semejante situación, y cuando desapareció de su vista, se arrebujó en el plaid, como si así pudiese sentirse de algún modo más protegida.

-¿Y ahora qué? –murmuró, desesperada.

Tenía dos opciones en ese momento: continuar hacia el que había sido su hogar desde su nacimiento, o regresar con su prometido al que sería su hogar a partir de aquel momento. Una de ellas la llevaría con los suyos y la otra con gente que tal vez había fingido que la aceptaba. Una la llevaría por el camino fácil, pero se ganaría la ira del rey y la otra la uniría de por vida a los enemigos de su clan, pero le daría al hombre que amaba.

-La respuesta es fácil, Kenna –se dijo–. Solo hay un lugar al que perteneces.

Y comenzó a caminar.

Un asunto complicado

-No puede ser –Conall se paseaba por el salón como perro enjaulado–. No haría tal cosa.

-La he buscado, Conall –Gavin insistía en su versión–. En cuanto descubrí que faltaba, salí en su búsqueda, pero no encontré rastro ninguno. Alguien tuvo que venir a por ella y estoy seguro de que fue su hermano. No quieren que la boda se celebre.

-Pues se celebrará igualmente –bramó el escocés–. La iré a buscar yo mismo y la traeré de vuelta.

-Conall –Gavin se interpuso en su camino–. Ella no quería estar aquí. No pertenece a este lugar ni lo hará nunca. No puedes obligarla a quedarse porque estoy convencido de que intentará escapar cada vez que tenga la posibilidad. No ha tardado en aprovechar tu ausencia para huir. ¿Qué pasaría si lo hace después de casaros? No podrías buscar otra esposa ni tendrías los beneficios de la actual. Déjala ir, Conall, y busca a una mujer que te merezca.

-No se trata de merecer o no, Gavin –lo apartó para seguir su camino–. Se trata de las órdenes del rey. Si no cumplo, los Ross dejaremos de existir. ¿No lo entiendes? Debemos casarnos, queramos o no.

-Cometes un error al ir tras ella, Conall.

-No tengo más opción.

Aunque Conall se escudaba en su deber hacia el rey para ir a por Kenna, en su interior estaba dolido por la traición de la joven. Había pensado que se entendían y que serían un matrimonio feliz después de todo, pero parecía que lo había fingido, que no sentía nada por él.

-¿Por qué entregarse a mí entonces? –murmuró frustrado – ¿Por qué mancillar su honor si pensaba escaparse?

Había en todo aquel asunto algo que no le cuadraba, algo que no terminaba de encajar en la historia de Gavin.

-Conall –Douglas lo llamó y el jefe redujo su marcha para que le diese alcance–. Te veo muy alterado, ¿qué sucede?

-Vamos –miró a ambos lados del pasillo, antes de llevarse a Douglas al interior de su alcoba buscando intimidad. No quería que nadie más se enterase de que Kenna se había ido, pero necesitaba a sus hombres de confianza.

-¿Qué sucede? –repitió Douglas, preocupado ahora.

-Kenna ha desaparecido y Gavin insiste en que ha huido.

-Se estaba adaptando –tampoco Douglas lo entendía–. Se esforzaba mucho por encajar, ¿por qué habría de escapar justo cuando los Ross empezaban a aceptarla?

-Eso mismo me pregunto yo –se pasó la mano por el pelo –. Aquí hay algo que no huele bien.

-¿Confías en ella? –la pregunta de Douglas lo dejó mudo–. Conall, ¿confías en tu prometida?

-Lo hago –respondió con el ceño fruncido–. Lo hacía. Yo...

-Tienes que estar seguro de la respuesta, amigo mío –dijo Douglas– porque si vamos a embarcarnos en un viaje para recuperarla, debemos estar seguros de que no se ha ido por voluntad propia.

Conall guardó silencio mientras pensaba en ello. Dos días antes habría jurado que Kenna quería estar allí con él. Dos días antes la había considerado como una Ross, incluso si todavía no habían intercambiado los votos matrimoniales. ¿Qué podía haber cambiado para que Kenna quisiese huir de él? Huir de él o de otra persona...

-Hemos compartido mucho en los últimos días –le dijo a su amigo– y sé que no se habría ido por voluntad propia. Estaba dispuesta a que este matrimonio funcionase para que nuestros clanes dejasen de luchar. No se habría ido a sabiendas de que eso provocaría una nueva guerra entre los Ross y los MacKay. No lo habría hecho, Douglas.

Cuanto más hablaba, más convencido estaba de que ella no se había ido. Alguien se la había llevado.

-La cuestión ahora –dijo su amigo–, es descubrir quién se la llevó.

-Roy –sentenció Conall–, ¿quién si no? Nunca estuvo de acuerdo con esta boda. Estaba dispuesto a pagar el doble de la multa por librarla de mí. Lo veo muy capaz de venir a por ella el día antes de la ceremonia.

-Tenemos que asegurarnos –Douglas se rascó la barbilla–. Si nos presentamos ante él acusándolo de secuestro y no ha sido él, podríamos iniciar una nueva guerra con ellos.

-No hay tiempo para averiguar nada –Conall decidió que iría de todas formas–. Habrá que arriesgarse.

-Avisaré a Fingal y a Keir –asintió–. Si te vas a meter en la boca del lobo, no irás solo.

-Gracias, amigo –le apretó un hombro en agradecimiento –. Os espero en el establo. Iré ensillando los caballos.

-Allí estaremos –asintió.

-Douglas –lo llamó cuando ya salía–. Que nadie más sepa lo que está pasando. La recuperaremos antes de que se corra la voz de que no está.

-Así será –asintió de nuevo y salió de la alcoba.

Por un momento había dudado de Kenna y se reprochaba haberlo hecho. Quizá hubiesen empezado con mal pie la relación, pero ahora se entendían. Había descubierto en ella a una confidente asombrosa, a una gran mujer y una mejor persona. Era dulce y sincera, muy comprensiva. Se preocupaba por todos, incluso cuando estos le diesen la espalda. Había empezado a sentir algo por ella, algo que no sabía expresar en palabras todavía, pero que era más que admiración por la forma en que había enfrentado su destino en una tierra llena de enemigos o por la entereza con que buscaba la aprobación de todos sin dejar de ser ella misma. Le había dolido lo que para él se sentía como una traición, al saber que había huido. Había creído que ahora era feliz y odió saber que había sido todo mentira. Sin embargo, en el fondo sabía que nunca lo haría. Incluso si no sentía nada por él, Kenna no eludiría su deber para con él porque eso implicaría la guerra entre sus clanes. Y algo que tenía claro Conall era que la joven deseaba que las muertes cesasen tanto o más que él.

-Te encontraré, Kenna –susurró– y si ha sido tu hermano quien planeó todo esto, lo pagará caro.

No pensaba iniciar una nueva disputa con él, pero le haría saber al rey lo que había pasado para que este se ocupase del asunto. No podía ignorar que Roy quisiese frustrar los planes de paz por un

simple capricho. Kenna y él querían la boda, ¿por qué Roy no podía aceptarlo sin más? Era lo mejor para todos.

-Así que vamos en busca de la novia fugitiva –bromeó Keir para rebajar la tensión que veía en su amigo–. Esta será la mejor historia para recordar durante las largas noches de invierno.

-Nadie se enterará de eso –le advirtió Conall.

-Siempre podemos adornarlo un poco para que no sepan que se trata de nuestra futura señora –le sonrió para que supiese que solo bromeaba.

-Me conformaré con regresar con ella antes de mañana.

Todos comprendían el problema que sería que el enviado del rey descubriese que la novia no estaba en el castillo al llegar para presenciar la ceremonia. Jacobo no permitiría que se riesen de él y si descubría lo que había pasado, los dos clanes perderían más que la guerra entre sí mismos. El rey sería implacable con ellos.

-La encontraremos –le aseguró Fingal–. Y el que se la haya llevado lo pagará caro.

-Si ha sido su hermano –les anunció Conall– me encargaré de que sea el rey quien se ocupe de ello. No quiero que la boda que pretende acabar con la guerra con los MacKay sea el inicio de otra. Ni deseo que mi futura esposa tenga que presenciarlo.

-Así será –asintieron sus tres amigos.

-Marcharemos solos –continuó Conall– y volveremos con ella. Nadie hablará jamás de este asunto ni mencionará lo que está pasando. Nadie debe saber lo que está pasando.

-Nadie lo sabrá –sentenciaron.

-Yo también voy, Conall –se ofreció Gavin desde la puerta del establo–. Fui quien descubrió que se había ido y seré quien ayude a traerla de vuelta si ese es tu deseo.

-Lo es –asintió Conall.

Gavin ensilló su caballo y acomodó la daga en la montura para que nadie la descubriese antes de tiempo. No podía permitir que la joven MacKay regresase a Ross. No podía permitir que lo delatase. Si no había perecido por el frío antes de que la encontrasen, se encargaría de acallarla él mismo para siempre.

-En marcha –Conall dio inicio a la expedición y salieron del establo en silencio, sin hablar con nadie.

Cada uno iba sumido en sus propios pensamientos y los del jefe no eran otros más que traer de regreso a Kenna. Ya no por la boda que el rey exigía, sino porque se había acostumbrado a tenerla cerca y no veía su futuro sin ella a su lado.

La había metido en su cama aquella primera noche por el simple deseo de poseerla. Kenna era una mujer muy bella y el primer día que la conoció en la Corte se sintió atraído por ella. Fue al verla cuando se planteó por primera vez el matrimonio que su madre tanto le insistía en concertar. Y aunque en aquel momento no sabía quién era ella, había pensando que la joven no sería una mala opción. Se había sorprendido al ver la entrega absoluta con la que Kenna le permitió romper su castidad antes del matrimonio, pero no pensó mucho en ello porque, después de todo, tendría que desposarla muy pronto. Y desde aquella primera vez, ya no pudo dejar de acudir a su cama cada noche. Pasaba el día deseando reencontrarse con ella para saciarse de su cuerpo, pero lo que no sabía era que estaban creando un vínculo más fuerte que el simple sexo porque cuando el deseo se veía satisfecho, no quería marcharse de la cama y abandonarla sin más. Se quedaba junto a ella hasta que la escuchaba dormir profundamente entre sus brazos. Las primeras noches Kenna se dormía rápido, pero poco a poco las horas de vigilia después de compartir el lecho se alargaban y aquello dio paso a otro tipo de relación entre ellos. Hablaban mucho y de todo. Casi sin darse cuenta, Conall empezó a compartir con ella sus inquietudes y sus esperanzas, los problemas del clan y los planes de futuro. Y Kenna lo escuchaba embelesada, pero también opinaba cuando creía que podía aportar algo. Poco a poco la unión física que había estado buscando por las noches, se volvió otra cosa. Era una necesidad de compartirlo todo con ella, lo bueno y lo malo. En esos pocos días que convivieron como si estuviesen ya casados, Conall descubrió que era lo que había estado buscando sin saberlo. Le gustaba que Kenna fuese esa mujer con la que compartiría el peso del gobierno del clan. Pronto olvidó que era una MacKay y la vio como a una Ross. Como la Ross más importante para él. Y ahora alguien se la había llevado.

-No creo que se haya querido ir –Fingal se acercó a él para hablar–. Hablé con ella un par de veces y no parecía que estuviese planeando cómo escapar. Realmente quería ser una Ross y que la aceptásemos como su señora.

-Lo quería –asintió, reafirmando así lo que había pensado.

-Esto no me huele bien, Conall –bajó la voz–. Y dudo que hayan sido los MacKay quienes se la hayan llevado. Roy es impulsivo, pero no haría nada para perjudicar a su clan.

-Si no fue él, ¿quién entonces?

-Uno de los nuestros –dijo en un susurro–. Aunque Kenna hacía lo imposible por encajar, sé que varios que estaban en contra del matrimonio.

-Mañana será la boda –negó–. Incluso si tienes razón, será imposible descubrir quién lo hizo y a dónde se la llevó. En este momento, Roy es la mejor baza que tenemos.

-¿Y si no fue él?

-Entonces habrá que inventarse algo para impedir que el enviado del rey sepa lo que está pasando. Si averigua que Kenna no está tendremos problemas más serios que ver quién es el culpable de su desaparición.

-La encontraremos antes de que pase eso.

El tiempo corría en su contra, pero sabía que harían lo imposible por dar con ella. Siempre había podido confiar en ellos, incluso cuando no era más que un muchacho de dieciséis años que acababa de ocupar el lugar de su padre al frente del clan. Nunca le habían fallado y estaba seguro de que no lo harían tampoco ese día. Sin embargo, en su mente empezaba a darle vueltas a la idea de Fingal. ¿Y si uno de los suyos la había hecho desaparecer? No quería pensar en lo que eso suponía porque no concebía la idea de que su gente albergase tal mal en su interior. No podía imaginar que un Ross fuese capaz de hacer daño a Kenna, incluso si odiaba a los MacKay. Su prometida era la joven más honesta y honrada que había conocido nunca y todo aquel que hubiese tenido trato con ella sabría que en su corazón no albergaba odio ni maldad. Quien hubiese sido capaz de hacer aquello, lo pagaría con la vida. Solo rogaba que no la hubiesen matado o ardería el infierno en vida.

Recorrieron al galope las largas millas que los separaban de las tierras de los MacKay y solo se detuvieron a media tarde para que los caballos descansasen y bebiesen de un arroyo cercano.

-Tal vez si nos separamos –sugirió Gavin– la encontremos antes.

-Si Roy la tiene –negó Conall– estarán ya en casa. No será necesario dividirnos.

-¿Y si no la ha llevado al castillo? –insistió–. Sería el lugar más evidente para buscar, Conall, piénsalo. Si tú quisieses evitar una boda, ¿te llevarías a la novia a su propia casa? La esconderías. Es más probable que la haya llevado a un convento, de donde no podrás sacarla si ella no quiere, o que la haya escondido en alguna aldea de los MacKay.

-Tiene su lógica –admitió Douglas–, pero si nos separamos ahora, seremos más vulnerables. Pronto entraremos en el feudo de los MacKay, seremos presas fáciles para ellos si nos ven. Sobre todo si descubren que hemos perdido a la hermana de su jefe.

-Si vamos por nuestra cuenta, pasaremos desapercibidos –Gavin no parecía dispuesto a desistir.

-No lo veo claro –dijo Keir–, pero haré lo que diga Conall. Por algo es el jefe.

-Todavía tenemos tiempo para decidir –no quería pensar en ello en ese momento–. Avanzaremos unas millas más.

-Como quieras –Gavin decidió no insistir más para que no notasen su excesivo interés en separarse. Tras recorrer un par de millas con ellos, se arrepintió de haberse ofrecido a acompañarlos. No lo pensó en su momento, pero no se podría encargar de la joven si estaban ellos presentes, así que había pensado convencerlos de separarse, pero no le habían concedido tampoco esa opción. Ahora tendría que pensar en otra cosa para evitar que la muchacha le dijese a Conall que había sido él quien la secuestró. Si acaso no la había encontrado ya su hermano o no se había muerto congelada.

-Continuemos unas cuantas millas –señaló Conall minutos después– antes de que la noche nos impida seguir. Luego decidiré si nos separamos o seguimos juntos.

Aunque la idea de recorrer más millas le parecía jugosa, el peligro les acecharía una vez traspasasen las fronteras de las tierras de los

Mackay. Y aunque encontrar a Kenna era una prioridad, no arriesgaría la vida de sus hombres para conseguirlo. Quería que todos volvieran a casa.

Cuando la noche comenzaba a hacer presencia la decisión dejó de tener importancia, pues una sombra se dibujó en el horizonte. Una pequeña y temblorosa sombra que supo distinguir incluso en la distancia.

-Kenna –gritó al verla. Mientras azuzaba a su caballo para darle alcance, vio cómo la joven se detenía unos segundos antes de echar a correr hacia él. Con aquel pequeño gesto Conall supo que su prometida no lo había abandonado. Lo que hubiese pasado para que acabase donde estaba era una incógnita que esperaba desenmarañar muy pronto, pero en ese mismo instante, lo único que quería era llegar a ella y abrazarla. Asegurarse de que estaba bien y de que quería estar con él. Nada más importaba ya.

-Conall –sollozó ella una vez en sus brazos–. Has venido a por mí.

-Siempre, Kenna –le prometió–. Siempre te encontraré.

-Yo no quería venir –le rogó incluso con la mirada–. No fui yo quien huyó, te lo juro. Yo no...

-Lo sé –la tranquilizó–. Sé que no has sido tú. Tranquila. Te prometo que lo solucionaremos. Si tu hermano...

-No ha sido él –lo interrumpió–. Ha sido... él... no sé quién ha sido, en realidad. Me cubrieron la cabeza con un saco y me dejaron en el fiordo de Dornoch.

Kenna había visto a Gavin entre sus rescatadores cuando estaba a punto de delatarlo y el miedo se apoderó de ella. Se abrazó con más fuerza a Conall buscando su protección inconscientemente y evitó mirar hacia el hombre, segura de que vería el mismo odio en sus ojos que cuando la dejó abandonada a su suerte un día antes.

-Encontraremos a los culpables –le prometió Conall– y lo pagarán caro.

Kenna se atrevió a mirar de soslayo a Gavin cuando Conall la subió a su caballo, pero no fue odio lo que vio en sus ojos, sino la determinación de quien la mataría si decidía abrir la boca. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y no fue por frío, aunque su

prometido así lo supuso porque la rodeó con los brazos y la cubrió con su propio plaid para que entrase en calor.

-A casa –dijo a sus compañeros.

A casa, pensó Kenna, con preocupación. ¿Qué pensaba hacer Gavin ahora que lo había desafiado al volver?

La boda

Aunque Kenna hubiese preferido dormir todo el día, nada pudo hacer para impedir que su doncella le exigiese que se levantase temprano para prepararse para la ceremonia nupcial.

El enviado especial del rey había llegado con las primeras luces del día y se había dirigido directamente a la alcoba que le habían preparado, sin querer ver a nadie hasta la boda. Había causado un gran revuelo y todos hablaban de él y de quién podría ser, porque no se había dejado ver el rostro.

A Kenna no le importaba lo más mínimo quién fuese, pues sus nervios estaban concentrados en la ceremonia. Y en averiguar si todos los Ross opinaban como Gavin. Por un momento había creído que empezaban a aceptarla como a su futura señora, pero ahora dudaba de que solo fuese por respeto hacia Conall. Le dolía pensar que hablasen a sus espaldas, recordando todavía que era una MacKay. La boda acabaría con aquella parte de su vida, pero nadie le aseguraba que fuese suficiente para los Ross. Si todavía la consideraban una enemiga, su vida allí sería un castigo. Realmente quería pertenecer al pueblo de Conall, no solo por la paz entre los clanes, sino porque lo amaba. Quería ser la mujer que él se merecía, aquella que le apoyase en todo y le ayudase, aunque solo fuese aligerando su estrés diario en el gobierno del clan escuchándolo. Quería ser la señora de los Ross, incluso si no olvidaba que una vez fue una MacKay. Quería que la respetasen por quién era y por cómo los trataba, no por ser la esposa del jefe, y estaba dispuesta a lograrlo así le llevase toda la vida.

-Peigi –se atrevió a hablar mientras la joven le recogía el cabello–, ¿crees que el pueblo me aceptará algún día?

-Ya lo hace –le aseguró su doncella.

-¿Estás segura de eso? Es que... a veces tengo la sensación de que solo fingen aceptarme porque seré la esposa de su jefe. Nadie querría contrariar a su señora.

-Desde que Conall os mostró el respeto que merecéis –le dijo Peigi–, el pueblo dejó de veros como a una enemiga. Si nuestro jefe

fue capaz de olvidar que erais una MacKay, nosotros podemos hacerlo también. Puede que haya uno o dos estúpidos que perseveren en su empeño de pensar que no sois bienvenida, pero realmente no cuentan para nada. La mayoría estamos encantados con vos, mi señora. Hemos podido ver que sois una gran mujer y que siempre os preocupáis por que todos estén bien. Eso es algo que no se puede fingir, así que os apreciamos por ello.

-Siempre sabes qué decir para animarme, Peigi –le sonrió.

-Solo digo la verdad, mi señora.

-Llámame Kenna, por favor.

-¿Habéis tenido algún percance con alguien? –le preguntó después– ¿Alguien os ha dicho o hecho algo? Porque si es así, deberíais hablar con Conall para que...

-No –la interrumpió–, nadie me ha hecho nada.

-¿Y por qué la pregunta?

-Porque estoy a punto de desposarme y quiero creer que este podrá ser mi hogar a partir de ahora.

-Ya es vuestro... ya es tu hogar, Kenna –se corrigió al ver la mirada de reproche de su señora.

-Sí –asintió deseando creer que Gavin no representaba al pueblo–. Es mi hogar.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su conversación y cuando Peigi abrió la puerta, impidió el paso a quien se había acercado a la alcoba.

-No podéis verla antes de la ceremonia –se quejó la joven –. Ya hablaréis con...

-No estaría aquí si no fuese importante, Peigi –distinguió la voz de Conall al otro lado de la puerta–. Déjame pasar.

-Déjalo pasar –corroboró Kenna nerviosa. Se había puesto en pie y se retorció las manos para intentar calmarse. Si su prometido estaba allí, tenía que ser grave.

-Esto no está bien –dijo Peigi dejándolos solos.

-¿Qué sucede? –Kenna se sentía ansiosa por saber lo que lo había traído hasta su alcoba antes de la ceremonia–. La boda sigue adelante, ¿verdad?

-Ha llegado un mensajero desde Varrich –no sabía cómo suavizar la noticia, así que optó por ser directo–. Ningún MacKay vendrá a la ceremonia. Tu hermano no vendrá.

-Oh, ya –se sentó al borde de la cama tratando de asimilar la noticia–. Bueno, creía que intentaría impedir la boda e iniciaría una nueva guerra, así que supongo que no asistir es mejor que lo otro.

-¿Estás bien? –se sentó a su lado.

-Mentiría si no dijese que estoy decepcionada –lo miró–, pero también lo haría si dijese que me sorprende. Roy no quería esta boda, es lógico que no acuda a ver cómo su hermana se convierte en una Ross. El odio no desaparece de la noche a la mañana, supongo. Es un proceso largo y lleva su tiempo.

Ahora no pensaba en su hermano, sino en Gavin y en los que todavía la verían como a una enemiga incluso si ese día se casaba con Conall.

-Caminaré siempre a tu lado –le prometió Conall–. Pase lo que pase, por muy duro que pueda llegar a ser, siempre estaré contigo, Kenna. Estamos a punto de iniciar el viaje hacia un futuro mejor para ambos clanes y lo haremos de la mano. Tú y yo contra todos, si es necesario.

-Tú y yo –le gustaba cómo sonaba eso.

-Tú y yo –asintió.

-De acuerdo –se levantó–. Hagámoslo.

-¿Ahora?

-La ceremonia, Conall –lo golpeó en el hombro al ver por dónde habían ido sus pensamientos.

-Qué aburrido –sonrió mientras le tomaba la mano entre las suyas y se la besaba–. Hay alguien ahí fuera que quiere ofrecerte algo.

-¿A mí? –lo miró con sorpresa– ¿Por qué?

-Ya lo verás.

Cuando salieron al pasillo, Douglas los estaba esperando. Parecía casi tan nervioso como lo estaba Kenna y no pudo evitar sonreírle al verlo.

-Mi señora –se inclinó ante ella–. En vista de que vuestro hermano es tan estúpido como para no querer presenciar vuestro enlace, me ofrezco a acompañaros hasta el altar, si me aceptáis.

-Ciertamente mi hermano es estúpido –sonrió, segura de que Douglas no había sido consciente del insulto al hablar – y estaré encantada de que seáis mi acompañante hasta el altar. No podría pensar en nadie mejor que vos.

-Lamento lo que he dicho –se disculpó–. Es la costumbre.

-No habéis faltado a la verdad –sonrió de nuevo.

-Me adelantaré –informó Conall–. Esperad unos minutos a que llegue a la iglesia y bajad después.

-Así lo haremos –asintió su amigo.

-Te esperaré ansioso –Conall se despidió de Kenna con un beso rápido y desapareció por el pasillo a grandes pasos.

-Me alegra ver que mi elección ha sido la acertada –una voz detrás de ellos hizo girar al mismo tiempo a Douglas y a Kenna–. Sabía que este matrimonio sería un éxito.

-Majestad –ambos se inclinaron ante él.

-Normalmente envió a otro en mi lugar para asegurarme de que se celebra el enlace, pero en vista de la reticencia de los MacKay, he pensado que debía ver con mis propios ojos que se cumplían mis órdenes –les explicó– ¿Acaso no os acompañará al altar vuestro hermano?

-Un compromiso de última hora le ha impedido venir –fue Douglas quien respondió–, pero ha enviado un mensajero con sus buenos deseos para la feliz pareja. Yo mismo me dispongo a acompañarla al altar, en su ausencia.

-Un compromiso de última hora –repitió el rey sin llegar a creerse la mentira–, cuán oportuno ha sido.

-Estoy segura de que habría preferido venir a mi boda –lo defendió Kenna. Cuando todo aquello terminase, pensaba tener unas cuantas palabras con su hermano, así tuviese que ir a Varrich personalmente.

-Claro, claro. Ya que vuestro hermano no está –dijo el rey – y con vuestro permiso, Douglas, me gustaría acompañar a la novia hasta el altar.

-Si a mi señora le parece bien, yo no pondré objeciones.

-Será un honor para mí ir del brazo del rey –se inclinó de nuevo ante él mientras hablaba. Aunque hubiese elegido a Douglas de poder

hacerlo, sabía que no había sido una sugerencia sino una orden. Nadie podría negarse a lo que el rey quería.

-Bien, pues. Adelante –le ofreció el antebrazo y Kenna se apoyó en él con una mano temblorosa–. Estáis hermosa, por cierto.

-Muchas gracias, majestad.

Douglas se adelantó para informar del cambio a Conall. Su amigo debía estar al tanto de la inesperada presencia del rey antes de que este apareciese en la iglesia con la novia a su lado.

Sin embargo, Conall solo tuvo ojos para Kenna en cuanto la tuvo delante. El vestido no era una sorpresa ya, pues lo había visto antes, pero ahora que estaban en el altar, era más real que pronto se convertiría en su esposa y el ansia por que eso pasase le ganaba a la curiosidad por saber el verdadero propósito de la visita del rey. Kenna era y sería siempre lo más importante para él.

-Tengo algo que decir antes de la ceremonia –la tomó de las manos y sonrió. Hablaba lo suficientemente bajo para que nadie más lo escuchase–. No quiero que creas que lo digo después por obligación, porque no es así.

-¿Debo preocuparme?

-Espero que no –sonrió más–. Te amo, Kenna. Y necesito que lo sepas antes de dar este paso. Quiero que no haya dudas sobre lo que siento y que no lo digo solo porque se supone que es lo que debo decir.

-Nadie te obligaría a decir algo así si no lo sientes, Conall –aunque pretendía responderle con las mismas palabras, la boca no colaboró con ella.

-Tampoco te obligaré a decirlo a ti si no lo sientes –usó su propio argumento con ella–. Solo quería que supieses que te amo.

A una señal suya, el párroco se acercó a ellos para iniciar la ceremonia. Kenna permaneció muda unos segundos, al comprender la transcendencia real de lo que Conall había dicho. La amaba. El hombre al que ella había entregado su corazón la amaba. No por obligación, sino por elección.

-También te amo, Conall –le dijo en un susurro.

El cura dio comienzo a la ceremonia y Conall se conformó con apretar su mano para demostrarle que la había oído. Aunque

deseaba tomarla entre sus brazos y besarla hasta que les faltase el aliento, se contuvo por la presencia del rey. De no haber estado el monarca, le habría importado más bien poco interrumpir la boda para expresar ante los suyos lo que las palabras de Kenna le habían hecho sentir.

-Yo, Conall, te tomo a ti, Kenna, como esposa –dijo en voz alta para que todos pudiesen oírlo– y me entrego a ti, y prometo amarte y serte fiel todos los días de mi vida. Te protegeré con mi espada y mi cuerpo, y cuidaré de ti y de los hijos que tengas a bien darme. Te escucharé también y te consolaré en los momentos de pena, y celebraremos juntos los momentos de alegría. Aquí y ahora soy tuyo y tu eres mía, hasta que la muerte nos separe.

-Yo, Kenna, te tomo a ti, Conall, como esposo –Kenna se emocionó al escuchar la vehemencia con que pronunció sus votos, y una pequeña lágrima descendió por su mejilla cuando fue su turno–. Me entrego a ti, y prometo amarte y serte fiel todos los días de mi vida. Cuidaré de ti y de los hijos que tengamos con amor y devoción. Te escucharé y consolaré en los momentos de pena, y celebraremos los momentos de alegría, que espero que sean muchos. Aquí y ahora soy tuya y tú eres mío, hasta que la muerte nos separe. Te amo.

-Te amo –repitió Conall, eufórico como no habría creído que estaría el día de su boda con una MacKay. Antes de que le diesen permiso para besarla, la tomó en sus brazos y selló aquel compromiso con sus labios.

-Por el poder que me ha sido concedido –dijo el párroco–por la Santa Iglesia, yo os declaro marido y mujer. Podéis besar a la novia. Las risas precedieron a los vítores y Kenna supo que Peigi tenía razón: la mayoría de los Ross ya la habían aceptado.

-Enhorabuena a la pareja –el rey se acercó a felicitarlos–. Veo que habéis sabido olvidar las viejas rencillas en aras de un futuro en paz.

-Me lo habéis puesto fácil con Kenna, majestad. Imposible odiar a una mujer tan increíble, que se ha sacrificado por el bien de ambos clanes.

-Yo no lo llamaría sacrificio ahora –se ruborizó–. Aunque en su momento lo pensé. Conocer a mi esposo me ayudó a ver que este

matrimonio no tenía por qué ser malo.

-Ningún matrimonio lo es si se llega al entendimiento –les dijo el rey, satisfecho con lo que veía en ellos–. Aunque yo diría que aquí hay más que eso.

El rubor de Kenna se intensificó, pero Conall no dudó en rodearla con el brazo para dar consistencia a la suposición del rey. Ahora que sabía que Kenna también lo amaba, no ocultaría más lo que realmente sentía por ella. Había sido afortunado en su matrimonio, pues no todos los enlaces pactados acababan en amor, y menos cuando el odio era tan profundo como el que había entre los MacKay y los Ross.

El banquete los esperaba en el gran salón. Lady Innes se había encargado de reordenar la mesa principal para que el rey estuviese al frente, incluso si era el día especial de los señores del castillo, y Conall se lo agradeció con una inclinación de cabeza. La mujer se acercó a él y lo abrazó.

-Me alegro tanto de que hayas visto el tesoro que tienes por esposa, hijo mío. Has sabido proporcionarle el lugar que merece junto a ti y no podría estar más orgullosa. Sé que seréis muy felices juntos.

-Gracias –le sonrió–. Por haber cuidado de ella por mí.

-Te comportaste como un tonto con ella, pero bien está lo que bien acaba –le restó importancia–. Ve con ella y con el rey. Hablaremos después.

-Disculpadme, majestad –Kenna se sintió mal de repente y salió fuera a tomar el aire. Un mareo se apoderó de ella y terminó vomitando lo poco que había podido ingerir por la mañana. Los nervios no eran buenos compañeros, pero no había podido evitarlos. Esperaba que ahora que había vaciado su estómago, pudiese disfrutar del banquete y de haberse convertido en la esposa de Conall.

-Enhorabuena por el enlace, mi señora.

Por un momento, Kenna no se atrevió a girarse, pues bien sabía quién le había hablado. Jamás olvidaría aquella voz por más que lo intentase. Recompuso su rostro y lo miró con determinación.

-Gracias, Gavin. Sois muy amable.

-No penséis ni por un momento –la amenazó– que por no haberme delatado seremos amigos, lady Kenna.

-Nunca podría ser amiga de alguien que me aborrece –le respondió ella–. Pero no os equivoquéis vos, Gavin, si no os he delatado fue por mi esposo, no por vos. Sé que os tiene en gran estima y no se merece el dolor que vuestra traición le causaría.

-Vuestra traición será peor para él –la acusó.

-No voy a traicionar a mi esposo –se defendió–. Lo amo.

-Eso es lo que pretendéis que todo el mundo se crea –se acercó a ella y Kenna retrocedió con miedo a que pudiese hacerle daño. Allí no había nadie más que ellos dos–. Pero yo no soy tan fácil de engañar.

-No estoy engañando a nadie, Gavin –recuperó parte del espacio que había perdido–. No os tengo miedo, pues no estoy haciendo nada malo. Solo os diré esto una vez, así que prestad atención: manteneos lo más lejos posible de mí porque podría decidir cambiar de opinión y contárselo todo a Conall si lo veo necesario.

-No os conviene amenazarme.

-Y a vos no os conviene contrariarme.

Dicho aquello, rebasó al hombre y prácticamente corrió al interior del castillo, demostrándole así que había mentido en cuanto a no tenerle miedo. Gavin era mucho más alto y fuerte, si decidía hacerle daño no podría impedirselo. Y eso la aterrorizaba. No había querido contárselo a Conall para evitar conflictos entre los Ross, pero si el hombre la seguía rondando y se sentía amenazada por él, no podría ocultárselo por más tiempo. Si su vida corría peligro, se lo contaría todo a su esposo.

Una intervención a tiempo

La celebración continuó hasta bien entrada la noche y los Ross no parecían dispuestos a abandonar el salón todavía. Conall, en cambio, decidió que era hora de llevar a Kenna a la alcoba cuando la vio bostezar por tercera vez.

-Si lo prefieres –le susurró–, podemos escabullirnos para que nadie nos vea o nos acompañarán y harán bromas al respecto. Hemos adelantado la noche de bodas, pero eso no los va a persuadir de completar el ritual.

-¿Es que acaso lo saben? –la vergüenza se apoderó de ella al pensarlo.

-Quizá no con certeza, pero nuestro cambio de actitud les ha debido dar una pista –sonrió por lo encantadora que se veía con aquel rubor en las mejillas–. Y las sábanas con sangre que alguna sirvienta habrá retirado aquel día por la mañana también.

-Oh, dios santo –ocultó el rostro contra el pecho de Conall –. Ni siquiera había pensado en eso.

-No te martirices, Kenna. Era algo inevitable.

-Pero estábamos pecando, Conall.

-No es pecado si después hay boda –rió–. Entonces, ¿nos escabullimos o prefieres que nos acompañen?

-Mejor que no sepan que nos vamos.

-De acuerdo.

Conall buscó la mejor forma de sacar a su esposa de aquel salón sin que nadie advirtiese su ausencia y aunque no lo logró del todo, fue Douglas quien los descubrió.

-Yo os cubro –les dijo, cuando vio lo que pretendían hacer –. Pero me debes una, Conall. Los hombres esperaban el acompañamiento con muchas ganas.

-Muchas gracias, Douglas –le respondió Kenna.

-Esto compensará el no haber podido llevaros al altar –le sonrió él.

También el rey, que se enteraba de todo, los vio marchar, confirmando así sus sospechas de que habían arreglado sus

diferencias en la cama. Poco después, también él se retiró. Desde que había sido coronado rey de Escocia, no solía abandonar la Corte y se había desacostumbrado a la montura. Incluso el carruaje cerrado le resultaba una gran molestia, pero no había querido enviar a nadie a aquella boda. La forma en que Roy MacKay se había opuesto a la unión de los clanes por medio del matrimonio aseguraba un conflicto mayor entre ellos y había decidido acudir a la ceremonia personalmente a comprobar si se equivocaba en sus apreciaciones. Que el joven jefe de los MacKay no hubiese aparecido le decía que tendría que vigilarlo muy de cerca durante un tiempo.

-¿ Todo bien, majestad? –le preguntó su ayuda de cámara mientras le ayudaba a desvestirse.

-Ha sido una boda espléndida, George. Pocas veces se ve tanto amor en una pareja unida por intereses políticos –le dijo—. He de decir que me alegro por ellos. Son jóvenes e idealistas, se merecen un poco de amor en sus vidas. Los viejos somos más prácticos, ¿no es así, George?

-Desde luego, majestad.

-Cuando regresemos a casa, recuérdame que he de hablar inmediatamente con Archibald, George.

-Así lo haré, su majestad –se inclinó en una reverencia—. Si no me necesitáis para nada más, me retiraré ya.

-Claro, buenas noches, George.

-Buen descanso, majestad.

Pero el descanso fue efímero porque unas horas antes del amanecer, la alarma saltó desde las almenas del castillo.

-Los MacKay nos atacan –gritaba alguien, a quien pronto secundaron otros más—. A las armas, nos atacan.

Kenna se despertó asustada al escuchar los gritos y Conall la abrazó por un momento antes de ponerse en pie para vestirse. Su esposa cubrió su desnudez con el camisón y lo observó en silencio mientras se armaba con su espada.

Una arcada se apoderó de ella de repente y vació todo el contenido de su estómago en el suelo. Conall corrió hacia ella para comprobar que estuviese bien y Kenna le restó importancia.

-Solo son nervios. No puedo creerme lo que está a punto de hacer Roy. ¿Crees que realmente nos está atacando? –le preguntó– ¿No puede haberse arrepentido de no haber venido a mi boda y lo hace ahora?

-Eso intentaré averiguar –le dijo–. Vístete y baja al salón. Yo iré en cuanto sepa algo más.

-Espero que solo se trate de un malentendido –rogó.

-Y yo, mi amor –la abrazó y dejó un beso en su frente–. Ve al salón. Me reuniré contigo allí. Y relájate, no quiero que enfermes por culpa de los nervios. Todo estará bien, te lo prometo.

Kenna obedeció. Rogaba en silencio para que su hermano no fuese tan insensato como para atacar a los Ross un día después de su boda con Conall. Ese sería un desafío a la corona que el rey no pasaría por alto. Y aunque quisiesen ocultárselo por el bien de Roy si todo acababa bien, ya no tendrían esa posibilidad porque el monarca dormía bajo aquel mismo techo. Era imposible que no hubiese oído los gritos de los vigías.

-Lady Kenna –la saludó el rey al cruzarse en los pasillos–, parece que vuestro hermano ha decidido venir a visitaros, después de todo. Me pregunto qué intenciones trae. Por lo que he oído, bien podrían ser hostiles.

-Estoy segura de que ha sido un malentendido.

-Eso espero, querida. Por su propio bien, eso espero.

-Majestad –se atrevió a enfrentarlo–, sé que no soy nadie para pedir os nada, pero os rogaría que, en caso de que mi hermano haya venido en actitud belicosa, si recapacitase, no lo castigáis muy duramente. Roy cree que así me está protegiendo de un destino funesto. Todo esto es por mi culpa y...

-No, querida Kenna –la interrumpió–. Jamás os culpéis de las decisiones que otros toman, ni siquiera si os afectan a vos. Todos somos libres para elegir qué batallas librar y cuales abandonar. Vuestro hermano alberga demasiado odio en su corazón y no ve lo que vuestro matrimonio le aportará a su clan. Aunque recapacitase y se retirase, no puedo mantenerme al margen. Ha de ser castigado.

-¿Para servir de ejemplo a aquellos que quieran desafiar vuestros... deseos?

-No son caprichos, lady Kenna –el rey supo adivinar lo que había pensado–. La unión de un país es lo que hace que este sea fuerte. No la cantidad de tropas que tenga, sino lo cohesionados que luchan. Un pequeño ejército de mil hombres podría abatir a otro de cinco mil sin problema, si saben trabajar en equipo. ¿Creéis realmente que vuestro hermano colaboraría con vuestro esposo en la batalla o le salvaría la vida de ser necesario? ¿Creéis que obedecería sus órdenes si yo pusiese a Conall al mando? Las rencillas personales dividen al grupo y lo hacen vulnerable. No me puedo permitir perder a mis tropas desde dentro. Sería la ruina del país.

-Lo entiendo.

-Pero os preocupa vuestro hermano –terminó por ella.

-Así es.

-No puedo prometeros que no lo castigue –la tomó de la mano con suavidad–, pero intentaré que sea su orgullo el perjudicado y no su gente.

-Gracias, majestad –se inclinó ante él. No había logrado el perdón absoluto para su hermano, pero al menos seguiría al frente del clan. Poco después Conall hizo acto de presencia en el salón y Kenna supo, solo con verle la cara, que su hermano había cometido la insensatez de atacarlos estando el rey en el castillo.

-Iré con vos, Conall –se ofreció el rey.

-Podría ser peligroso, majestad.

-Si me ve, es muy posible que no haya enfrentamiento –insistió–. Me gustaría evitar el derramamiento de sangre innecesario.

-Así sea pues –le concedió Conall.

-Bien, haré que mis hombres se preparen.

-Conall –Kenna lo llamó cuando este se disponía a seguir al rey–. Sé que lo que está haciendo mi hermano está mal y entiendo que vayas a defender nuestras tierras, pero te pediría, por favor, que no lo mates. Sé que pensarás que se lo merece, pero es la única familia que me queda y...

-Nosotros somos tu familia ahora.

-Lo sé, pero... –se le apagó la voz sin poder terminar.

-Te juro que no morirá por mi mano –le acarició la mejilla con cariño–, pero no puedo prometerte que los demás no vayan a por él si se les presenta la oportunidad.

-Me conformo con que no seas tú –le concedió, aunque le hubiese gustado saber que los hombres de su esposo no lo matarían tampoco. Por más terco y testarudo que Roy fuese, seguía siendo su hermano y todavía lo quería. No soportaría saberlo muerto.

-Todo saldrá bien –la abrazó–. El rey irá con nosotros y no creo que tu hermano quiera enfrentarse a él cara a cara. Es probable que no haya lucha esta vez.

-Ten cuidado, Conall –le rogó–. Y vuelve conmigo.

-Siempre –la besó antes de salir del salón.

Innes, que se había mantenido al margen, se acercó ahora a ella y la abrazó para consolarla. Kenna se encontraba en una situación complicada, en medio de sus dos amores, y no la envidiaba.

-Vamos –la guió hacia su alcoba–, ve a descansar un poco. No tienes buena cara, Kenna.

-Estoy preocupada –admitió.

-Todo saldrá bien. Mi hijo es un hombre sensato y con el rey de su parte, tu hermano no se atreverá a atacar.

-Eso espero.

En cuanto Kenna se quedó sola en su alcoba, los nervios la obligaron a salir de nuevo y buscar refugio en el parapeto donde Conall y ella habían compartido el primer beso y en el que solían dar las buenas noches al día. Habían hecho de aquel ritual una costumbre y aprovechaban las horas para hablar de todo y de nada, hasta que caía la noche y debían regresar a su alcoba.

Sin embargo, no llegó a alcanzar el parapeto porque unos pasos detrás de ella le indicaron que alguien la seguía y ni siquiera se guardaba de ser descubierto. Cuando dirigió la mirada hacia atrás vio a Gavin, que se acercaba a ella con paso rápido. Le entró el pánico y comenzó a correr. Sabía que estaba sola y que nadie acudiría en su ayuda.

-No lo hagáis, Gavin –le gritó, sin frenar su paso–. Estaréis firmando vuestra sentencia de muerte.

-Esta vez no os dejaré con vida para que Conall pueda dar con vos –la amenazó– y me encargará de que crea que ha sido vuestro hermano quien os ha secuestrado. Pensarán que la batalla no ha sido más que un señuelo.

-Gavin, yo no soy vuestro enemigo –giró a la derecha, solo para descubrir que el camino se terminaba allí. Ella sola se había acorralado–. Ahora soy una Ross.

-Que os hayáis casado con Conall no os convierte en una de los nuestros –le dijo con rabia–. Me amenazasteis ayer y ahora pagaréis por ello.

-No os delaté –dijo histérica–. Pude haberle dicho a Conall que vos me dejasteis en el fiordo a mi suerte, pero no lo hice. No os...

-Jamás me fiaré de una MacKay –desenvainó la espada al hablar–. Solo sois una ramera y os daré lo que merecéis.

Kenna cerró los ojos esperando sentir el filo de la espada en su carne, pero lo que oyó fue el entrechocar del metal. Abrió los ojos y vio que Keir había detenido la espada de Gavin y ahora luchaba con él para desarmarlo. Se alejó de la refriega y esperó a que terminase, esperando que fuese el más joven el que venciese.

-¿No deberías estar con tu señor? –le recriminó Gavin.

-Sabía que un Ross había intentado deshacerse de Kenna y me pidió que la protegiese. Sabia decisión la suya, ¿no crees, Gavin? ¿Por qué lo haces? Kenna es ahora una Ross y la esposa de Conall. Lo que has intentado hacer es una traición imperdonable.

-Ella no es ni será nunca una Ross –Gavin lo atacó con ira y Keir lo aprovechó para esquivarlo con más facilidad.

-Entre tú y Roy MacKay no hay mucha diferencia –lo picó–. Ambos queréis la ruina de vuestros clanes.

-No me compares con esa rata.

-No te comportes como él –miró hacia Kenna un segundo –. No os ofendáis, mi señora. Él es la rata, no vos, aunque seáis hermanos.

-Todos los MacKay son ratas –bramó Gavin atacándolo de nuevo.

El joven de cabello oscuro lo esquivó sin dificultad y luego lo golpeó con la empuñadura de su espada en la nuca. El hombre cayó al suelo inconsciente. Kenna permaneció en la esquina donde se había refugiado, mirando su cuerpo inmóvil.

-¿Estáis bien, mi señora? –Keir se acercó a ella y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

-Quería matarme –dijo, sin acabar de creérselo.

-Hay personas que no saben dejar ir el odio –le respondió Keir–. No nos juzguéis a todos con el mismo baremo, mi señora. Hace tiempo que los Ross os hemos aceptado.

-Lo sé –le sonrió agradecida por la ayuda–, pero es bueno escucharlo en boca de un Ross.

-Haréis más que eso, mi señora. Lo veréis día a día. Gavin es solo un viejo atrapado en su propia red de odio.

-¿Qué será de él?

-Conall se encargará de su castigo. Por el momento se irá a las celdas a reflexionar.

-Procurad que tenga comida y agua suficiente –le pidió–. Y llevadle algunas mantas extra.

-Tenéis un corazón de oro –la admiró por su capacidad de perdón–. Cualquiera otra estaría pidiendo su cabeza.

-Suerte que no soy cualquier otra, pues.

-Gavin no os lo agradecerá –le recordó.

-No lo hago por eso.

-Os acompañaré a vuestros aposentos.

-No es necesario –se negó–. Llevaos a Gavin y ocupaos de él. Yo estoy bien.

Horas más tarde, divisó desde el parapeto el regreso del ejército de Conall con este al frente, cabalgando junto al rey. Bajó las escaleras tan rápido como se lo permitió el vestido y una vez fuera, corrió hacia ellos, ignorando las advertencias de los guardias. Cuando Conall la descubrió, azuzó a su caballo para llegar antes a ella. A falta de unos metros, saltó de su montura y recorrió a pie la distancia que los separaba. Cuando Kenna se lanzó a sus brazos, ya estaba preparado para recibirla.

-¿A qué viene esta bienvenida? –le preguntó después de besarla–. No es que me queje, pero ¿ha pasado algo?

-Has vuelto –lo abrazó– y eso es lo único que importa.

Conall le devolvió el abrazo, pero se propuso averiguar lo que había pasado en su ausencia. Algo había perturbado a Kenna y sabía

exactamente a quién tenía que preguntarle sobre eso.

Decisiones

Conall reunió en el salón a sus hombres de confianza para contarle a Kenna lo que había pasado con su hermano. Y también pretendía averiguar lo que había asustado tanto a su esposa, preguntándose directamente a Keir. Había dejado a su amigo en Ross para que la protegiese porque todavía no habían encontrado a los culpables de que su esposa acabase a muchas millas de distancia de su nuevo hogar, medio desnuda y con un simple plaid para soportar las inclemencias del tiempo. No era algo que se pudiese ignorar y pensó que Keir, que sabía pasar desapercibido si así lo quería, era el hombre perfecto para vigilar. No sabía lo que había pasado, pero estaba claro que había hecho bien al asignarle aquel encargo.

-¿Dónde está Gavin? –preguntó al notar su ausencia. No era un miembro oficial de su círculo de allegados, pero le gustaba tenerlo cerca para discutir algunos asuntos de los que él, como antiguo compañero de su padre, conocía. El resto de hombres de confianza del anterior jefe se habían retirado y ya no podía contar con ellos, pero Gavin había estado a su lado en los diez años que llevaba ocupando el puesto y siempre había sabido aconsejarlo sabiamente en muchos temas.

-Está ocupado reflexionando sobre cómo se debe tratar a las damas –respondió Keir-. En los calabozos.

-¿Qué ha pasado? –imaginaba que había molestado a una de las sirvientas del castillo, pues no era la primera vez. Se había vuelto demasiado atrevido con ellas con el paso de los años y a algunas las había increpado mucho más allá de lo decoroso. Ya había tenido que hablar con él en más de una ocasión, pero había creído que la última había sido la definitiva. Al parecer, se había equivocado– ¿Quién ha sido la víctima esta vez?

-Tu esposa –sentenció Keir.

-¿Qué? –por un momento, la mente de Conall formó una imagen de Gavin sobre su esposa, intentando propasarse con ella y la ira lo inundó. Hasta el momento no se había atrevido con mujeres casadas, pero ir tras su señora era demasiado hasta para él.

-Debes entenderlo, Conall –lo excusó Kenna–. El odio que alberga hacia los MacKay no le deja razonar con claridad. Estaba ofuscado por mi presencia aquí y creyó que había tenido algo que ver con el ataque de mi hermano...

-Fue el que te abandonó en el fiordo a tu suerte –vociferó Conall comprendiéndolo de golpe. Le dolía saber que uno de los hombres en quien más confiaba fuese capaz de tal acto cobarde, pero que su esposa lo hubiese callado y aún ahora lo estuviese defendiendo le parecía infinitamente peor. Admiraba la capacidad de perdonar de Kenna, pero no podía ignorar el hecho de que Gavin la había puesto en peligro– ¿Por qué no me lo dijiste, Kenna?

-Sé cuánto confías en él y no quería...

-Ningún hombre de este clan estará nunca por encima de la vida de mi esposa –la interrumpió–. No importa quién sea, Kenna, si te amenaza debes contármelo. No te podré defender si ignoro el peligro que te acecha.

-No creí que llegase tan lejos –admitió a desgana–. Pensé que después de la boda comprendería que no pretendo traicionarte y que soy una Ross ahora, pero parece que el odio ganó. Si no hubiese sido por Keir...

No terminó la frase, pero todos entendieron la intención de la misma. Conall la atrajo y la sostuvo entre sus brazos. Pensar en que podría haberla perdido de no pedirle a Keir que la protegiese le oprimía el corazón.

-Gavin ni siquiera me vio cuando los seguí –explicó Keir–. Al principio pensé que estaba preocupado por ella y que solo quería protegerla, pero al ver cómo huía Kenna de él supe que había sido él quien la abandonó en el fiordo. Es probable que Kenna hubiese muerto si no la hubiésemos encontrado tan rápido. Hizo bien en caminar de regreso a Ross, porque no habría sobrevivido a la intemperie. Casi la condena a muerte ese día y como no lo logró, lo intentó de nuevo.

-Gavin solo pretendía evitar la boda –habló Kenna–. Solo esperaba que mi hermano me encontrase de camino a la boda y que me llevase con los MacKay y me escondiese hasta que Conall encontrase otra esposa.

-Ni se molestó en asegurarse de que tu hermano fuese a pasar por allí, Kenna –replicó su esposo–. Habrías muerto si no te hubiésemos estado buscando nosotros porque tu hermano ni apareció. No lo excuses porque no lo merece.

-No lo excuso, Conall, pero creo en la redención...

-¿La que le hizo intentar mataros de nuevo? –dijo Keir–. Porque esa segunda vez no pensaba devolveros a vuestro hermano, mi señora.

-Lo sé –admitió apenada–. Para eso no tengo excusa. Me dolió ver que todavía no confiaba en mí.

-No es culpa tuya –Conall la abrazó–. No puedes controlar los sentimientos de la gente ni hacer que cambien.

-¿Qué pasó con mi hermano? –Kenna necesitaba cambiar de conversación porque todavía se ponía a temblar cada vez que recordaba que había estado a punto de morir y no quería seguir hablando de ello– ¿Hubo lucha? ¿Estáis todos bien?

-Vuestro hermano ha actuado inteligentemente al verme –fue el rey quien respondió entonces, aun cuando había permanecido en silencio hasta el momento escuchando lo que decían sobre Gavin–. Hubo una negociación y accedió a pagar una pequeña multa por su imprudencia.

-Habéis sido muy magnánimo –le agradeció haber tenido en cuenta su petición.

-También ha tenido que felicitar a vuestro esposo por el casamiento ante todos los hombres de ambos clanes, alto y claro para que le oyesen –sonrió, satisfecho de su idea–. Y he obtenido la promesa de que acudirá al bautizo de, al menos, vuestro primer vástago, al que deberá apadrinar. Creo que ha sido un castigo justo, ¿no os parece?

-Más que justo, majestad –inclinó la cabeza hacia él–. Os agradezco que no lo hayáis enviado a la cárcel por esto.

-Si obviamos las rencillas con los Ross, el clan MacKay es sin duda un gran aliado y vuestro hermano un buen líder. Odiaría la idea de desperdiciar su talento para la guerra –el rey dio a entender, de ese modo, que no lo había hecho por ella sino por sus propios intereses, pero no le importó la razón de su benevolencia, pues ella solo quería saberlo libre y al frente del clan–. Ahora solo falta saber qué

vais a hacer con vuestro hombre, Conall. Si he entendido bien, ha intentado matar a su señora. Esa es una falta grave.

-Lo es, sin duda –Conall no quería decidir nada antes de hablar con él, por lo que fue cauto con su respuesta– y no quedará sin castigo, pero he de pensarlo bien primero.

-Si no sabéis qué hacer con él –sugirió–, enviaré barcos a Francia en breve y siempre estoy falto de marineros. Tal vez unos años lejos de su hogar le hagan recapacitar.

-Os agradezco el ofrecimiento, majestad. Hablaré con él y os haré saber si enviarlo lejos es lo mejor –no se quería comprometer a algo de lo que luego se arrepintiese.

Conall había oído las condiciones en que malvivían en alta mar los marineros y presentía que Gavin no aguantaría en un barco mucho tiempo. Si lo enviaba a Francia era muy probable que no volvieran a saber de él. Antes de tomar semejante decisión, necesitaba entender por qué lo había traicionado, por qué odiaba tanto a su esposa cuando ella había demostrado tener un gran corazón vacío de odio.

-Conall –Kenna lo siguió cuando se disponía a bajar a los calabozos–, por favor, no lo envíes a Francia.

-Ser líder de un clan implica tomar decisiones difíciles –le dijo– y en este caso estoy a punto de hacerlo con Gavin. No me gustaría tener que mandarlo al mar, pero tampoco me puedo arriesgar a que intente matarte de nuevo. Si no acepta que ahora seas una Ross, no puede quedarse aquí.

-Será su muerte.

-Si debo elegir entre su vida o la tuya, Kenna –le acarició la mejilla–, siempre ganarás tú.

-No quería que pasase esto. Te mentí aquella primera vez porque quería evitarle problemas y eso casi me cuesta la vida después. Me hubiese gustado tanto que cambiase de opinión respecto a mí. Quería demostrarle que nunca os traicionaré y que podía confiar en mí –lo miró con pena–, pero su odio ganó. Me duele haber llegado a esto.

-Más me dolerá a mí enviarlo a una muerte segura en el mar –le aseguró–, pero no puedo permitir que atente de nuevo contra ti.

Ahora eres su señora y si no lo acepta, no podrá seguir en Ross.

-Me sentiré culpable de su muerte –le confesó.

-El único culpable de su destino será él, Kenna. Sus actos y sus intenciones tienen consecuencias y son estas las que lo llevarán a una muerte segura si no se arrepiente de lo que ha intentado hacer. Jamás te sientas culpable de los actos de los demás. No puedes cambiar a un hombre que no desea hacerlo.

-Supongo que tienes razón.

-La tengo –le acarició la mejilla y depositó un beso en sus labios, que los dejó con ganas de más a ambos–. Ve arriba y me reuniré contigo en cuanto hable con Gavin.

-Intenta no ser muy duro con él –a pesar de lo que había hecho, Kenna seguía deseando que el hombre cambiase y no tuviesen que enviarlo lejos.

-Haré lo que sea necesario.

Conall bajó a los calabozos deseando encontrarse con un Gavin arrepentido, pero la decepción le golpeó con fuerza una vez más.

-Dile a la MacKay que no lavará su conciencia trayéndome comida y mantas. Sé lo que pretende y no podrá conmigo.

Las mantas permanecían dobladas junto a la puerta de la celda y la comida estaba intacta. Gavin se había sentado a una distancia considerable de la entrada, como si quisiese desaparecer en la oscuridad del fondo de la celda.

-Gavin –se acercó con un taburete para sentarse junto a él–, estás equivocado con Kenna. Ella no es una traidora.

-Eso es lo que quiere que creas, Conall. No te puedes fiar de ningún MacKay. Todos son mentirosos y asesinos.

-Sé que aceptar que habrá paz con ellos ahora es difícil –intentó explicarle–, pero no podemos cerrarnos al cambio solo porque en el pasado haya sido de otra forma.

-Te traicionaré, Conall –insistió–. No importan sus buenas intenciones ahora porque te traionará igualmente. Es la sangre lo que cuenta y acabará regresando con los suyos.

-Ella nos ha traído la paz. Ahora es una Ross. Su sitio está aquí, con nosotros.

-He visto morir a demasiados Ross –negó Gavin– y sé que nada ha cambiado por haberte casado con una MacKay. El hermano no ha venido a la boda, ¿no? Pero se trajo al día siguiente un ejército a las puertas del castillo. ¿No ves lo que pasa? Estaba planificado así. Pretendía llevársela tras la boda para que no pudieses tener descendencia con ella ni casarte con otra. Condenaría a los Ross a la extinción.

-Lo que dices no tiene sentido, Gavin. De haberlo querido así, habría acudido a la ceremonia y se la habría llevado antes de la noche de bodas. Aunque lo hiciese después...

-Te habría privado de tu heredero –sentenció el hombre–. Más cruel todavía. Lo habría criado como a un MacKay.

-No lo habría permitido –negó–. Y el rey mucho menos.

-Pobre iluso –Gavin hablaba con pena, como si confiar en Kenna fuese la peor de las decisiones.

-Aunque hubiese sido así –insistió–. Aunque se hubiesen quedado con mi hijo, otro Ross ocuparía mi lugar. El clan no desaparecería. ¿No ves que nada de lo que dices tiene sentido? No te dejes cegar por un odio irracional, Gavin.

-Tú eres el ciego –le recriminó–. Has visto una cara bonita y has dejado de pensar con claridad.

-Gavin –se acercó más a la reja–, dame algo a lo que me pueda aferrar para no enviarte lejos. Has servido siempre bien a mi padre y a mí después de él. No quisiera que tus días acabasen lejos del hogar, pero no puedo permitir que sigas aquí si ves en tu señora al enemigo.

-En lo que a mí concierne, no tengo señora.

Conall agachó la cabeza en señal de derrota y abandonó el calabozo sin mediar palabra. Parecía imposible razonar con Gavin y su decisión se hacía más difícil todavía. Sabía lo que tenía que hacer, pero lo sentía como una traición a todo lo que su padre le había enseñado, a todo lo que el hombre entre rejas había hecho por él. Y sin embargo, no podía permitir que continuase en Ross cuando la vida de su esposa corría peligro.

Después de que el último intento de Roy de seguir con la lucha fracasase y la paz estuviese más cerca que nunca, la amenaza

contra la vida de Kenna solo podía hacer que la tregua peligrase. Aunque le debiese mucho a Gavin, no se podía quedar en Ross ya.

-No hay otra opción, pues –dijo Douglas en la reunión a puerta cerrada que estaban manteniendo los cuatro.

-Aquí no se puede quedar –aseguró Conall–. Y que siga en Escocia es igualmente peligroso, me temo. Aunque se me ocurriese desterrarlo, nada le impediría venir a por ella.

-Vi locura en sus ojos cuando intentó matar a Kenna –dijo Keir–. Mientras crea que tiene una posibilidad de hacerlo, no dejará de intentarlo. Estaba dispuesto a pasar sobre mí para llegar hasta ella.

-Se le ha ido la cabeza –Fingal parecía decepcionado, pero sobre todo, estaba furioso–. Confiábamos en él y estuvo a punto de matar a nuestra señora. Puede que tampoco yo viese con buenos ojos este compromiso al principio, pero Kenna nos ha demostrado ya que no es ninguna traidora. Ha renunciado a todo para darnos la paz con los MacKay. ¿Qué más pretende Gavin que haga para aceptarla como a una de los nuestros?

-Me temo que nunca la verá como a una Ross –sentenció Douglas–. Creo que la habría matado cuando fuimos a por ella cuando desapareció si nos hubiésemos dividido como sugirió. Seguramente se arrepintió de haberla dejado con vida y nos acompañó para acabar el trabajo. Que lo hagas en el calor del momento, puedo llegar a entenderlo por el odio que siempre ha habido entre los Ross y los MacKay, pero pretender acabar con la vida de una mujer inocente a sangre fría... no puedo disculparlo por eso. No puedo.

-Entonces, estamos de acuerdo –repitió Conall–. Gavin se tiene que ir.

-A Francia –aseguró Keir–. Él solo se lo ha buscado.

-Sea pues –asintió Conall–. Hablaré con el rey.

Jacobo había decidido esperar un día más para conocer el veredicto de Conall sobre el hombre que había atentado contra su esposa. Estaba convencido de que su decisión sería la prueba indiscutible de cuán comprometido estaba con la paz que había buscado con aquel matrimonio, y quería ser testigo de ello. El castigo estaba claro para él: Gavin se había ganado el destierro con sus terribles actos. Pero ahora tenía que ver si Conall opinaba igual.

-Majestad –el jefe de los Ross se acercó a él para anunciar su decisión y Jacobo supo inmediatamente que lo haría. El hombre sería enviado a Francia en sus barcos– ¿Podemos hablar en privado?

Kenna vio cómo ambos hombres se encerraban a solas y también supo lo que pasaría a continuación. Y aunque se había repetido mil y una veces que no era culpa suya, así se sentía. Creía que por ser una MacKay había condenado a muerte a un Ross, incluso sin pretenderlo. Su enlace con Conall, al parecer, no sería el último sacrificio que el clan haría y se sintió decepcionada por ello. Salió al patio para respirar aire fresco e intentar no pensar en ello, pero solo consiguió que las lágrimas empañasen sus ojos.

Se sentía más sensible por todo desde hacía varios días y su estómago parecía dispuesto a vaciarse en el momento menos indicado. Su madre no había tenido la ocasión de hablarle del tema antes de morir, pero se hacía una ligera idea de a qué se debía su malestar. Sabía cuáles eran las consecuencias de lo que habían estado haciendo Conall y ella en la cama, y aunque estaba emocionada, también se sentía preocupada. Y tenía miedo porque, aunque Gavin había sido el único en mostrarse tan abiertamente en su contra, temía que hubiese más que opinasen como él. ¿Y si corría peligro todavía? ¿Y si su bebé, de llevar uno en su vientre, era la próxima víctima del odio entre los Ross y los MacKay? La idea le resultaba más aterradora incluso que morir ella. Su hijo era el producto del amor de sus padres aun cuando en ese momento todavía no lo sabían, pero algunos podrían ver en él la culminación del plan del rey, aquel que uniría para siempre a ambos clanes. Y no todos estarían de acuerdo. ¿Acaso no podría ser nunca completamente feliz? ¿Era su destino vivir para siempre con miedo?

-Señor, si de verdad escucháis nuestras súplicas, os ruego que protejáis a mi hijo –se llevó las manos al vientre–. Él no tiene la culpa de nada, no merece sufrir.

De repente, una mano la sujetó por la cintura mientras la otra cubría su boca para que ningún grito alertase a los guardias de la muralla. Forcejeó con su captor, pero este le ganaba en fuerza y solo pudo dejarse arrastrar por él.

-No grites, Kenna –le dijo una voz familiar–. Voy a liberar tu boca, pero no grites.

-¿Roy? –lo miró con creciente inquietud– ¿Qué haces aquí en Ross? ¿Te has vuelto loco? Si alguien te ve...

-Solo quería asegurarme de que estabas bien –la detuvo–. Tu esposo dijo que eras feliz con él, pero tenía que verlo con mis propios ojos.

-¿Y no se te ocurrió entrar por la puerta principal como un visitante cualquiera? –lo regañó–. Venir a hurtadillas es la mayor estupidez que has podido...

-Si hubiese venido a verte de otra forma, podrían haberte coartado antes para mentirme –la interrumpió de nuevo–. Ahora sé que me dirás la verdad porque nadie te estará presionando.

-La verdad es que eres un estúpido por arriesgarte así –lo golpeó en el hombro–, cuando el rey todavía está aquí. Y eres... eres el mejor hermano que podría haber tenido. Es bonito saber que te preocupas tanto por mí.

Las lágrimas acudieron a sus ojos nuevamente y se abrazó a su hermano para ocultarlas. No quería que creyese que lloraba por no ser feliz con Conall. Roy era muy impulsivo y antes de poder explicarle lo que pasaba, ya habría ido a desafiar a su esposo, espada en mano.

-Me alegro de verte, Roy –le dijo contra su pecho–. Y me alegra saber que serás el padrino de mi primogénito. Me hubiese gustado ser yo quien te lo pidiese, pero soy feliz.

-¿Estás llorando? –la separó al notar la emoción en su voz – ¿Qué pasa, Kenna? Si te han hecho daño, yo...

-No –fue su turno para interrumpirlo–. Soy feliz aquí, Roy. Aunque nunca lo creí posible, Conall es bueno conmigo y me cuida y me protege como un esposo debería hacerlo.

-¿Entonces, qué pasa?

-Nada.

-Estás llorando, Kenna, no me digas que no te pasa nada.

-No lo diré hasta haberlo confirmado y aunque lo supiese, Conall debería ser el primero en conocer la noticia –negó.

Sin embargo, el simple hecho de decirlo así le dio a Roy la idea de a qué se estaba refiriendo.

-¿Te ha forzado? –preguntó, furioso—. Es imposible que...

-¿Por qué tienes que pensar siempre en lo peor, Roy? –se molestó con él—. Conall y yo nos amamos, él no...

-¿Amor? –la interrumpió—. No puedes estar hablando en serio, Kenna. Apenas hace unas semanas que lo conoces. No puedes decirme que lo amas.

-Pues lo hago –alzó la barbilla—. Y él me ama también. Me lo dijo y yo le creo.

-Kenna...

-No, si no es para felicitar me por mi boda, mejor no digas nada. Has venido a asegurarte de que soy feliz, pues bien, lo soy. Amo a mi esposo y espero poder darle un hijo muy pronto, al que tú llamarás ahijado, tal y como te ordenó el rey. Pero te diré una cosa, Roy MacKay, si no te tomas en serio la paz a la que este matrimonio ha contribuido, ten por seguro que te dispensaré de tus obligaciones y jamás volverás a saber nada de mí ni de mis hijos. Te quiero y no dejaré de hacerlo por más terco y estúpido que pretendas ser, hermano, pero no voy a permitirte que empañes mi felicidad con tus dudas y tu odio.

-Veo que lo tienes claro, hermana –Roy admiró la pasión con que defendía su nueva vida con los Ross y no pudo ya poner más objeciones. Nadie que estuviese a desgana en un lugar podría ser tan vehemente—. Sea pues así. Admito que me contraría la idea de un Conall enamorado, pero si eres feliz con él, el resto no me importa. Cuando ya sepas si esperas un hijo suyo, házmelo saber. Prometo que seré el mejor padrino que pueda tener mi sobrino.

-Gracias, Roy –se abrazó nuevamente a él y sonrió—. Este es el comienzo de un nuevo futuro para nosotros.

-Eso espero, Kenna –le sujetó el rostro con cariño para ver sus ojos azules una última vez antes de escabullirse fuera de los muros del castillo—. Eso espero.

-Te quiero, Roy.

-Te quiero, pequeña.

Kenna se quedó sola tan rápido, que por un momento, se preguntó si aquella conversación había sido real. Le había dado voz a un pensamiento sobre su hijo y ahora ya no se podía negar la posibilidad. ¿Estaría realmente gestando al hijo de Conall?

Un nuevo futuro

-Aunque no tenía dudas, es bonito verlo con mis propios ojos.

-Conall –se giró hacia él, sorprendida–. Creía que estabas con el rey.

No le preocuparía que la encontrase hablando con Roy si no fuese porque su hermano había decidido entrar en el castillo a hurtadillas y Conall podía tomárselo por lo que no era. Además, su hermano todavía odiaba a Conall, así que podía esperarse cualquier cosa de él. Por suerte para ella, ya no estaba allí.

-Te vi salir y parecías preocupada –se acercó y la observó con detenimiento– ¿Estás bien?

-¿Has visto a Roy? –respondió con una pregunta solo para asegurarse de que no le había enfadado su intromisión.

-Y lo he oído todo también –su mirada bajó a su vientre y Kenna se llevó las manos hasta él.

-No estoy segura –le dijo a modo de explicación–, pero es muy posible que mis mareos y los vómitos que achacaba a los nervios no fuesen por eso.

-Sea cierto o no –colocó las manos sobre las suyas–, estoy feliz. No porque dudase de tus sentimientos hacia mí, sino porque ahora sé realmente que eres feliz incluso después de haber renunciado a todo por mí.

-Es cierto que he renunciado a mucho –sonrió–, pero me has dado tanto a cambio que no me siento perdedora.

-Me alegra oírlo –la abrazó–. Sé que es tu hermano y que le has dicho que la próxima vez te visite de forma oficial, pero más le vale que lo haga porque si vuelve a entrar en el castillo sin previo aviso, no le dejaré marchar sin más como ahora.

-¿Empezarías otra guerra con los MacKay solo por eso? –lo miró.

-No una guerra, querida –Conall sonreía–, pero le quitaría las ganas de colarse aquí cuando le plazca. La puerta está abierta para él, ahora. Sobre todo si estás embarazada. El padrino de nuestro hijo debería poder visitarlo cuando él quiera, pero no a escondidas.

-Me gusta que pienses de esa forma, pero dudo que a Roy le apetezca venir a visitarnos tan asiduamente –había un deje de pena en su voz–. Supongo que tardaremos mucho tiempo en verlo.

-Algo menos de nueve meses –concretó Conall.

-Diría que algo más. Para el bautizo, tal vez.

-Estoy convencido de que vendrá para el parto.

-¿Mi hermano? –no entendía por qué estaba tan seguro.

-Por cómo se ha colado en el castillo y te ha hablado, diría que se preocupa mucho por ti. Y te recuerdo que estuvo a punto de iniciar una guerra con el rey para impedir que la boda se celebrase. Estará aquí para asegurarse de que no habrá problemas durante el parto.

-Me gustaría tanto que encontrase una buena mujer para él –dijo de camino al interior del castillo.

-No cuentes conmigo para hacer de casamentero. Tendré más que suficiente con soportarlo cuando venga de visita –la risa contenida en su voz le decía que aquello no sería tan terrible como lo hacía pintar.

-¿Me contarás qué pasó con mi hermano, contigo y con el rey? –le preguntó, segura de que había más de lo que el rey le había contado. Conall no parecía tan tenso en torno a su hermano e incluso juraría que esperaba con ganas la visita de Roy. Tal vez solo quisiese recordarle que le había tenido que felicitar delante de todos, algo que Roy habría aborrecido, o puede que realmente esperase acabar con las viejas rencillas de una vez por todas.

-Tal vez algún día –sonrió–, pero ahora debo regresar con su majestad el rey.

-Creía que ya habías hablado con él.

-Mujer –le sujetó el rostro con ambas manos–, ¿cuándo comprenderás que tú siempre irás en primer lugar ahora para mí? Nada ni nadie será nunca más importante que tú y que la familia que vamos a formar muy pronto.

-Todavía no es seguro –sus palabras le emocionaron y las lágrimas hicieron acto de presencia nuevamente.

-Por lo sensible que estás, diría que sí –dejó un dulce beso en sus labios–. Ve a descansar. En cuanto termine con el rey, iré contigo.

-Te amo –sintió el impulso de decírselo.

-Yo también te amo, pequeña provocadora –sonrió–. Ve, antes de que decida dejar al rey esperando hasta mañana por la mañana.

Kenna corrió hacia la alcoba. Ni en sus mejores sueños se había imaginado tener un esposo como Conall. Tan rudo por fuera, con aquella cicatriz en el rostro y una mirada fiera, pero tan tierno en el fondo. Se desvivía por ella y la hacía sentir importante, amada. No podría haber pedido nada más en un matrimonio concertado para alcanzar la paz entre dos clanes enemigos.

-Kenna –Innes la llamó–, no he tenido ocasión de hablar contigo. ¿Cómo te encuentras? Lo que ha hecho Gavin es imperdonable. Deberías haberme dicho que fue él quien te secuestró la primera vez. Habría podido hacer algo.

-Creí que si no lo decía, Gavin comprendería que no soy el enemigo –le explicó–, pero su odio parece estar más allá de cualquier raciocinio.

-Gavin ha sufrido mucho por culpa de la enemistad entre los clanes.

-Como todos, supongo.

-No, querida, él más que nadie probablemente. Antes de ser guerrero, tenía una granja en los límites de nuestras tierras. Su esposa, su hijo y él vivían de la tierra y de los animales de la misma. No hablaba mucho de esa época, pero sé que fue muy feliz.

-No puedes decirme que los MacKay los mataron. Ellos no matarían inocentes –se espantó al imaginarlo.

-No, claro que no, pero por aquel entonces solían quemar nuestros graneros para que el invierno resultase duro –le explicó–. La esposa de Gavin y su hijo estaban solos el día que los MacKay incendiaron el suyo. Intentaron sofocar las llamas entre los dos, pero al final el granero sucumbió al fuego y se les cayó encima. Murieron calcinados. Para Gavin ya nada fue igual desde entonces. Se unió a la lucha y terminó siendo uno de los hombres de confianza de mi esposo por el ímpetu que ponía en cada batalla.

-Y ahora que hay paz, lo siente como una traición –sentía lástima del hombre.

-No va a cambiar, Kenna –la tomó de las manos–. Da igual los años que pasen o lo mucho que demuestres que eres una Ross, Gavin seguirá viéndote como el enemigo. Tiene que irse.

-Pero con su edad y lo duro que resulta el mar, morirá.

-Lleva años buscando la muerte. No estoy segura –dijo–, pero casi podría decir que la abrazará con gusto.

-Es tan injusto. Las rivalidades entre clanes, sus disputas, no tienen ningún sentido para mí. Todos formamos parte del mismo país, ¿acaso no podemos estar más unidos?

-Eso es lo que intenta conseguir el rey. Lo que ha logrado aquí.

-Pero mucha gente ha perdido ya. Esposos, hijos, padres... muchos hombres han muerto y no podrán recuperarlos.

-Por desgracia, es el precio de la guerra. Y me temo que el rey no podrá evitar todas las muertes que quisiera. Los clanes se seguirán peleando entre ellos en cuanto haya un interés común que ambos deseen alcanzar. El matrimonio concertado o los tratos que los beneficien a ambos no son siempre una solución duradera. Los highlanders llevan la lucha en la sangre, no puedes obligarles a ir en contra de su naturaleza por mucho tiempo.

Kenna se sentía impotente. Sabía que su matrimonio les había traído la paz y evitaría muchas muertes, pero en el futuro tanto los Ross como los MacKay tendrían que librar más batallas en nombre del rey. ¿Cuál era la diferencia? ¿Por qué luchar por el rey era mejor que por los propios intereses de tu clan? Nada de aquello tenía sentido para ella y sin embargo, seguiría sucediendo una y otra vez.

-Ve a descansar –Innes le sonrió–. Lo necesitáis.

-¿Qué? –se llevó las manos al vientre instintivamente.

-Lo he estado intuyendo en los últimos días, pero ahora lo tengo claro ya –la abrazó–. Me hace tan feliz ser abuela. Y aunque sé que mi hijo y tu hermano preferirían un niño, estoy deseando que sea una linda niña que se parezca a ti en todo.

-Mi hermano no estará feliz de tener una ahijada y Conall no tendría a su heredero –le recordó.

-Ya se lo darás en otra ocasión –sonrió–. Si fuese niña, no estaría en medio de una lucha de poder. ¿O crees que tu hermano y mi Conall no querrían tener al muchacho de su parte? Puede que no vayan a pelear más en el campo de batalla, pero ese muchacho sentiría sobre él la presión de ambos hombres. No es justo para él,

así que espero que sea una niña a la que ambos deban proteger y no agobiar.

-Creo que también yo quiero una niña ahora –se acarició el vientre con suavidad.

-Rezaremos juntas por ello más tarde –le aseguró Innes–, pero ahora debes acostarte. Es tarde y debes descansar.

Innes se aseguró de que entrase en su alcoba antes de ir a ver a su hijo. Sabía que estaba reunido con el rey y quería comprobar que Conall sabía tratar con el monarca. Ya les había exigido mucho y no podían permitir que les pidiese más. Sabía que buscaría la promesa de su hijo de luchar por él cuando fuese necesario, pero Innes necesitaba que Conall impusiese sus propias condiciones o el monarca se aprovecharía de él y pasaría más tiempo fuera que en su casa. Conall no podía dejar el clan en manos de otros.

-Disculpad –entró en el salón y los encontró sentados uno frente al otro–, no pretendía molestaros, majestad, pero me preguntaba si desearíais beber algo. Estoy segura de que mi hijo no os lo ha ofrecido.

-Sois muy amable, lady Innes –asintió el rey–, pero estoy bien así.

-¿Tú necesitas algo, hijo? –insistió–. Enviar a un hombre a una muerte segura no debe ser un trago fácil de pasar.

-No ahogaré la culpa en alcohol, madre. Si acaso es lo que propones.

-Hablaba de algo más efectivo y que no te dejase después en evidencia –sonrió.

-Vuestro hijo parece tener dudas sobre Gavin –el rey dijo exactamente lo que Innes esperaba oír y se acercó a ellos para continuar aquella conversación. Sin saberlo, le había dado permiso para quedarse.

-Gavin no ha sabido adaptarse a los cambios y aunque el destino que le aguarda no es envidiable, él mismo podría haberlo evitado si cediese en su empeño de ver en Kenna al enemigo. La unión entre los clanes es necesaria para la lucha común contra los grandes enemigos de Escocia –les dijo– y hacéis bien en buscar esa fortaleza. Si bien, hemos de suponer que vuestro ejército será capaz de batallar en aquellos conflictos menores y los grandes jefes de

clanes serán llamados únicamente en momentos puntuales. ¿O me equivoco, majestad?

-No os equivocáis –el rey vaciló por unos segundos antes de responder, lo que le dijo a Innes que su intención era incluir a Conall en todos los enfrentamientos que tuviese que sofocar. Al parecer, había llegado a tiempo de evitar semejante trato y el monarca no estaba complacido–. No obstante, no debemos subestimar a nuestros enemigos.

-Sé que no lo haréis, majestad –se apresuró a contestar– y que sabréis tomar las decisiones adecuadas a cualquier situación. Confío en vuestro buen criterio. Mientras tanto, mi hijo seguirá encargándose de que el clan prospere y así poder aportar una fuerza mayor cuando sea necesaria.

-Es todo lo que pido –el rey, sabiéndose perdedor, decidió retirarse discretamente–. Si me disculpáis, mañana he de partir de regreso a casa. No me gusta abandonar la Corte tanto tiempo. Las malas lenguas siempre buscan mi caída y no estoy dispuesto a complacerlos.

-Madre –Conall la enfrentó al quedarse solos–, ¿se puede saber a qué ha venido eso?

-¿Acaso no veías hacia dónde pretendía llevarte el rey? El monarca te quería al frente de todas sus luchas y yo le he dejado claro que tu lugar está aquí, con tu gente. Irás a la guerra cuando los ingleses u otros de su calaña intenten apoderarse del trono, pero nada más. Eres el jefe de este clan, hijo, no un general en su ejército. Y ahora lo sabe.

-No me gusta admitirlo, pero de haber sido hombre –dijo Conall–, habríais dirigido este clan mucho mejor que yo.

-Lo has hecho muy bien, hijo. Has conseguido la paz para el clan y tienes el apoyo del rey. No podría estar más feliz y más orgullosa de lo que ya lo estoy –le acarició la mejilla –. Tu padre estaría orgulloso también. Nunca dudes de tu valía, Conall. Eres un gran jefe.

-Gavin no piensa lo mismo.

-Gavin ha sido corrompido por el odio. Hay hombres que no saben vivir en paz, Conall. Estoy segura de que querrá morir en el mar

antes que vivir en un mundo en el que los Ross y los MacKay sean amigos.

-Supongo que tienes razón –le sonrió con cariño—. Como siempre.

-Ve con tu esposa –lo empujó hacia la salida—. Ahora te va a necesitar más que nunca.

-¿Lo sabes? –la miró.

-Lo intuía –asintió—. Debes cuidar de ella y protegerla. Ese bebé será el nexo que unirá definitivamente a los Ross y a los MacKay.

-Y me asegurará la continuación como jefe –le recordó—. Es lo que queráis.

-Lo que yo quería era verte feliz, hijo.

-Ahora lo dices –rió alto. Ya no le molestaba que su madre tuviese razón. Aunque nunca había creído que necesitase a una mujer a su lado, ahora que tenía a Kenna no podía imaginarse la vida sin ella.

De camino a su alcoba, se topó con Douglas, que veía con un visitante inesperado.

-Gilroy –lo miró, sorprendido—. No es que no me alegre de verte, pero ¿qué haces aquí?

-Necesito vuestra ayuda.

Regresó al salón, seguido de Gilroy Munro y Douglas. Keir e Fingal se les unieron antes de que Gilroy pudiese hablar.

-Los MacKenzie han iniciado un ataque sistemático contra los Munro y nos están robando el ganado. Hemos logrado recuperar algunas cabezas, pero parece que son más que nosotros y mientras luchamos en un frente, ellos están en otros dos. Con la obsesión del rey por unificar los clanes, sé que si acudo a él querrá casar a un MacKenzie con un Munro, pero no es necesario llegar a tales extremos. Solo necesitamos más hombres para recuperar nuestras reses y plantarles cara. Si los MacKenzie creen que no podrán vencernos, cambiarán de objetivo.

-¿Cuántos hombres necesitarías? –preguntó Conall.

-De cuántos puedas prescindir –propuso—. Cuanto mayor sea la fuerza, antes se rendirán.

-Yo podría acompañarlos, Conall –se ofreció Douglas—. No debes involucrarte ahora. El rey tendrá un ojo puesto en ti durante un

tiempo y estoy seguro de que te reclamará en breve para comprobar que todo sigue bien.

-Tienes razón –asintió–. Te llevarás a Fingal contigo.

-Mi señora me necesita –dijo Keir. Después de salvarle la vida una vez, se sentía responsable de ella–. De cualquier otra forma, no os habríais librado de mí.

-Tendrás que esperar, Gilroy –continuó Conall–. Al menos hasta que el rey se vaya.

-Seguramente ya sepa que estás aquí –anunció Douglas–, así que debemos buscar una excusa creíble para él.

-¿Es que acaso no puedo venir a felicitar a Conall por su casamiento? –repuso Gilroy–. Después de todo, su padre era mi mejor amigo, y su madre fue antes una Munro. Los lazos que nos unen son fuertes.

-Hecho, pues. En cuanto el rey se vaya, mis hombres irán contigo, Gilroy –le prometió Conall.

Gilroy estuvo presente en la despedida al día siguiente e incluso compartió algunas palabras con el rey, pero no se dirigió a Gavin ni una sola vez. Conall notó la forma en la que este último también desviaba la mirada lejos del que había sido su amigo durante bastantes años. Algo parecía haber pasado entre ellos, que les estaba impidiendo mirar al otro a la cara y Conall se propuso averiguarlo.

-Fui a hablar con él anoche –le dijo Gilroy– y no acabamos muy bien. Está tan convencido de que Kenna no es quien dice ser, que no ve más allá de ese odio irracional. Eso ya es una enfermedad de la mente, Conall. Has hecho bien en enviarlo lejos, incluso si eso supone su muerte. Ya no es el hombre con el que luché codo con codo hace años. Es un fantasma de su pasado y eso nunca será bueno.

-Sigo lamentando tener que deshacerme de él como si ya no recordase las veces que me salvó la vida.

-Es duro, Conall, pero tomar decisiones difíciles es lo que distingue a un buen jefe de otro mediocre. Has hecho lo correcto, no dudes jamás.

-Deberías haberte quedado aquí conmigo, Gilroy –sonrió–. Me habrías evitado muchos problemas.

-Mi tiempo con los Ross terminó con tu padre –negó–. Y me gusta lo que veo. Te has convertido en un gran líder y un hombre formidable. No cualquiera ayudaría a un viejo como yo en una lucha mediocre como...

-No te menosprecies, Gilroy –lo interrumpió–. Ni eres tan viejo, ni vuestra disputa es mediocre. Seguramente así se inició la guerra entre los Ross y los MacKay, así que mejor cortarlo antes de que vaya a más.

-Eres un hombre sabio, Conall Ross. Serías el orgullo de tu padre.

-Si tú lo dices, ha de ser cierto, amigo mío –lo abrazó con fuerza. Lo había echado de menos.

Poco después, cuando se aseguraron de que el rey no los vería, un grupo de Ross, liderados por Douglas, partieron rumbo a las tierras de los Munro. Conall hubiese querido ir con Gilroy, pero su sitio estaba en Ross, con su gente y con su esposa. Ahora lo necesitaban más que nunca, pues los cambios que se habrían de producir serían gigantes.

-Parece un buen hombre –le dijo Kenna mientras los veía alejarse.

-Lo es, sin duda. Uno de los mejores que he conocido.

-No pude hablar mucho con él, pero me gustó hacerlo –le sonrió–. Has hecho bien enviéndoles ayuda.

-Aunque no te gustase Gilroy, estarías conforme con que enviase ayuda –rió su esposo–. Te puede tu gran corazón, mi amor.

-¿Y eso es malo?

-Para nada –la abrazó–. Pero es una suerte que yo me rija más por la razón, porque así nos complementamos.

-Te amo, Conall Ross.

-Y yo te amo a ti, Kenna Ross.

Más allá de lo que nunca podría haber imaginado cuando aquella aventura dio comienzo, había encontrado en ella al amor de su vida y selló con un beso su compromiso de cuidarla y protegerla hasta su último aliento porque así lo dictaba su corazón.

Epílogo

Ocho meses después

La llegada de Roy MacKay fue recibida con cortesía, pero con expectación. Era la primera vez en muchos años que un MacKay entraba por la puerta principal y la mayoría de los Ross que estaban en el castillo se acercaron a verlo.

Conall lo esperaba frente a la entrada, entre ansioso por el encuentro y nervioso por el motivo por el que se había decidido a venir. Meses atrás le había asegurado a Kenna que lo haría, pero incluso entonces había dudado de sus propias palabras. Sin embargo, Roy estaba allí para saber cómo le estaba yendo a su hermana en el parto.

-¿Cómo está? –fue directo al asunto que le preocupaba.

-Se está alargando más de lo previsto, pero ella está bien –le explicó Conall mientras le daba paso al interior–. Creo que el bebé no saldrá antes de la noche.

-¿Y eso no es peligroso?

-La comadrona dice que es habitual en las primerizas. Que no hay que preocuparse –sin embargo, también él estaba tan nervioso como se veía a Roy en ese momento.

-Quiero verla –sentenció Roy.

-No sé si te lo permitirán –le advirtió–. A mí me echaron hace un par de horas de allí. Dicen que los hombres solo somos una distracción y que eso es cosa de mujeres.

-Me dejarán verla o armaré tal escándalo que temblarán los muros del castillo –amenazó–. Les guste o no, entraré en esa alcoba y comprobaré con mis propios ojos que mi hermana está bien.

-Te acompaño –no lo hacía por él sino para poder ver a su esposa de nuevo.

Durante el tiempo que le permitieron estar con ella, la vio languidecer poco a poco por el dolor del parto. Le había sostenido la mano cada vez que lo necesitó y deseó poder compartir su sufrimiento para que le resultase más liviano dar a luz a su hijo, pero nada podía hacer salvo ver cómo sufría. Discutió con la comadrona

cuando lo echó de allí y si aceptó finalmente hacerlo fue porque Kenna se lo pidió.

-No quiero que sufras, mi amor –le había dicho, pero era ella la que sentía ese intenso dolor y él no podía hacer nada para mitigarlo.

Se sentía impotente y empezó a pasearse por el pasillo de un extremo al otro hasta que le avisaron de la llegada de Roy. Ahora era su oportunidad de ver a Kenna de nuevo, aunque solo fuese por un instante. Saber que estaba bien era lo único que necesitaba en ese momento.

Roy golpeó la puerta y entró sin esperar permiso. Nadie le impediría ver a su hermana. En su mente infantil se había quedado grabada la noche en que su madre dio a luz a su hermana. Los gritos de dolor se escuchaban en el castillo y veía cómo su padre se desesperaba más con cada hora que pasaba. Por un momento, en su inocencia de niño, le había rogado a Dios que hiciese desaparecer al bebé para que su madre estuviese bien de nuevo.

-No podéis estar aquí –protestó la comadrona al verlo—. Si no os...

-Roy –Kenna sonrió, a pesar del dolor que sentía, al ver a su hermano—. Conall tenía razón. Has venido.

-¿Cómo te encuentras? –se arrodilló a su lado junto a la cama, ignorando la sangre que había bajo ella.

-Cansada –admitió–, pero no me rendiré. Mi niña saldrá muy pronto.

-¿Una niña?

-Kenna tiene la esperanza de que sea una niña –aseguró Conall. También él se situó junto a su esposa—. A mí me da igual lo que sea, amor, mientras ambas estéis bien.

-Lo estarían si ambos salieseis inmediatamente de aquí –refunfuñó la mujer—. No deberíais molestarla.

-Solo he venido a comprobar que mi hermana estaba bien –la encaró Roy– y más os vale que siga igual porque iré a por vos si le pasa algo malo.

-Roy –protestó Kenna—. No es su culpa si mi hija no quiere venir al mundo todavía.

-Pero será su culpa si...

-Vayámonos –intervino Conall, evitando que Roy dijese lo que no debía. A nadie le convenía enfadar a la comadrona si querían que

continuase haciendo su trabajo.

-No vuelvas a ponerme una mano encima, Conall –Roy lo amenazó en cuanto estuvieron en el pasillo.

-Estamos en el mismo bando aquí, Roy –le recordó–. Pero no puedes amenazar a la mujer que le está ayudando a tu hermana a dar a luz. No está obligada a asistirle. Si decide marcharse, Kenna no tendrá a nadie junto a ella que sepa lo que hay que hacer.

-Creo que sería mejor que bajaseis los dos al salón –Innes apareció de repente–. He dispuesto que os sirva comida y bebida. Yo me quedaré con Kenna y os informaré si pasa algo.

Conall arrastró a Roy escaleras abajo y acabaron juntos en el salón, donde sus hombres de confianza les esperaban para hacerles compañía.

La tarde avanzaba inexorable y el alcohol junto con varias historias distorsionadas por el mismo, ayudaron a que la espera se hiciese un poco más amena.

Innes les había ido informando de los avances cada poco tiempo, pero hacía ya varias horas que no bajaba y Conall empezaba a preocuparse. Los gritos eran cada vez menos audibles y no estaba seguro de que fuese buena señal. Así que se escabulló del salón sin que lo detectasen, incluso si sus pasos eran tambaleantes por el exceso de alcohol, y subió las escaleras dispuesto a averiguar qué pasaba con su mujer y su hija.

Abrió la puerta justo en el mismo instante en que un grito resonaba en la alcoba. Por un momento no fue capaz de comprenderlo, pero su mente se despejó al ver que aquel sonido provenía de un pequeño bulto en los brazos de su esposa.

-Conall –lo llamó ella, con lágrimas en los ojos–, ven a ver a tu hija. Es perfecta.

El hombre se acercó, olvidado el sopor de la borrachera, y se sentó junto a su esposa. La joven le mostró una carita regordeta y extremadamente colorada por el fuerte llanto que dejaba salir por su diminuta boca.

-Se parece a ti –le dijo a Kenna con orgullo en la voz.

-Es muy pequeña todavía.

-Yo lo veo claramente, mi amor –le dijo–. Es tan fuerte y decidida como su madre. Y solo con verla una vez ya se ha ganado mi amor.

-Y la protección de su padrino –sentenció Roy, que había subido poco después de Conall, al escuchar el llanto de la niña.

-Ven, Roy –lo llamó su hermana–. Deja que te presente a Noreen.

-Es tan pequeña –susurró Roy al verla.

-A mí no me lo pareció así cuando tuve que sacarla fuera –sonrió Kenna–. Pero volvería a pasar por ello mil y una veces, solo por verla de nuevo.

-Yo espero que no tengas que pasar por esto muchas más veces, Kenna –le rogó Conall–. Creo que no lo soportaría.

-Te debo, al menos, un heredero –le prometió.

-Procura que sea niño la próxima vez.

-Jamás pensé que mis ojos verían una escena como esta –dijo Roy de repente–. Mi dulce hermana siendo esposa de mi mayor enemigo y madre de su hija. Nunca creí que yo estaría aquí, dispuesto a ser el padrino incluso si el rey no me lo hubiese exigido. Tantos años desperdiciados en una lucha sin fin, tantas muertes injustas...

-No sufras más por eso, hermano. Ahora seremos mejores de lo que nuestros antepasados lo fueron y construiremos un futuro en paz entre todos.

Roy asintió y después los dejó a solas, asegurándole antes a su hermana que no se marcharía hasta que pudiese salir de aquella cama para despedirlo en la puerta.

-Casi asusta sostenerla –dijo Conall con su hija en brazos–, por si se rompe.

-Es más fuerte de lo que crees.

-Como su madre –dejó un beso en sus labios.

-Como su padre –lo contravino ella–. Yo soy el corazón de esta relación, ¿recuerdas? Tú eres todo lo demás.

-En eso te equivocas, Kenna. Tú eres todo en esta relación y yo solo soy un hombre enamorado que desea cuidar de ti y de nuestra familia. Te amo tanto que no sabría cómo vivir sin ti, así que continúa siendo fuerte por los dos, que yo seguiré protegiéndoos con mi vida.

-Yo también te amo, mi extraordinario esposo.